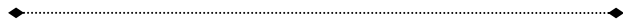
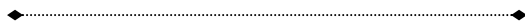


Juan Esteban Peláez



EL HACEDOR DE TORMENTOS



Contenido

LA ISLA DE DALOS	8
EL MISTERIO DEL CONTENEDOR	16
TERROR ENTRE LAS PAREDES.....	24
EL TERRIBLE CASO DE NIDIA SANÍN	31
NO ME DEJES SOLO	35
LA TÍA NORITA	42
EL RITUAL DE LA CABRA	47
ADIÓS, MAMÁ	51
EL ASEDIO INVISIBLE.....	55
EL VIEJO GUARDIÁN.....	64
EL PACTO CON BAAL.....	69
EL MAGO DE UR.....	75
VALANE	85

I

He decidido escribir este libro para homenajearlo. Además, quiero cumplir mi deseo de mantener el misterio que rondó su vida y su inexplicable partida. Era un viejo extraño y enigmático, de barba canosa y mirada profunda como un pozo negro y sin fondo. Los últimos días empezó a desprender un hedor a carne chamuscada, y un agrio aroma rondaba la cama donde estaba postrado, cual incensario profano; pero su brillante forma de contar historias merece ser immortalizada con estas letras. Yo, que tengo un orgullo alto como montañas, no pude hacer más que inclinarme y bajar la cabeza ante la genialidad del anciano, ante su mágica elocuencia y su prodigiosa imaginación (aunque aún no sé si todo salió de su irremediable cabeza o en verdad fue un testigo intangible de esas extrañas historias).

Aunque al inicio pensé que era una grata casualidad, ahora me cuestiono. El encuentro con el anciano coincidió con mis vacaciones... y no sólo con eso, pues también coincidimos en el mismo lugar, un lugar misterioso y desolado. Decidí visitar a mi viejo amigo Pedro Nel en su pequeña finca en el Alto de Letras, una zona montañosa y nublada que envuelve lo hermoso y a la vez lo misterioso. Para llegar a la brumosa finca se debe subir en jeep por una calle azotada por la intemperie, zigzagueante y lodosa. Ya en la cima se pueden ver las montañas verdes y forradas de hermosos árboles, frondosos y húmedos; y en días despejados es visible el soberbio nevado, de gruesas faldas y corona blanca.

Ahora bien, apenas llegué a la alejada finca, mi amigo Pedro me recibió con un abrazo y una noticia inquietante y a la vez increíble.

—¡Mi amigo Juan! —exclamó mientras me abrazaba—. No me va a creer, pero ayer llegó un viejo muy enfermo, diciendo que si lo dejaba descansar un par de noches. No podía dejarlo por fuera con este frío, así que lo dejé quedarse en el cuarto de invitados. Estuve hablando con él un rato y me preguntó si conocía un escritor.

—¿Un escritor? —pregunté sorprendido mientras sacaba las maletas del jeep.

—Sí, uno como usted. Entonces le respondí que tenía buena suerte, porque mi amigo Juan venía precisamente hoy. Se alegró muchísimo y me pidió que se lo presentara, que quería contarle algunas historias para que las escribiera.

Sonreí, un poco apenado. Aún después de algunas publicaciones, siento una mezcla de alegría con vergüenza cuando alguien exalta mi obra. Soy consciente de que en esos instantes el síndrome del impostor repta por mi espalda hasta posarse en mi cráneo; pero aquello evita que mi horrible orgullo se asome cuando no debe hacerlo.

—¡Vamos! El viejo está acostado en la habitación del fondo —me dijo Pedro afanado mientras me arrastraba del brazo al interior de la blanca casa.

Entramos, cruzamos el pasillo oscuro y abrió la puerta. Entonces lo vi, postrado en la cama, con harapos por vestimentas y una barba larga, blanca y deshilachada. El cabello era largo y

canoso, y era muy delgado. Se notaba cansado, como si hubiera caminado incontables distancias por muchos años.

—Señor, él es Juan, mi amigo escritor —le dijo Pedro.

—Es un placer, señor...—esperé que se presentara, pero a partir de este momento la historia empieza a enrarecerse.

—No tengo nombre, Juan —dijo el viejo con voz cansada y con un acento que no pude descifrar. Parecía extranjero, pero pronunciaba perfectamente cada palabra—. Puede decirme como quiera, pero me alegra mucho que haya llegado—. Miró a Pedro y le preguntó: —¿Le puedo pedir un favor?

—Claro, sí señor.

—¿Puedo quedarme trece noches más? Le prometo que a la decimocuarta noche me iré.

Ambos nos miramos. No era un pedido irracional, teniendo en cuenta que el anciano se veía bastante enfermo y débil. Y ambos, como en un pacto omitido, asentimos.

—No hay problema, señor, pero no espere muchos lujos, pues soy humilde; ¡pero tenga por seguro que aguapanela y queso no le va a faltar! —respondió mi amigo muy animado. Pedro es un hombre excepcional y muy amable.

Entonces el viejo se dirigió a mí. —¿Y le puedo pedir a usted un favor?

—Por supuesto.

—Escúcheme durante una hora por esas trece noches. Tengo trece historias que contarle. Por favor anótelas y, si lo considera, escríbalas en un libro. Me haría muy feliz, pues no tengo nada, y nadie me recuerda. No tengo patria, ni amigos ni familia. Ninguna mujer me ama y ningún hijo me aprecia. Si muero, muere mi recuerdo. Por eso mismo, quiero que mi voz quede plasmada en sus letras. ¿Le pido mucho?

Debo confesar que no me gustó mucho la petición, pues un libro es personal, una creación, casi un hijo. La creatividad, la corrección, la escritura... todos los pasos son sagrados. Por lo mismo, escribir historias de alguien más no me motivaba mucho, pues ese era un trabajo para un transcriptor, no un escritor. Pero al verlo casi desahuciado y luchando por respirar, asentí.

—Lo haré —respondí, rindiéndome a la compasión; y esa promesa se está cumpliendo con este libro.

II

La primera noche entré a la habitación del viejo sin muchas expectativas. Esperaba que me contara alguna historia ridícula que los años y la senilidad le hubieran dictado, pero después de escuchar *La isla de Dalos* quedé impresionado, casi embriagado por el veneno negro de su narrativa. Tragándome la humillación y la vergüenza, le pedí que me volviera a contar la historia, y, esta vez, tomé nota de las partes principales, pues el viejo no dictaba, él sólo contaba; por lo que yo anoté las ideas que me permitían recordar la historia completa y plasmarla en el libro.

Después de esa noche, sin falta, entraba a su habitación a las ocho de la noche. El viejo se sentaba con gran esfuerzo, tomaba un sorbo de agua y empezaba a contarme con su voz gruesa e hipnotizante un cuento cada noche. Me recordaba a *Las mil y una noches*, pero esta vez Sherezade no contaba sus historias para conservar su cabeza; esta vez el viejo era quien me mantenía preso, ansioso por escuchar cada nueva historia y sentir un nuevo vértigo que

sacudía mis sensibles nervios. Es más acertado decir que quien se esmeraba por conservar la cabeza era yo.

Noté después del noveno relato que cada historia (a excepción de la primera y de la última) parecía desenvolverse en una época diferente, siempre de lo más moderno a lo más antiguo. Y después de escuchar *La tía Norita*, y ya sumergido por completo en sus espeluznantes modos, empecé a interesarme más por la vida de aquel viejo vagabundo. Le pregunté su nombre, sobre su vida, su familia, incluso sobre su origen; pero fue evasivo y astuto en todo momento.

—He tenido nombres que ni siquiera recuerdo —dijo mientras miraba por la ventana la hermosa luna de plata que se posaba sobre las montañas brumosas y azuladas—, y he recorrido muchos países. He conocido los glaciares, los desiertos y los ríos. He caminado por entre las montañas y he navegado por los mares embravecidos; pero nunca me he quedado. No recuerdo mi origen, y tampoco tengo noción de mi edad, pues nunca conté las vueltas al sol. Sólo sé que mi vida se está escapando de mi cuerpo, y que después de tanto esconderme la muerte finalmente me ha encontrado. Y tengo miedo, más miedo que nunca; pero no miedo a morir, temo ser olvidado. Y mis memorias, los paisajes que han visto estos ojos ahora cansados, los olores que percibí otrora, los sabores, los colores, lo inmutable y lo mutable... todo acabará cuando abandone este mundo. Por eso, mi único y último deseo en este momento es que mis cuentos queden immortalizados en un libro.

Nada pude objetar. Yo mismo tengo el anhelo de immortalizarme en mi obra, al igual que todos los artistas. Quiero ser recordado, quiero ser memorable y despertar sentimientos en los demás. No podía negarme a un deseo que yo mismo deseo.

—¿Y cómo quiere que titule el libro? —pregunté, derrotado.

El viejo tomó otro sorbo de agua y meneó la cabeza. —Es elección suya.

Después de escuchar el décimo cuento, al cual llamó *El viejo guardián*, y lleno de una adrenalina terrible a causa de la espantosa historia, supe qué título llevaría el libro.

—Debo confesarle que con cada cuento logra despertar en mí cierto sentimiento de inquietud, como si mi alma fuera sacudida y atormentada. Por lo mismo, ya sé cómo se va a llamar el libro: El Hacedor de Tormentos.

El viejo, gratamente sorprendido, se acostó, suspiró y sonrió con satisfacción: —El Hacedor de Tormentos... me gusta, me gusta mucho.

III

La decimocuarta noche todo se fue al demonio. Durante los trece días anteriores la rutina se había repetido: por la mañana, después del tinto, acompañaba a Pedro Nel a ordeñar una vaca y a bajar una cuesta empinada para ir por agua de un arroyo cercano. Íbamos a donde Margarita al estadero que queda sobre la carretera para comprar algunos productos, y volvíamos a la casa. Conversábamos mientras Marta, su esposa, preparaba el delicioso almuerzo criollo, y después paseábamos por la finca. Ya caído el día cenábamos. Entonces, después de la cena, iba al cuarto del viejo con mi agenda de cuero de camello y mi esfero blanco, y escuchaba como un poseso los fascinantes relatos del anciano.

Pero desde la décima noche percibí un cambio en el viejo: su demacrado cuerpo cada vez se tornaba más oscuro, como si su carne se hubiera quemado bajo fuertes brasas, y su rostro había tomado un aspecto cadavérico; sus mejillas estaban hundidas al igual que sus cuencas oculares, y su rostro estaba pegado al hueso. Su desmejora era clara y preocupante, y a la luz amarilla del foco, su apariencia, llena de sombras, causaba físico temor. Le pregunté varias veces si quería ir al médico, pero siempre se negó. Al tiempo, con el pasar de los días, la casa se iba ahogando cada vez más con las mortajas de bruma blanca de las montañas, y el frío inclemente se intensificaba con el pasar de las horas.

La última noche, una noche fría oscura, me contó la historia de *Valane*. Apenas acabó el relato miró la ventana. Yo hice lo mismo y vi que la noche estaba embrujada, pues bajo la luna velada se alzaba un paraje cuyas formas desenfrenadas parecían estremecerse entre las heladas brumas nocturnas. Él, aún mirando hacia la ventana el hechizado paisaje, me dijo: —Ya mañana partiré de este mundo, por lo que no es necesario que vuelva. Pero debo confesarle que me faltan palabras de agradecimiento por haberme escuchado.

Yo negué con la cabeza. —Ha sido un verdadero placer escucharlo. Igual, mañana vendré a visitarlo, y espero que se anime a contarme otro nuevo cuento.

El viejo, con la mirada perdida en las montañas azules y veladas, sólo sonrió.

Al día siguiente, después de la cena, me apresuré a ir donde el anciano. Pedro me había confirmado que el viejo no había salido de la casa, y que se mantenía encerrado en la habitación. Así que entré y, debo confesar que lo que vi me conmocionó sobremanera: sobre la cama, ahora ennegrecida, permanecía una silueta de hollín, como si todo el cuerpo del anciano hubiera sido cremado al rojo en un solo instante. Y, para mi horror, vi que su brazo izquierdo y sus dos piernas estaban intactas. ¡¿Qué había sucedido?! ¡¿Cómo era posible que del anciano sólo quedaran sus miembros?! Era imposible quemar un cuerpo de esa manera, hirviendo incluso los huesos hasta dejarlos en cenizas. ¡No era posible!

Un frío sudor empezó a abor dame, acompañado de una terrible jaqueca y una respiración acelerada. Temblando, di media vuelta y fui a buscar a Pedro. Ambos volvimos apresurados a la habitación y, para desgracia de ambos, confirmamos que donde antes reposaba el viejo no había nada más que cenizas, dos grotescas piernas hasta las pantorrillas y un brazo inerte y ennegrecido.

IV

Decidimos con Pedro Nel enterrar los restos del viejo en la parte trasera de la casa, cual bestia salvaje. Según sabíamos, el anciano no tenía familiares, y muy probablemente ni siquiera era de esta región; por lo que no nos preocupamos mucho por un reporte de desaparición. Y sólo cuando limpiábamos la habitación me di cuenta de que había en la pared una silueta negra entre un cuadrado pintado con algún carbón. La silueta semejaba una persona de pie que miraba a través de los ladrillos, como si estuviera emparedada en otra dimensión, y el cuadrado semejaba un misterioso portal, quizás a un mundo onírico y lejano. Entonces recordé el último cuento, *Valane*, y supe lo que había sucedido con el cuerpo del viejo, y también supe sus motivaciones de conocimiento supremo. Incluso, recuerdo que pensé: «Quieres saberlo todo».

Durante mucho tiempo intenté saber más sobre el anciano y sus historias; pero todo fue infructuoso. No hallé ninguna historia que coincidiera con algún folclore, por lo que no pude deducir el origen del viejo; y la historia del *Mago de Ur* es antigua y no lanza ninguna pista concreta. Tampoco encontré indicio alguno de familiares que pudiera vincular con reportes de desapariciones. Y, aunque algunas de las locaciones que mencionó en verdad existen (otras al parecer son inventadas, pues nunca las ubiqué), nada de esto me dio un buen enfoque. Todo fue en vano. Así que, cumpliendo con mi promesa, a continuación, están los trece cuentos abrumadores y geniales que me narró el Hacedor de Tormentos.

LA ISLA DE DALOS

Ella me miraba con sus ojos violáceos y su sonrisa amplia, una sonrisa que me llevaba al borde del encanto. Pero sus palabras eran duras como el acero, casi hirientes por su brutal sinceridad.

—Mi querido marinero, te pido casi suplicando que no vayas a Dalos —me insistió con su voz melódica.

—Pero es en la isla de Dalos donde está la fortuna —le dije—. Es Dalos aquella isla la citada en canciones y aclamada en historias. Esas tierras son las bendecidas por manantiales puros y riquezas inconcebibles. ¿Acaso no recuerdas las historias del leproso?

—No tengas en cuenta las historias del leproso —me interrumpió, al tiempo que la pequeña balsa se bamboleaba a causa del turbio oleaje del mar abierto. Ya el día empezaba a declinar, dejando un sol soñoliento y rojo que poco a poco empezaba a acostarse tras el horizonte—. Ese marinero leproso está roído no solo por la enfermedad. En su interior se incubaba un mal alimentado por la envidia. Es cierto que él fue a Dalos, y también es cierto que trajo consigo riquezas; pero ahora es miserable y sólo quiere ver a la gente sufrir, pues su consuelo es ver a los demás compartir su martirio.

—¿Pero acaso miente aquel leproso? No, no miente. Fue a la isla de Dalos y volvió siendo rico —le dije mientras la detallaba. Su hermosura contrastaba con el mar tras ella. Su piel blanca era fina y su melena castaña era mecida por el viento pasajero que rugía en nuestros oídos. Gozaba, sin dudarlo, de una hermosura tiránica bordeada de dulces perfumes. Entonces me sentí enamorado, y le pregunté: —¿O acaso donde vamos hay algún tesoro mayor que el mencionado en las canciones? ¿Acaso Lío es más rica que Dalos?

Ella supo que hablaba de ella, pues era sabia, aunque tenía un aspecto juvenil. —Mi belleza no es un tesoro —respondió con astucia—. La belleza es efímera y se disuelve con facilidad en medio de la amargura de la vida. Tarde o temprano, sin importar su exuberancia, la belleza se marchita—. Entonces miró el horizonte azul y espléndido, buscando tierra firme, y añadió: —Pero te ofrezco el tesoro más subestimado por los hombres: La tranquilidad. En la isla de Lío no tendrás poder ni riqueza, pero tendrás tranquilidad. Podrás dormir bajo el arrullo del mar, y despertarás con el cantar de las aves. No tendrás que soportar más a esos inmundos y toscos marineros del muelle donde vives, y no te preocuparás por comida, aunque no tengas manjares ni lujos. Te prometo una vida austera, pero tranquila.

—¿Y me prometes tus labios y tus caricias? —le pregunté. Su compañía producía en mí una felicidad tumultuosa e inexplicable. Una alegría embriagadora me abordaba al ver sus ojos violetas, su rostro hermoso y sus ademanes dulces.

Pero sus suaves palabras eran lapidarias. Así que me respondió con la cabeza baja: —No tendrás de mí el beso ni la caricia que ansías. Nadie nunca ha logrado calmar la bravura de mi corazón, y, para tu pesar, tú tampoco lo lograrás. Sé que tarde o temprano este rechazo y los muchos otros que han sido y serán, me atarán con saña una soga en el cuello. Mi soledad se alimentará al ver que no tengo quien me apoye en la enfermedad y en la necesidad. Y cumpliré años sola, y sola estaré en las festividades. Sé que cuando mi poderosa belleza se acabe y la vejez exude de mi cuerpo, el remordimiento causado por estos rechazos me aplastará con mano de hierro. Pero aún tengo belleza y juventud, y me puedo dar el lujo de ser un poco estulta; por lo que hoy te digo, mi querido marinero, que seguiré mi camino sola, buscando por un poco más de tiempo a mi amado ideal. Aún no pensaré en mi futuro y en mi posterior ruina.

—¡Entonces iré a Dalos! —contesté molesto y con el ego espoleado—. La tranquilidad no me sirve, pues necesito masticar mi tedio y escupirlo de mi cuerpo. Yo quiero poder. Si en Dalos hay riquezas, las tomaré y las llevaré al puerto. Allí seré rico y después famoso, y después vendrán hermosas mujeres y me ansiarán. Y tú perderás tu oportunidad.

Ella no picó el anzuelo. Intenté herirla el su orgullo, pero sólo respondió con una expresión hermosa de niña consentida. Achinó los ojos, sonriente, y miró de nuevo al horizonte, esperando ver su amada isla de Lío.

Permanecemos en silencio por varios minutos. Yo no dejaba de mirarla. Aunque me había rechazado me parecía en verdad hermosa, un monumento a la belleza y al misterio. Ese apego al que yo llamaba amor podía compararse con un sentimiento perturbador.

Entonces vimos por fin a Lío, allá, lejana; apenas una pequeña sombra en el horizonte crepuscular.

—Llegaremos al anochecer —dije de mala gana, aún herido por mi amor fallido.

—Te pido, de nuevo, que no vayas a Dalos —insistió la joven con voz dulce.

Y yo respondí: —Mi querida y hermosa joven, te agradezco que intentes protegerme y que te preocupes por mi bienestar; pero a cambio no me ofreces nada más que la tranquilidad, y aunque estoy de acuerdo que está subestimada, la tranquilidad no calmará mi salvaje frenesí. La paz que me prometes no hará más que carcomer mi sana rebeldía. A menos que me prometas que serás mi esposa, no me quedaré en Lío. Iré a Dalos para acallar los gritos en mi interior que claman fama y fortuna.

Ella me miró casi con lástima, pero meneó la cabeza y dijo: —Los hombres son tan codiciosos, que tarde o temprano terminan devorando su propio cascarón.

—Sé a qué te refieres, mi querida insoportable. Ahora bien, debo confesarte que no recuerdo en qué momento salimos del muelle, ni recuerdo tu nombre ni cómo te conocí, ni qué día es, y sólo sé que debo llevarte a la isla de Lío por medio de tus indicaciones. Ya estamos llegando, así que, como recompensa, te pido que me expliques cómo llegar a la isla de Dalos. Si no tendré a cambio tu amor, entonces sólo indícame el camino a mi destino y me daré por bien servido.

La joven me examinó con profundidad, pero al ver la determinación en mis ojos acerados, accedió a mi pedido. —Apenas lleguemos a Lío debes zarpar y navegar siempre con Antares a tu derecha. En menos de dos días llegarás al país que tanto quieres conocer. Pero recuerda esto: la riqueza que emana de Dalos es sólo un premio de consolación. Allí hay terrores ocultos y muy antiguos. Y, por favor, no dejes contaminar tu corazón tal y como el leproso lo hizo.

A medida que nos acercábamos a Lío, llegaron a mí visiones hermosas y casi interdimensionales. Ya era de noche, pero todo era visible, como si la luna llena iluminara el mundo como un sol de hielo. Pero no sólo era hermoso el plenilunio; todo en la costa de Lío era una ensoñación. Los colores eran diferentes, místicos y brillantes. En la costa imperaban los colores pasteles. La playa era blanca y luminosa bajo la luna, y el agua límpida parecía sonrosada. Los árboles, la arena, el cielo, todo parecía tener una pátina de tonos pasteles, texturas suaves e iridiscencias tornasoladas. Los manantiales parecían tener el color púrpura de las flores, y las flores allí eran azules y rosadas. El cielo nocturno desplegaba visos rosados y azulados, y los árboles emitían brillos extraños.

—¡He aquí a Lío, mi destino! —dijo la joven mientras se levantaba con dificultad a causa del oleaje.

La tomé de la delicada mano y le ayudé a bajar de la embarcación. Entonces la miré por última vez, aún enamorado, bajo ese cielo encantado y sobre esa playa maravillosa. Sus ojos violetas brillaban de alegría, pues por fin, después de edades, había vuelto a su isla.

—Al igual que la belleza, la riqueza no lo es todo. Recuerda eso antes de que alguien más te lo haga saber. Y nunca, nunca subestimes los placeres de poder dormir tranquilo; esa es una de las grandes metas en la caótica vida. Gracias por traerme, mi querido marinero. Te deseo ventura en tu viaje a Dalos.

—¿Algún otro consejo?

—No permanezcas más de tres días en la isla. Si la marea se encabrita, salir de sus costas será una tarea imposible. Tu embarcación será destruida por los peñascos y no podrás volver a tu anhelado hogar. Dos días es más que suficiente para explorar la isla, aunque me gustaría que ni siquiera pisaras esas tierras— y, agitando la mano y con el cabello castaño al viento, se despidió de mí para nunca más volverme a ver.

Zarpé de Lío a Dalos con un deseo desbordante de gloria y poder, evocando sueños singulares y difusos. Con Antares siempre a la derecha, navegué en silencio, escuchando el incesante sonido del mar, fundido en el vaivén de las olas arrulladoras. El cielo era azul y estaba libre de nubes, y el mar, que fungía como el borde del infinito, se mostraba eterno en todos lados. Tenía provisiones para meses y agua suficiente para no sufrir durante mucho tiempo, por lo que navegué con tranquilidad.

Estaba ansioso por llegar a Dalos, ver sus coloridas lomas y sus hermosas playas. Si Dalos siquiera se acercaba en belleza y esplendor a Lío, entonces sería una empresa maravillosa. ¡Fértiles bosques tropicales y hermosas playas coralinas! Así imaginaba la isla de las canciones. Repasaba una y otra vez mi travesía: me imaginaba bajando de la embarcación, pala en mano, y visualizaba que con rapidez encontraba los cofres que los corsarios enterraron antaño en las entrañas de la isla. Subía las joyas al barco y, después de comer algunos deliciosos mariscos, me embarcaba hacia el muelle. Allí compraba ron y mujeres. «También compraré barcos pesqueros» pensé en medio de un delirio lleno de felicidad.

Pero cuando llegó el segundo día, unos pensamientos turbios invadieron mi ser. Un incomprensible nerviosismo me abordó, al tiempo que sabía, de manera inexplicable, que me acercaba a mi funesto destino. Algo en mi corazón me advertía de una lívida tragedia. El mar estaba calmo, casi adormecido, pero un miedo alteraba mi espíritu, un miedo inquieto que me distraía.

Y antes de la segunda noche la vi. Al principio sólo era una mole informe y sombría en el horizonte, pero a medida que me acercaba la sensación de aventurero, antes henchida, ahora se agazapaba en mi interior, dejando en su reemplazo el frío del temor. ¿Acaso esa era la isla de Dalos?! ¿La isla de las canciones y de las historias? Dalos no era más que una giba deleznable sobre un mar embrujado, rodeada por un ambiente amenazante y tenaz. Nubes enlutadas empezaron a cernirse alrededor de una playa extravagante, y el agua, ahora oscura y gris, me invitaba a acercarme, como si un encantamiento arrastrara mi barco a la costa con una cuerda invisible y cruel.

Era una isla primigenia, árida y muerta. ¡¿Dónde estaban las hermosas costas?! ¡¿Dónde estaban las bellas elevaciones floridas?! Dalos no era más que un pedazo de roca yerma con una colina en la mitad. Los árboles estaban deshojados y desnudos, y ninguna planta podía sobrevivir allí. No había frutas tropicales ni manantiales cristalinos, sólo había podredumbre y hechicería. ¿Cómo era posible que Lío fuera tan encantadora y esta tierra tan horrible?

Descansé esa noche en las costas, tumbado sobre la arena de la orilla, exhausto, escuchando el bramar del mar y algunos susurros indescifrables que parecían llevar secretos de norte a sur en alguna lengua execrable. El cielo, ahora despejado, me mostraba sus lejanas estrellas como un terrible recordatorio: «estás lejos, muy lejos, y solo, muy solo... y en peligro». Sabía que Dalos guardaba para mí un hado maligno, pero desconocía cuál. La noche no era fría, pero la inquietud se abultaba en mi pecho, y una angustia insoportable lastimaba mi espíritu. A medida que pasaban las horas nocturnas sentía que un temor inefable y sin medro se cernía sobre mí, ansioso de llevarme a la locura.

Por fin amaneció. La noche miedosa quedó atrás, y fue reemplazada por un cálido día que enervó mi pasión y mi codicia. Sabía que estaba en una tierra llena de tesoros. Ya muchos habían encontrado allí fortuna, y ahora era mi turno.

Empecé a caminar por la costa, indeciso al principio, pero poco después empecé a encontrar pequeñas monedas de oro tiradas en la playa. Inicialmente fueron dos, pero después fueron cinco, y después muchas más. Antes de mediodía había llenado dos bolsas de cuero con piezas de oro. Mis ojos refulgían de dicha, aunque sentía un fuerte dolor en la espalda y en el hombro. «Debe ser la terrible noche que pasé» pensé, cegado por el dorado del botín.

Pero exactamente al mediodía mi mente inflamada empezó a sentir el llamado de la colina. Algo en mi interior empezó a obligarme a subir esa cuesta terrible. Y, antes de ser consciente, ya mis pies se dirigían a la elevación. Las laderas rocosas eran muy empinadas y el camino era accidentado y agreste, pero un impulso profundo y poderoso me azuzaba para subir por entre los troncos muertos hasta la cima. Sabía que allí me esperaba algo, bueno o malo, pero necesario.

El sol empezó a volverse más tortuoso, y mis piernas empezaron a temblar y a flaquear. Poco después, incapaz de sostener las bolsas de oro, las dejé enterradas en un pequeño tocón que marqué con una equis, y continué el ascenso. La deshidratación empezó a jugarme malas pasadas, ampliando voluptuosidades a mi alrededor. Los susurros que escuché la noche anterior ahora eran claros, y me incitaban en palabras extrañas a seguir subiendo. Hasta que llegué a la cima y por fin lo vi.

Tenía la garganta seca y el cabello empapado en sudor, las piernas ya no me respondían y el dolor del cansancio ardía en mi pecho; pero todo esto fue reemplazado por el temor cuando vi el tótem. Emergió en el horizonte como una invocación horripilante. Estaba erguido en toda la cima de la isla, empalado como un horror primordial. Semejaba un enigma de madera que resguardaba los secretos del universo. Sentí un desagradable estremecimiento al verlo allí, coronando con su ferocidad la colina y el cielo azul. Pero fue más fuerte el susurro

fantasmal que el temor, y, como un afable poseso, empecé a caminar con mis últimas fuerzas hacia el terrible monumento.

A medida que me acercaba me daba cuenta de que estaba tallado con escalofriante maestría, aunque su forma de criatura hereje era abominable. Y cuando ya estuve casi a sus faldas, vi con inquietante asombro las varias víctimas que la hostil isla había reclamado.

He aquí la parte más aterradora de mi relato. Alrededor del tótem, desparramados, se encontraban una legión de pellejos de sepulcros vedados. Había animales, pero también hombres, deformados al punto de convertirse en monstruosidades. Reposaban bajo el sol, cociéndose y llenando el aire de un amargo y nauseabundo hedor. Pero yo simplemente pasaba por encima de ellos, hipnotizado por el perverso monumento. Me seguía acercando a él por entre las ya maduras carroñas de rincones sangrantes, y a medida que me acercaba el dolor en mi hombro se intensificaba. El nervioso daño empezó a apoderarse con velocidad de todo mi cuerpo, mientras enfocaba con vista borrosa el tótem, que cada vez ganaba más altura; hasta que el mal se volvió insoportable.

Sentí la náusea subir por mi garganta, cual hiel caudalosa, al tiempo que mi cuerpo empezaba a desbordar el dolor, como el vino cuando rebosa la copa. Empecé a escupir blasfemias llenas de horror y desesperación, mientras sentía cómo la carne se me pudría y la sangre se me envenenaba. Mi incesante martirio se mezclaba con una atmósfera ominosa. El tótem permanecía quieto, erguido y en silencio, mientras deformaba mi cuerpo hasta volverme un horrible jorobado de piel purulenta. La metamorfosis, brutal y tormentosa, fue tan voraz que sólo duró unos pocos minutos, pero fue suficiente para sentir la eternidad del infierno en mi interior.

Ya desfigurado, sentí que los susurros cesaron y mis piernas, ahora de tamaños diferentes, volvieron a ser mías. Así que bajé corriendo la cuesta, olvidando las monedas de oro y las riquezas. Sólo quería escapar de esa empinada cima y de la mirada omitida de ese monumento siniestro. Ansiaba llegar a la costa y salir de ese terrible pedazo de tierra. Trastabillé varias veces mientras me adaptaba a mis deformidades, pero antes del anochecer logré llegar a la playa.

Mi cuerpo estaba tan seco que ni las lágrimas salían de mis áridos ojos. El dolor era permanente, pero menos intenso que en la cima. Veía con horror mis manos y mis piernas, ahora con ángulos extraños, y mi piel estaba llena de protuberancias. Aun así, no era consciente del daño sufrido por mi cuerpo. Sólo hasta que me reflejé en un pequeño espejo que tenía vi mi nuevo aspecto, inmundo y enfermizo. Mi cara estaba arruinada, mi frente muy pronunciada y mi carne achicharrada. Y una voluminosa joroba me impedía erguirme, obligándome a bajar la mirada al suelo arenoso.

Entonces recordé a mi querida amada: «No permanezcas más de tres días en la isla». Esa era mi segunda noche, por lo que debía partir al día siguiente. ¿Y mis riquezas? Estaba demasiado dañado para empezar a cavar o buscar monedas por la costa. La codicia había sido reemplazada por el dolor y el sufrimiento. Ya no quería ser rico ni famoso, sólo quería volver a ser el simple marinero de antes, humilde y corriente. Quería que el dolor desapareciera, al igual que la nudosa giba, y que mi rostro fuera otra vez simétrico y mis piernas fuertes de

nuevo. Una angustia histérica se apoderó de mí. Intenté ponerme de pie para zarpar y volver a mi hogar; pero me fue imposible. Las fuerzas me abandonaron, dejándome allí, acostado en la playa, bajo una noche fresca y un suplicio indescriptible.

Llegó la mañana. Logré, con mucho esfuerzo, subir mis pertrechos a la embarcación. Y, para mi sorpresa, vi un pequeño cofre en la quilla. Miré a todos lados, paranoico; pero nadie estaba cerca. Entonces abrí el cofre y vi con maravilla varias piedras preciosas y hermosos detalles en oro. Mi corazón se aceleró de la alegría. Volví entonces a recordar a mi amada de ojos violáceos, y supe que ese era mi premio de consolación.

Pero era el tercer día, y vi con terror esas apestosas mareas que impedían mi anhelado escape. El mar se agitó y empezó a lanzar mi embarcación hacia las rocas. Como pude logré adaptarme a mis torpes manos y a mi rara morfología, y logré maniobrar con destreza por entre los dientes de roca. El mar maligno intentó una y otra vez destrozarme, pero no lo permití. Mis manos se quemaron con las cuerdas, mi vela se rompió y mi embarcación sufrió los fuertes embates del terrible Poseidón. Pero logré salir a mar abierto y dirigirme al occidente. ¡El jorobado logró salir de Dalos con su botín!

Mi llegada al puerto fue agri dulce. Cuando descendí y todos vieron mi mutilado aspecto, se espantaron y huyeron. Pero tenía oro y joyas, y en poco tiempo fui recibido como un rey en las tabernas y en los burdeles. Pocas mujeres se arriesgaron a besarme, muy pocas, pero algunas desdichadas fueron arrastradas a mis brazos por el hambre y la necesidad. Y los taberneros, emocionados, me ofrecieron ron y cerveza en cantidades industriales. Me convertí en un jorobado famoso y rico, sumergido en los vicios y en los pecados. Pero poco a poco fui arruinando mi frágil fortuna.

Me robaron muchas veces en mis borracheras, y las mujeres se aprovecharon de mí, pidiéndome oro y favores a cambio de sucias caricias. El deleite me hacía olvidar mi deformidad, y me hacía sentir un poco más normal en medio de ese sucio muelle. Mis planes de comprar barcos se vinieron abajo. Mis ganas de comprar algunos comercios fracasaron, ya que nadie quería hacer negocios serios con un engendro borracho y vicioso. Me defraudaron dos veces y mi familia, cansada de mis distópicos estados y mis cóleras constantes, me abandonó a mi suerte. El dolor crónico sólo era apagado por el ron, y la peste de mi estética era disimulada por el derroche. Después de sólo dos años de mi viaje a Dalos, ya estaba durmiendo en la calle, escarbando entre la basura y suplicando por comida.

Mi aspecto infecto y desagradable empezó a notarse más a causa de mi miseria. El oro dejó de perfumar mi físico y mis rabietas, ahora más constantes a causa del permanente dolor. Ahora era un paria, igual que el leproso que antaño me había encantado con sus historias de riqueza en Dalos. ¡El leproso! Claro, aquel maldito sabía de la hechicería de Dalos, del poder tenebroso del tótem y de su maldición ahíta de delicias espantosas. Él, que sufría, quería que todos también sufrieran, y por eso llenaba de mentiras las mentes codiciosas para enviarlas como tributo a esa isla insoportable.

Después de mi viaje no volví a ver al leproso, pero ahora sufría igual que él. Ahora sentía la indiferencia y la humillación de los marineros y de las prostitutas. Un fulgor empezó a dominar mi ser, ahora lleno de hambre. «Me entenderían si viajaran a esa isla y llegaran deformados» empecé a pensar. Un amargo influjo lleno de venganza empezó a anidarse en mi cabeza. Empecé a esparcir rumores de la hermosa Dalos, contándole a los taberneros cómo encontré allí las joyas, y cómo pude volverme rico sólo caminando por la playa y recogiendo monedas de oro.

Los taberneros empezaron a regar mis rumores (que eran verdades a medias), y muchos marineros empezaron a buscarme para preguntar sobre Dalos. Yo les contaba historias de gloria y riqueza a cambio de pan duro y cerveza. Era obvio para mí, que tales lobos del mar a duras penas me soportaban, pero la ambición era más fuerte que el desagrado.

Y muchos hombres, intrépidos y alevosos, empezaron a zarpar en busca de la famosa isla, que enriqueció a un leproso desaparecido y a un jorobado borracho que ahora estaba invadido por una dolorosa necrosis y una sangre fétida. Y yo aún sonrío al verlos partir, imaginándome el oscuro tótem y sus susurros enigmáticos, su maldición despiadada y sus inconmensurables formas de infligir sufrimiento. Mi rostro se desencaja en una mueca de maligna satisfacción, pues me regodeo en un mar de envidia que prolifera de mi deformado y cómplice corazón. Lo admito, soy feliz repartiendo miseria, pues quiero que todos sean tan miserables como yo.

Sé que con estos rumores doy rienda a una crueldad manifiesta, y sé que le he fallado a mi joven amada de ojos violetas. Pero a todos los marineros que mando a la muerte les pido que, si por casualidad o fortuna alcanzan a la isla de Lío, busquen a una hermosa joven de cabellos castaños y piel blanca. Y a todos les pido lo mismo: —Si la encuentran, díganle que aún la amo y que siempre voy a amarla, pero que me perdone por no haber tomado sus consejos. Ella tenía razón: la tranquilidad es el tesoro más subestimado que tiene el ser humano.

V

Este fue el único cuento que le pedí al viejo que repitiera, pues en verdad no tomé notas suficientes para transcribirlo. El anciano, animado, lo repitió de memoria, casi palabra por palabra, como si lo recitara de memoria.

Después de terminado el cuento me dijo: —Me es grato que te haya gustado, y espero que los demás resulten igual de agradables.

EL MISTERIO DEL CONTENEDOR

Aunque han pasado ya varios años, vienen a mí tórridos recuerdos de horrores pasados, rodeados de duro metal y frías tinieblas. Ni mi esposa ni yo podemos olvidar aquel espantoso día de abril, un día de imágenes grotescas aderezadas de miedos pasados. Aún ese terror palpita y humea en mi interior. Ambos lo recordamos vívido, como un trauma atemporal que transcurre en cámara lenta y extiende los minutos hasta el infinito y la nada. Ella es quien más sufre, pues a menudo es invadida por esas profanas pesadillas que le recuerdan lo encontrado en el contenedor. Pero no es la única que sufre tales males: en ocasiones, yo mismo revivo esos recuerdos, pues llegan de repente vigorosos momentos que estremecen mi ser por completo. Son memorias extrañas e inexplicables de las que aún no me he podido liberar.

Ese día, particular y terrible, tenía un cielo nostálgico y cargado de grises nubes. Parecía advertir una fuerte tormenta, cual premonición maligna, pero nunca llovió. Un fuerte viento se levantaba de la costa y golpeaba nuestros cuerpos, al tiempo que esperábamos en la portería a que el funcionario nos permitiera el ingreso. No voy a detenerme en los aburridos trámites burocráticos de ese triste sábado. Solo diré que con mi esposa compramos un contenedor abandonado en aduanas a un muy buen precio. Desconocíamos su contenido, pero según la lista no había ni armas ni materiales peligrosos; aunque hubiera preferido que estuviera cargado de químicos inflamables que de... eso que nos encontramos.

Ingresamos después de un par de horas al enorme patio donde descansaban todos los contenedores abandonados de la aduana. Eran incontables, y el patio semejaba un enorme camposanto gris lleno de gusanos de lata; bestias metálicas sin orejas ni ojos que guardaban tesoros preciosos y vacíos oscuros. Caminamos por unos minutos siguiendo al antipático funcionario hasta llegar a nuestro contenedor. Era gris y pequeño (unos 6 metros de largo), y tenía la enorme inscripción de MAERSK con su respectiva estrella blanca y azul. Estaba un poco oxidado a los costados y tenía impregnada la peste normal del viaje. Al verlo, silencioso y solemne, una emoción visceral se apoderó de mí, teñida con un poco de codicia. Deseaba, cual hambriento, destapar esa gran puerta y ver la mercancía que iba a darme jugosas ganancias. Imaginé por un momento un depósito exótico, lleno de antigüedades finas y costosas. Miré a mi esposa, y vi que ella también tenía un brillo de ansiedad y felicidad en sus ojos cafés. El hombre nos dio las llaves de los candados, nos advirtió que a las seis de la tarde cerraban y se retiró. Entonces nos lanzamos a la puerta por nuestro botín. Al principio costó un poco de trabajo, pero con algo de esfuerzo la abrimos lentamente. La puerta rechinó como si aullara, y allí la vimos.

El contenedor provenía de Varna, un largo camino hasta los puertos del Pacífico. Eran fácilmente 12.000 km, por lo que el transporte podía durar veinte días, esperando que el tránsito en el Canal de Panamá hubiera mejorado (los últimos días el nivel del canal era bajo, por lo que había muchos buques represados). Además, el contenedor no había sido reclamado por un comprador desde su arribo, dos meses atrás; por lo que se catalogó como abandonado. Por más que aduanas intentó contactar al comprador, el ignoto inversionista nunca apareció.

Todo esto lo menciono porque considero que justifica mi pensamiento y permite que no sea tildado de inverosímil.

Mi esposa soltó un grito agudo que bordeó el pánico. Yo retrocedí de inmediato, no por la peste que expulsó el contenedor, sino por ella. Sí, ella. En medio de enormes cajas arruinadas estaba una pequeña niña, vestida de blanco y con el cabello negro. ¡Una niña! ¿Cómo era posible que una niña estuviera en un contenedor transatlántico por casi tres meses? Más desconcertante aún era su estado: no se encontraba desahuciada, sucia o sedienta. Por el contrario, estaba impecable, sana y hermosa; a tal punto que parecía brillar en medio de la espesa oscuridad del interior del contenedor. Su piel era blanca y su carita redonda. En sus grandes ojos se veía el temor, y sus manitas contra su pecho demostraban que tenía mucho miedo. No debía superar los diez años. Tiritaba, y nos miraba con los mágicos ojos bien abiertos, quizás esperando lo peor.

Nuestro mundo se detuvo en ese momento. Olvidamos el vaho pestilente del interior del contenedor, olvidamos el resto de la mercancía, olvidamos la codicia y la emoción. Quedamos estáticos por unos instantes, pensando cómo actuar, mientras la bestia metálica abría sus fauces y mostraba sin pudor una hermosa princesita. A mí llegaron en tropel ideas estrambóticas, irreverentes y terroríficas. Mi mujer me miraba, atónita y pálida, sumergida entre el instinto maternal y el terror nervioso e invalidante.

Fue mi esposa la primera en actuar. Se acercó a la niña, pero ella dio unos pasos hacia atrás, esquivó, e intentó escabullirse entre las cajas.

—¡Espera! —le grité.

La niña se detuvo, obediente. Parecía más confiada conmigo que con mi esposa. Entonces me acerqué con cuidado, lentamente, respirando por la boca para aguantar el hedor.

«Ella ha tenido que aguantar esa peste mucho tiempo, lo mínimo que puedo hacer es aguantar unos instantes» pensé mientras me agazapaba frente a ella para quedar a su altura. La niña de cabellos negros pareció más receptiva, aunque todavía se notaba su temor. Me miró con detalle y esperó, temblando. En ese momento vi que de su rostro redondo se asomaban unas pequeñas pecas, y sus mejillas sonrosadas engalanaban su encanto. Su aspecto angelical era como en los cuentos de hadas, aunque estuviera rodeada de cajas enormes.

—¿Cómo te llamas? ¿Dónde están tus padres? ¿Tienes hambre? ¿Sed? —la atosigué con preguntas mientras la miraba con detalle. Pero era obvio para mí que ella no entendía una sola palabra de lo que decía. Era comprensible, su agraciado aspecto parecía ser extranjero.

Al ver que no me podía comunicar con ella, me abordó una sensación extraña, instintiva, incluso paternal. Así que abrí los brazos, invitándola a que se acercara y me abrazara. Ella dudó, sus manitas seguían sobre su pecho, pero pareció entender el idioma universal del amor y la confianza. Dio unos pocos pasos, hasta que finalmente me abrazó. Al principio me sentí emocionado y contento. Un hombre siente un gran logro al proteger a una mujer, y evoca su instinto de valeroso caballero de armadura brillante. Mientras la abrazaba, le mecí los negros cabellos, lo que pareció calmarla un poco. Ella apoyó con confianza su cabecita en mi pecho, y permaneció así por algunos instantes.

—¿Hace cuánto no abrazaba a alguien? —me pregunté—. Pobre niña, sola por tanto tiempo, asustada y en tierras extranjeras. Debe estar aterrada al estar frente a dos adultos

desconocidos. ¡Tan delicada e indefensa! ¡Tan lejos de su hogar desconocido y de su patria maligna!

Pero el abrazo, de repente, empezó a sentirse incómodo, hasta volverse un estremecimiento odioso. Solo en ese momento me di cuenta de que el menudo cuerpo de la niña estaba frío, muy frío, casi cadavérico. Su temperatura estaba muy baja. Pero no era solo su calor corporal: sentí que su abrazo me sumergía en un vórtice de horror que me desnudaba la mente y me erizaba la piel. Un abrazo voraz que llevaba mi alma a una nada profunda y terrible. Su aura, en esencia venal, pareció absorber todo el amor del mundo. Y no era solamente su abrazo, pues ella misma olía a pasto, a tierra húmeda y a flores, en específico a crisantemos, las flores fúnebres por excelencia.

Incapaz de resistir ese abrazo, que semejó para mi alma una carnicería y una muerte, la solté y me repuse, agotado y empapado de sudor. A mí llegaron terrores inexplicables y vertiginosos que me hicieron temblar de pies a cabeza. La niña, hermosa y con sus ojos brillantes bien abiertos, me miró con duda y a la vez con amor. Quizás percibió en mí el indomable miedo que despertó en mi corazón. Entonces miró a mi esposa, que se había acercado un poco más, y como pudo se embutió entre las enormes cajas del contenedor, desapareciendo por completo en esa oscuridad siniestra.

—¡Espera! —le pedí, asustado y a la vez avergonzado.

Pero ella no hizo caso, y ante mis ojos se esfumó, como si un coloso gris y henchido hubiera devorado a su víctima, pequeñita y de vestidito blanco.

Mi esposa se acercó, me puso su mano en el hombro y dijo: —No te preocupes. Ella debe estar asustada. Es difícil confiar en unos desconocidos. Además, quizás ha pasado por varios traumas, lo que justifica su desconfianza. No te preocupes por ella. Mejor llama a tu primo y a tu tío para que nos ayuden con las cajas. No creo que tú solo puedas—. Entonces sintió mi temblor, y añadió: —Creo que tienes fiebre.

No fui capaz de confesarle que lo que en verdad sentía era pavor. ¡Un pavor extraño causado por la bella niña!

—¿Quieres que traiga comida? —me preguntó.

Yo negué con la cabeza. —Iré yo y aprovecharé para hablar con los funcionarios. La verdad no sé qué hacer.

—Debemos llamar al Bienestar Familiar para que se encarguen de la niña. Pero por ahora desocupemos el contenedor. Cuando ya estén todas las cajas afuera podremos entrar por ella y cuidarla.

—Tienes razón. Iré por comida. Ella debe tener hambre —dije como pretexto para alejarme. Quería tomar distancia de la niña y del contenedor. Necesitaba tiempo para pensar, e ir por comida era una excusa perfecta.

Mientras caminaba con sorna por el enorme patio pensaba con más detalle. «¿Cómo era posible que una niña sobreviviera a tres meses encerrada sin comida ni agua? Quizás en algunas cajas había comida... sí, eso era una explicación lógica. Pero ¿y su estado? Debería estar andrajosa, apestar a sudor y estar con el cabello grasoso. Por el contrario, su cabello estaba sedoso; lo había sentido mientras la peinaba con mis dedos. ¿Y de dónde proviene? ¿Es bávara o quizás búlgara? ¿Será una refugiada de la guerra? ¿Será ucraniana o rusa? ¿Vendrá del Dombás? ¿Y tendremos que adoptarla o el Bienestar Familiar se encargará de ella? Quizás viva un tiempo con nosotros mientras se hacen todos los trámites burocráticos.

¿Cómo serán esos trámites? No me imagino escribiendo en un papel que encontré a una niña en un contenedor de carga. ¡Qué absurdo! Y si vive con nosotros, ¿Mariana la aceptará? Mi hija es muy celosa, y no creo que quiera una hermana que apareció de repente en medio de un montón de cajas viejas y polvorientas».

Entonces me detuve frente a la máquina expendedora para calmarme, pues la mente es un potro salvaje y brioso que corcovea con violencia cuando intentamos calmarlo. Por lo mismo, los problemas son más graves en la imaginación que en la realidad. Sentí que estaba pensando más de lo necesario, llegando hasta el peligroso borde de lo onírico y lo sobrenatural. Quizás era como dictaba la Navaja de Ockham: era una simple niñita asustada que se había colado en un contenedor.

Ya un poco más tranquilo, compré unas papas fritas y una gaseosa, y fui directamente a la oficina de aduanas. Allí les dije a los incrédulos funcionarios que había encontrado una niña en un contenedor. Ninguno me creyó, pero dijeron que apenas la niña saliera del contenedor llamara a Bienestar Familiar. Salí ofuscado de la pequeña oficina con olor a pino, y llamé a mi tío y a mi primo. Ellos vivían a veinte minutos del patio, por lo que podían llegar rápido y ayudarme con el descargue. A ellos no les dije nada de la niña escondida entre el metal.

Mi tío y mi primo llegaron en su camioneta antes de que la cerrada noche gobernara el mundo. Había suficiente luz para, por lo menos, sacar las vetustas cajas y rescatar a la niña. En mi cráneo se volvió a posar la falsa ilusión de que teníamos que rescatarla. Recordé por un momento la reacción impresentable de repulsión que tuve frente a ella; y ahora sentía un afán maniático de compensar mi ofensa y darle cierto bienestar. Nada había hablado con mi mujer, pero en mi cabeza ya rondaba la adopción; quizás impulsada por un sentimiento de culpa al no poder disimular el asco y el terror que sentí con ese abrazo aborrecible.

Empezamos con las cajas pequeñas del frente. Mientras sacábamos las cajas del gris contenedor, íbamos revisando el contenido. Las primeras cajas tenían algunos muebles desarmados y ropa vieja y arruinada por las polillas. Pero a medida que sacábamos cajas, las mercancías se volvían más extrañas. En una de las cajas encontramos algunos objetos antiguos, muy antiguos: una locomotora tallada en madera con ruedas rojas, canicas, un ábaco y una vieja máquina de escribir. En otra encontramos un uniforme alemán con un casco de la primera guerra mundial (con la reconocida púa en la parte superior), un bolso y un par de zapatos. Una tercera caja tenía el torso de un blanco maniquí, un bebé de plástico, un reloj y un sombrero.

Pero una cuarta caja, muy pesada, nos causó más desconcierto, pues tenía tierra, solo tierra. La quinta caja también tenía tierra, y la sexta. Y apenas despejamos toda la primera fila de cajas, vimos que había muchas más cajas de madera con forma rectangular. Todas tenían tierra, y fue mi esposa la que se dio cuenta de que tenían la espantosa forma de un ataúd para bebés. ¡¿Qué clase de enfermo había sido el dueño de ese contenedor?! ¿Qué persona loca envía tierra desde Varna? Entonces pensé en la niña. ¿Acaso ese fue el olor que percibí mientras la abrazaba?

Sacamos en total quince cajas de madera llenas con tierra y continuamos con la tercera hilera de cajas. En ese instante toda la situación se volvió aún más insólita y chocante. Las cajas de la tercera fila estaban llenas de juguetes extraños y viejos, de artes diligentes y terribles. Casi todos estaban dañados y tenían un aspecto sucio y embrujado. Había allí tambores descoloridos, soldaditos de plomo sin cabeza y sin brazos, pirinolas con extraños signos. Pero hubo tres juguetes que me causaron escalofríos: El primero fue el peluche sucio de un mono con rostro de una calavera. El segundo fue un muñeco con piel gris y ojos blancos (un bebé que tenía el tono de piel de un ahogado). El tercero y más espantoso estaba al final de la caja más grande de esa hilera, y era la figura de un caballo fantasmal de belfo estropeado; un rocín apocalíptico de mirada epiléptica y sonrisa senil. Apenas saqué ese insano caballo de madera miré a mi esposa. Ella me devolvió la mirada, estupefacta y asqueada. Mi tío y mi primo me miraban con confusión, incrédulos con la insólita mercancía del contenedor; un contenedor que cada vez revelaba más sus siluetas malformadas que exudaban unas negras voluptuosidades.

Y la turbación casi llegó a su clímax cuando destapamos una caja repleta de fotos amarillentas y antiguas, tomadas con una cámara *polaroid*. Era evidente que esas fotos mostraban la antigua práctica de la fotografía *post mortem*. En otras palabras, todas las fotos mostraban muertos vestidos y sentados. En algunas fotos el muerto salía con toda la familia, en otras fotos salía solo el cadáver. Algunas veces tenían los ojos abiertos y vacíos, otras veces cerrados como si durmieran. Pero también encontramos fotos censurables de muertos carnavalescos en vulgares posiciones y con utensilios extraños y arruinados a su alrededor.

Entonces fue mi tío quien lanzó un grito de horror al mirar al interior del lóbrego contenedor. Todos enfocamos la mirada en la oscuridad y vimos, entre algunas cajas que todavía quedaban en el interior, la carita redonda y brillante de la niña pelinegra. No era muy visible por la falta de luz; la visión parecía una foto borrosa de un espectro victoriano. Sin embargo, los cuatro notamos que tenía las pupilas frías, y sonreía; una sonrisa extraña, casi maligna y sardónica. A todos se nos heló la sangre al ver la cabecita pequeña y ladeada en medio de las cajas llenas de telarañas y moho. Ninguno se movió por unos instantes, petrificados del miedo, incapaces de reaccionar a la mirada lejana y casi invisible de una niña pequeña. El olor a crisantemos volvió a golpear mi olfato, pero casi de inmediato desapareció. La niña volvió a esconderse rápida tras las cajas. Ya solo quedaban dos hileras para llegar al espacio donde la niña se escondía.

—¡Es un fantasma! —gritó mi tío, que toda la vida había sido supersticioso.

—No, tío, es una niña que llegó en el contenedor —le expliqué—. Es de carne y hueso. Yo mismo la abracé y le mecí el cabello.

—¿Si se escucha?! —preguntó mi tío muy exaltado—. ¡Eso es imposible! Una niña no puede sobrevivir encerrada en un contenedor. ¡Se sofocaría! Si no la mata la falta de aire la mata la inanición y el calor del viaje. ¡Es un espectro!

Mi tío tenía razón, pero la realidad no le hacía caso a su pensamiento. La niña era una niña extranjera, y estaba viva y en el interior del contenedor. Yo mismo lo había comprobado.

Después de conversar por varios minutos con mi tío y mi primo, logré calmarlos y convencerlos de que me ayudaran con las cajas faltantes. Empero, tanto mi esposa como yo también compartíamos el temor. La aparición sonriente de la extraña niña había causado en

ambos un mal presagio, un sentimiento de zozobra y a la vez de miedo. Los cuatro estábamos ansiosos por sacar por lo menos dos cajas para poder entrar a la parte posterior del contenedor y conocer todas las respuestas.

—¡Ya vamos a ayudarte! —le grité mientras sacábamos una de las cajas que nos impedían el paso. No sé si lo hice para avisarle o para espantarla, pues una parte de mí no quería encontrarla. No inspeccionamos esa caja para no perder tiempo (aunque la caja hedía a muerto). La noche caía rápida y debíamos salir del patio antes del anochecer. Además, el juntar a la niña y a la noche causaba en mí un sentimiento gorgoteante de temor, como si relacionara ambas entidades a un satánico juego.

Sacamos la segunda caja con presura y, en un trato omitido, permanecemos todos afuera del contenedor, esperando que la niña saliera.

—¡Ya puedes salir, querida! —gritó mi esposa con voz temblorosa.

Era obvio que ninguno quería entrar por ella. En ese momento sentimos el contenedor más oscuro y maligno, como si un halo espeluznante rodeara la mole de metal.

—¡Sal, niña! —gritó mi primo, casi hiperventilando y esperando ver a la pequeñita de vestido blanco salir del contenedor.

Pero no hubo respuesta alguna.

Al ver que la noche llegaba, decidí entrar con una linterna en la mano. Caminé lento hacia el final del contenedor, moviendo el rayo de luz de un lado a otro, nervioso. Mi respiración se detuvo por un momento, mis manos sudaron y mi cabello se empapó durante esos largos instantes. Entonces pasé por la hilera alta de cajas y allí estaba.

Mi estómago se contrajo al verla. Sentí en mi pecho un retumbar siniestro que casi me hace colapsar, pues lo que encontré fue completamente inesperado. Bajo el rayo de luz de la linterna vi el cuerpo derrumbado. Estaba rodeado de mirra, cual virgen vapuleada por la tragedia. Ella permanecía desgonzada, sin vida, tendida holgadamente entre esa crasa penumbra. Cerca de ella había algunas latas de comida vacías; ideales para alimentarse por unos días, pero insuficientes para sobrevivir tres meses.

Pero había algo extraño en el cadáver, un detalle terrible que no asimilé de inmediato. Me acerqué un poco más y finalmente lo percibí. ¡No era la niña! ¡Era otra niña! La joven inerte era rubia, de ojos azules y mucho mayor. Por su aspecto, podía rondar los quince años. Era una adolescente diferente a la niña de ojos brillantes y cabellera sedosa y oscura. Una jovencita que ahora era una podre inerte que pocos días antes había sido una hermosa, aunque sufrida, señorita. Un cascarón ceniciento hasta las puntas, marchitado y flácido, que mostraba una belleza pasada y un vestigio de vitalidad juvenil.

Entonces cayó sobre mí un ansia terrorífica que por poco me asfixia. Miré a todos lados con la linterna, rincón a rincón, palmo por palmo, registrando con meticuloso detalle mi incoherente, infructuosa y desesperada búsqueda. ¿A dónde fue la niña de efímera dulzura y gloriosa sonrisa? ¿La niña pelinegra de vestidito blanco y sutiles pecas? No había rastro de ella en ese pequeño y claustrofóbico espacio.

Y mi terror se incrementó como una violenta avalancha al ver unas sedosas hebras de cabello largo y negro sobre mi camisa.

Después de ese terrible día tuve que dar muchas explicaciones a la monolítica policía. La jovencita rubia fue identificada dos meses después como Arina Boiko, una joven de trece años que escapaba de la guerra. Logró colarse al contenedor después de que sus padres sobornaran a los guardias. Murió de hambre; las raciones que logró reunir no fueron suficientes. Además, también le diagnosticaron una anemia grave durante la autopsia. Fue una verdadera calamidad marítima.

Los cuatro comparecimos ante la fiscalía y contamos nuestra enigmática historia. En solo ocho meses nuestra situación judicial quedó saldada. Quedamos libres de todos los cargos. La mercancía fue confiscada y perdí mucho dinero; pero el dinero se recupera. Por el contrario, nuestra salud mental quedó estropeada. Nunca vimos de nuevo a la misteriosa niña de cabellos negros, y al día de hoy dudo de mi raciocinio, pues no tengo una explicación de los sucesos al interior de ese aborrecible y sombrío contenedor.

Aun así, guardo como un tesoro las hebras de cabello negro, esperando que algún día me ayuden a resolver el misterio. Esos cabellos oscuros son la única posesión que tengo de ese contenedor; un recuerdo horrendo y macabro de ese día inusual y cruel.

VI

Mientras él contaba este cuento, yo me imaginaba cada detalle, como si la historia pasara frente a mis ojos. Cuando concluyó, confieso que miré mis manos para revisar que en verdad no tuviera ningún cabello de niña entre mis dedos.

TERROR ENTRE LAS PAREDES

Me encantaría iniciar este escrito evocando erráticos recuerdos, historias que poco se asoman en la memoria; pero, para mi pesar, no es este el caso. Tales recuerdos vienen nítidos a mi memoria como el agua de un manantial, sin importar que hayan pasado algunos años desde aquellos acontecimientos terribles de ese mes de octubre. Aunque compramos la casa en el mes de mayo, fue en junio cuando el terror arribó con sutileza infernal, y fue en octubre cuando por fin abandonó las paredes con huella firme e indeleble, permitiéndonos vivir finalmente a mi esposa y a mí una existencia casi normal.

Nuestro sueño como pareja siempre fue vivir en un barrio de casas bonitas, de vecinos amables y bellos prados. Por lo que después de la venta de una casa que había heredado logramos mudarnos a una hermosa casa al norte de Bogotá, a unas pocas calles del Country Club. Allí abundan los árboles de flores amarillas y brillantes, y los arbustos de flores púrpuras trepan las rejas de las hermosas edificaciones blancas. Al mudarnos sentimos una descarga de felicidad y satisfacción.

No obstante, el interior de la casa contrastaba con los vívidos colores de los jardines podados del rededor. Aunque el exterior era blanco y opulento, el interior era frío, húmedo y silencioso, como si dentro del hogar se levantara un aliento miedoso que se esparcía como el éter. Incluso después de la mudanza, el calor de hogar no lograba colarse en los recintos, más aún en el estudio. Allí el ambiente era siniestro, opresivo e irritante. No había explicación alguna, simplemente rondaba por aquella habitación un aura rancia y molesta.

Los primeros meses, sin embargo, fueron de euforia y alegría. Una pareja acabada de casar y con el hogar soñado... no era para menos. La adaptación de la convivencia fue fluyendo con extrema facilidad, y nos adaptamos rápidamente a una rutina juntos. Pero por la noche, cuando bajaba al estudio para escribir, un escozor me rozaba los brazos y la espalda, semejante a un hálito sutil que acariciaba mi alma desde un mundo lejano y perverso.

Como mencioné anteriormente, la primera manifestación se dio en junio. Como es ya de suponer, fue en el estudio, mientras ejercía mi pasatiempo de escritura y sentía el abrupto descenso de temperatura. Lo escuché claro tras la pared. No mentiré al decir que la lógica me dictó que era alguna alimaña, quizás alguna rata. No, estaba seguro de lo que había escuchado: eran rasguños, arañazos sonoros que provenían del interior de la blanca pared a mi izquierda. No me convencí de este suceso por mi fascinación al terror, simplemente tengo una poderosa confianza en mis sentidos. Sabía lo que había oído, por lo que fui de inmediato a contarle a mi esposa. Micaela me miró con detalle, mientras que empezaba a sugestionarse con mi relato.

—¿Estás seguro? —me preguntó con voz quebrada mientras su rostro mostraba tintes de temor. Ella también sentía el extraño ambiente en el interior de la casa, por lo que no le costó mucho creerme.

—Estoy seguro, hay algo entre las paredes del estudio —respondí con vehemencia mientras mi corazón palpitaba con tal fuerza que casi presionaba mis costillas.

Sólo dos días después volví a escuchar ese terrible sonido. En esta ocasión sentí más temor, pues era la dura confirmación de mi delirio. Mi corazón se estrujó como un envoltorio al escuchar las uñas contra la pared, y mi valor se acurrucó a tal punto de obligarme a dejar mi escritura y subir a mi cuarto, pálido del miedo. Micaela lo notó de inmediato.

—¿Sucedió de nuevo? —me preguntó con los ojos cafés bien abiertos.

Yo asentí, al tiempo que me limpiaba el sudor de mi frente con la mano.

Pasaron los meses, y el terrible tormento que rondaba el estudio pareció empezar a jugar la carta de la aleatoriedad, valiéndose de la incertidumbre y, por lo mismo, infundiéndome todavía más miedo. A veces lo escuchaba y a veces no. A veces era fuerte y a veces débil. A veces duraba mucho y a veces era un leve toque que bordeaba lo onírico. A veces venía con un olor extraño, a veces con un vapor frío. Siempre que esa terrible manifestación empezaba, apagaba el computador y subía a mi cuarto con la firme intención de «intentar» dormir.

La vida continuó con cierta tranquilidad, hasta lo ocurrido en octubre. Llovía a cántaros esa noche de lunes. Los sonidos en las paredes habían cesado durante las últimas dos semanas, por lo que había olvidado momentáneamente esos tremendos maleficios. Pero de repente, mientras escribía, la pared recibió un golpe desde su interior, cual ariete medieval. El golpe fue tan fuerte que los dos cuadros colgados en la pared se sacudieron hacia afuera, casi saliéndose de las puntillas. Quedé pasmado, mudo, sin poder moverme. Mis músculos se tensionaron por completo, dejándome al mismo nivel de una estatua de carne. Miré lentamente la pared, pero sólo escuchaba la lluvia golpear contra los cristales. Pasaron algunos segundos que simulaban el infinito, hasta que tuve el valor y la fuerza para moverme. Me levanté de la silla y me alejé con cautela hacia la puerta, examinando con una mirada inquisitiva toda la pared, palmo por palmo. En ese instante vi una pequeña fisura al costado derecho de la pared; era delgada, pero lo suficientemente espaciosa para introducir mis dedos. Entonces tuve una idea que me pareció válida... y que resultó darme la evidencia del horror.

Subí a mi habitación y tomé mi móvil. Micaela luchaba contra el sueño mientras veía televisión, por lo que no notó mi rostro carente de valentía y mi respiración exagerada. Bajé de nuevo e introduje mi celular en la grieta. Mi intención era ver qué había en los muros. Al principio pensé en la cámara delantera para que me sirviera como espejo, cual Perseo contra Medusa; pero la cámara delantera no tiene *flash*, por lo que nada era visible. Entonces se me ocurrió otra idea: tomar una foto con la cámara trasera del móvil. Volteé el celular y tomé la foto. Apenas la vi noté mi falla: no la tomé con *flash*, por lo que la foto era un simple recuadro negro. Fue el temor lo que me hizo cometer ese error tonto; y sé que fue el temor porque en verdad tenía miedo, miedo de afirmar lo que ya creía. Así que activé el *flash* y tomé otra foto.

Fue una visión cruda y tan impactante, que emanó de mi alma una gran cantidad de estremecimientos. Mi cuerpo tembló al punto de impedirme sostener el móvil, dejándolo caer al suelo. El temor se derramó por la estancia, asfixiándome con un trastorno asolador. Levanté de nuevo el móvil, intentando amarrar la poca razón que me quedaba en el cráneo, y miré de nuevo la foto, esa foto que aún tengo guardada y que, según los metadatos, fue tomada el lunes 9 de octubre a las 9:43 pm... un día lluvioso.

Entre las paredes, en un espacio de quizás un metro, había, inequívocamente, un niño. ¡Sí, un niño! Un niño sombrío, endeble, aterrorizado, inmundo. Estaba agazapado y aprisionado

entre los muros. Era de piel lívida y ojos perlados a causa del *flash*. Miraba fijo a la cámara, aunque el ángulo estaba a ras del suelo. Y su mirada parecía lanzar un clamor horroroso y desesperado. Semejaba a una débil criatura que avergonzaba a su familia y que, durante mucho tiempo, para ocultarlo del mundo, había sido emparedado en ese oscuro lugar, como un castigo a un pecado desconocido.

Todo esto me lo dijo la fantasmagórica foto que miraba en el móvil. Al tiempo, imaginé su voz aguda, cansada, temerosa y quebrada. ¡Dios todopoderoso, había un niño espectral en el interior del muro! Unas paredes donde las brillantes sonrisas daban paso a pavorosos gritos y desesperados rasguños.

Subí a zancadas para contarle lo ocurrido a Micaela. Pensé en ayudar al niño, pero el pánico me venció. Cuando el miedo gobierna el espíritu, tendemos a refugiarnos en quien más amamos y donde más nos sentimos seguros. Por eso mismo los criminales tienden a esconderse en sus casas después de sus fechorías; y por eso mismo subí para refugiarme en mi amada esposa. Ella ya estaba dormida cuando llegué desbocado para comentarle lo sucedido.

—¡Micaela, hay algo entre las paredes! —le dije apresurado—. ¡Ven, baja conmigo! —añadí mientras tomaba su móvil.

Ella, aún sacudiéndose del abrazo de Morfeo, bajó con torpeza mientras me seguía.

Apenas estuvimos en el estudio le pasé su móvil y le pedí que tomara una foto con *flash* por entre la fisura, tal y como lo había hecho instantes atrás. Ella, sólo por deshacerse de mí, me hizo caso. Pero apenas miró su móvil su sueño se sacudió y fue arrojado lejos de su cuerpo. Los colores de su rostro retrocedieron y sus ojos se abrieron con reflejos vidriosos.

—¿Lo viste? —le pregunté.

Y ella asintió, enmudecida. —Está allí, de pie, quieto —dijo casi en un susurro, como si no quisiera que el emparedado nos escuchara.

—¿Qué hacemos? —pregunté, atónito.

Ella meneó la cabeza, incapaz de articular una respuesta plausible.

Entonces me llené de valor, y me dirigí al niño: —¿Estás bien?! —pregunté muy cerca de la pared.

Sólo silencio.

Así que volví a poner el móvil entre la grieta y tomé otra foto. Y, para sorpresa de ambos, ya no había nadie al interior de las paredes.

Aquella noche se alargó más de lo normal, como si el sol se rehusara a iluminar y espantar nuestra miseria. Por horas, una terrible jaqueca cargada de temores aplastó nuestras sensibles cabezas. No dormimos durante toda la noche, pero tampoco hablamos a detalle de aquel terror que rondaba el estudio. Nuestro único consenso fue llamar a Alberto al día siguiente para que revisara la pared.

Alberto es un buen amigo de la familia, además de ser un excelente exterminador. Lo llamamos a primera hora para pedirle su ayuda con una «alimaña». La vergüenza y la duda de ambos nos impidieron revelar el verdadero motivo de la solicitud. Él, muy diligente, nos aseguró que esa noche iría a nuestro hogar con algunas herramientas para ayudarnos.

Y así lo hizo. Alberto llegó en horas de la noche y en medio de una llovizna, equipado con algunas herramientas para cazar ratas y matar insectos. Fuimos directamente al estudio y le mostramos la pared.

—Hemos escuchado algunos ruidos, por lo que creemos que hay algo en los muros —le dije mientras miraba a Micaela.

Ella me devolvió una mirada temerosa y cómplice. Casi al tiempo, un rayo rompió las nubes y su trueno sacudió las empañadas ventanas.

—Ya resuelvo este tema —dijo Alberto, inocente de los horrores que nosotros habíamos vivido sólo un día antes.

Por la misma fisura por donde habíamos tomado las fotos, Alberto ingresó una pequeña cámara para ver qué había entre los muros. Esperamos atentos y ansiosos. Pero Alberto nada decía.

—¿Lo encontraste? —pregunté con doble sentido, esperando que Alberto gritara a causa de la sorpresa. ¿Cómo no iba a gritar al ver el niño de ojos blancos entre las paredes?

Pero él, severo, negó con la cabeza. —No veo nada extraño —respondió entre el monótono sonido de las gotas.

Micaela me miró y, de manera inconsciente, miró de nuevo su móvil, convencándose de que todavía tenía su foto y de que lo que allí se reflejaba era espantosamente real.

Yo tragué saliva y seguí esperando; pero pasaron los minutos, y Alberto no encontraba nada. Sacó la cámara de entre los muros y tomó otra cámara más pequeña y de mayor alcance, prensada a una sonda delgada. La ingresó y continuó su búsqueda.

—¡Eureka! —exclamó pocos minutos después. En ese momento otros dos rayos azotaron el cielo nocturno y brumosos.

Aunque su expresión me sacudió, en verdad no era la reacción que esperaba. Yo esperaba que Alberto se petrificara del temor cuando encontrara al niño; pero ese «Eureka» era vivaz, casi alegre.

—¿Lo encontraste? —volví a preguntar de manera tramposa.

—No encontré el ratón, pero encontré algo —respondió un poco desconcertado, mientras tomaba un gancho para arrastrar lo que había encontrado. Estuvo trabajando con el gancho entre esa pequeña abertura por casi media hora y bajo el monótono sonido de la lluvia, hasta que finalmente sacó cuatro objetos de entre las paredes: El primero era una camisa roja hecha trizas, sucia y comida por las polillas. El segundo objeto era un pantalón roto de talla pequeña. El tercer objeto era un pedazo de pan mohoso y duro. Pero el cuarto... el cuarto objeto era el más siniestro: Era una foto en sepia de una familia, el padre, la madre... y el niño. Era inequívoco.

Mi esposa, al mirar la foto, casi se desmaya. Fue notoria su baja de presión, al punto de derrumbarse entre mis brazos. Alberto se apresuró a ayudarme, y entre los dos logramos sentarla en el sillón del estudio.

—¿Qué sucede con esa foto? —me preguntó Alberto, afanado—. Se notó el miedo en ambos apenas la vieron.

Pero yo cambié el tema, y por medio de mentiras y formalismos, logré que Alberto abandonara la curiosidad y se fuera (no sin antes darle un muy buen pago por su trabajo).

No le contamos a nadie sobre nuestras fotos. Sólo hasta este momento que escribo nuestra historia doy a conocer tan espeluznante experiencia. ¿Por qué no fuimos sinceros con Alberto ni con nadie? Sencillo: presión social. ¿Quién creería tan inverosímil y tenebrosa historia?

Aunque publicáramos las fotos, la primera tendencia sería el descrédito. Los escépticos dirían: ¡Son falsas! ¡Son un montaje! ¡Quieren llamar la atención! A mí me tildarían de mentiroso que quiere causar polémica para vender sus libros de terror. A Micaela la acusarían de «loca». No hay cárcel más inquisitiva que la mirada ajena. No podíamos ganar fama de locos en nuestro nuevo barrio, en nuestra nueva comunidad. Lo mejor fue callar.

Y, sin embargo, lo más increíble es que el horror no termina con la foto que encontró Alberto. La comunicación es esencial en una relación, pero Micaela y yo fallamos de una forma catastrófica durante ese octubre, pues nuestra comunicación se vio afectada por el miedo, la esquivia razón y el recelo a reafirmar nuestros más profundos presentimientos.

Al día siguiente, con más calma, Micaela y yo examinamos la vieja foto de la familia: parecía tener décadas. La examiné profundamente, mirando con detalle las facciones del niño: El cabello arremolinado, las pecas, la piel pálida, la contextura delgada.

Y dije: —Aún no lo puedo creer. Estoy seguro de que es él.

Micaela, que también clavaba la mirada en la foto, asintió. —Sentí terror al verlo; pero también estoy segura de que es él.

—¿Quién sabe qué malignos designios llevaron a la decisión de emparedar a ese pobre niño? —me pregunté.

Entonces sentí la vibrante mirada de Micaela sobre mi rostro. Devolví su mirada, extrañado. Tenía un brillo de incertidumbre que de repente me contagió. Entonces cruzamos miradas por unos instantes, cargadas de miedos furtivos. No nos decíamos ni una sola palabra, pero la expresión en sus ojos me indicaba el nervio de su espíritu.

Procedí a mostrarle la foto de mi móvil. Allí estaba el niño, apretujado y mirando la cámara del celular, incómodo y temeroso entre los muros. Y ella, en silencio, sacó su móvil con su mano temblorosa y me mostró su foto. Ambos habíamos asumido que habíamos visto lo mismo; pero asumir es el peor de los errores. Nunca le mostré la foto del niño, y ella hasta ahora me mostraba la foto que había tomado.

No era un niño lo que ella había capturado en su pantalla; por el contrario, estaba lejos de serlo. Era un hombre, indigno, cadavérico, que permanecía de pie con la huesuda frente contra la pared, incapaz de moverse por la estrechez. Vestía la camisa roja que Alberto había sacado por la fisura de la pared, y, por su color de cabello era obvio que era el rígido cadáver del padre de la fotografía.

Me sentí aterrado hasta el fondo de mi alma. Un silencio perturbador nos invadió mientras cada uno miraba la foto del móvil del otro. Los pensamientos se nos revolvieron, mientras intentábamos explicar lo ocurrido esa lluviosa noche entre los muros de nuestro estudio. ¡¿Qué se puede hacer?! ¡¿Gritarles a las paredes o demoler los muros?! ¡¿Llamar a emergencias o vender la casa de nuestros sueños?!

Mi curiosidad, ya agotada, cayó presa del hastío, incapaz de despertar unos ojos ávidos de alevosía. En cambio, mi amada Micaela, que es curiosa y detallista en demasía, me hizo una pregunta que acabó con la poca lógica que me quedaba: —¿Y dónde está la madre?

Después de botados los objetos a la basura los eventos paranormales cesaron de inmediato. La casa pareció respirar un aire limpio y ameno. Las flores en los materos florecieron con colores lustrosos, y el calor de hogar finalmente invadió cada rincón de la casa, al tiempo que el miedo se agazapaba entre las paredes hasta desaparecer por completo. Ni rasguños ni golpes volví a escuchar en el estudio; pero el recuerdo de esa experiencia aún permanece latente en mi mente, una experiencia de siniestras voluptuosidades que creo difícilmente podré olvidar.

VII

Esa noche llovía, al igual que en su narración. Miré las paredes apenas salí de su cuarto, imaginando huesos y maleficios entre las delgadas paredes. Ni mencionar el terror que sentí al salir por un momento de la casa y ver el ennegrecido horizonte. Ni siquiera la luna era visible a causa de las plumizas nubes. El viento lanzaba su rugido entre las montañas y, a su vez, estas respondían con extraños clamores.

Y mientras veía aterrado este paisaje, me preguntaba: ¿quién era, en realidad, ese niño?

EL TERRIBLE CASO DE NIDIA SANÍN

—¡No! ¡No voy a perderte a ti también! —gritó Nidia mientras una salvaje psicosis la abordaba, alimentada por el miedo a una nueva y aterradora pérdida. Se lanzó a la cuna de su bebé de dos meses y lo tomó entre sus brazos, inquieta y acelerada; le besó la cabeza y se apresuró al baño. Franky, su hermoso y pequeño perrito, ladraba alegre, intentando calmar a su ama, mientras la seguía fiel hacia el baño.

Nidia encendió la luz del pequeño baño y se encerró, decidida a no salir al peligroso exterior que ya le había arrebatado un año atrás a Luis, su primogénito de quince años. El sólo escuchar su nombre causaba en su interior un frío insano que la hacía temblar. La pérdida de un hijo es traumática, y tal trauma había descompuesto la vida de la mujer. Después del accidente de Luis, el comportamiento de Nidia se había vuelto errático. Se sumió en un estado catatónico, empujada al abismo a causa de una profunda depresión. La pérdida del niño la estremecía desde que despertaba hasta que se dormía (con ayuda de somníferos). Y poco a poco la fría depresión se fundió con una roja ansiedad. Sobrepensaba de forma terrible, mezclando en su cerebro imágenes tormentosas que mostraban una nueva pérdida, la posible pérdida de su pequeño Miguel. Visualizaba múltiples formas de muerte y dolor, y todas esas formas desembocaban en la misma suerte sufrida por Luis. Hay palabra para cada pérdida: huérfano, viudo o viuda, etc., pero no hay palabra en español para describir la pérdida de un hijo; quizás por lo poco natural o por el pánico que produce imaginar tal ausencia.

Su esposo, Jaime, incapaz de soportar el lúgubre comportamiento, decidió dejarla después de unos pocos meses de luto. Jaime también sufrió la pérdida de su hijo, pero no pudo resistir la depresión de Nidia. Esta nueva pérdida, adicional a la sensación de abandono, reventó los nervios de la mujer, que ahora se aferraba a su pequeño Miguel y a Franky con uñas férreas.

Ahora, días después de la partida de su marido, Nidia se encontraba encerrada en el baño de su pequeño apartamento, sentada en una tina a medio llenar, con Miguel en sus brazos y con Franky meneando la cola con ánimo. Llevaba cuatro días sin ir a trabajar, y había dejado un escueto mensaje reportándose enferma. A sus padres les había dicho que no quería hablar, y que sólo necesitaba unos días de descanso. No había comido más que pan y algunas galletas, y llevaba dos días sin bañar. Durante esa semana su comportamiento obsesivo había empeorado, mintiéndose de manera descarada en el espejo. Día y noche, fue gobernada por una negación casi perturbadora. Pero ese viernes la realidad la golpeó con puño de hierro, y en ella se incubó un vigoroso delirio al pensar que su querido Miguel podía morir por cualquier motivo. Esto la llevó a una sobreprotección brutal, al punto de ver en ese pequeño baño un refugio seguro contra el mundo.

Allí, encerrada, empezó a perder la noción del tiempo. Dormitaba por cortos periodos, hasta que el llanto del bebé o los ladridos del perrito la despertaban. Durante esos instantes sufría pesadillas repletas de fealdades extravagantes. Empezó a musitar bajo un espeluznante trance, al tiempo que aferraba y besaba a su bebé.

Mientras las horas pasaban, el amoroso Franky se inquietaba a causa del hambre y de la sed. El perrito la miraba con súplica, esperando que ella le cuidara como siempre lo había hecho.

Nidia, que había iniciado el camino de una senda escalofriante, miraba con letargo a su mascota mientras pensaba si Franky lograría mermar el desbordado dolor causado por la muerte de Luis. ¿Su fiel compañía y su alegre ladrido producirían el mismo sosiego que producía antaño la voz de su hijo fallecido? ¿La facilidad de una relación con el perro sería mejor que los problemas corrientes producidos por un preadolescente? No, Franky sólo la amaba porque le pertenecía, porque le daba de comer.

—Él me ama, pero si otra persona le alimenta y le da techo, también la amará —se dijo Nidia en voz baja, casi en un susurro—. Mis hijos, aunque tengan conciencias propias y tomen sus propias decisiones, tienen parte de mi alma, de mi vida, de mi ser. Ellos son la prolongación de mi efímera existencia. No me pertenecen; por el contrario, yo les pertenezco, pues todo mi ser me empuja de forma maniática a protegerlos hasta mi muerte, aunque ellos sean más fuertes y grandes. ¡Pero hasta mi muerte, no la de ellos!—. Entonces lloró y abrazó con más fuerza al pequeño Miguel, que cada vez se movía menos. Y añadió: —No, un perro jamás será un hijo, aunque lo amemos.

Mientras sufría estas introspecciones, empezó a sentir un incómodo hormigueo en sus extremidades. Un influjo maligno comenzó a rondar la sucia tina, y sus sentidos empezaron a apagarse. Desconocía cuántas horas llevaba encerrada con su bebé en brazos y su perro; la verdad no le importaba. Estaba empecinada en no salir con tal de proteger a sus más preciados tesoros, al tiempo de evitar un nuevo abandono. Las descoloridas yemas de sus dedos para ese momento ya estaban muy arrugadas, y el agua de la inmunda tina ahora parecía un espeso y sucio fango.

El baño entonces se convirtió en un espacio opresivo y surrealista. En ese instante, Nidia abandonó por completo la realidad. Empezó a parafrasear incoherencias impregnadas de terribles visiones, quizás causadas por el estrés, la falta de sueño o el poco descanso. Entre balbuceos y sinsentidos, vinieron a su cabeza visiones de deidades horripilantes que gobernaban mundos lejanos y misteriosos; imágenes que taladraban su ya exhausto cráneo. El cruel dolor de cabeza sólo era superado por los finos mordiscos que sentía en sus manos, causados por pequeños dientecitos. Cada vez el silencio era mayor en ese recinto, ahora vaporoso y pestilente, a tal punto que Nidia sólo escuchó su silbante respiración.

Pasaron más horas. El agua estancada y el hedor a orina y heces empezaron a atraer una gran cantidad de insectos multiformes: algunos zumbaban en un incómodo ir y venir, otros se arrastraban y trepaban por las pegajosas paredes. Todo esto en torno a un abrazo protector y a la vez abominable. Nidia, incluso con el aleteo de las moscas en su rostro, no soltaba a su bebé, que ya no se resistía a su mortal custodia.

—¿Qué *karma* estoy pagando?! ¿Por qué no puedo escapar de este *samsara* lleno de tortura?! —gritó con voz ronca, abandonando finalmente sus creencias budistas y lanzándose de cabeza a la locura. Entonces empezó a lanzar súplicas al viciado aire del encerrado baño, mientras sentía cómo la sofocante cuerda de la angustia apretaba su ya débil cuello. Franky ya no ladraba y Miguel ya no lloraba.

Los padres de Nidia, que vivían al otro lado del país, llamaron a las autoridades para reportar la desaparición de la trastornada joven. Nada sabían de ella y estaban muy preocupados por su estado mental. La policía al inicio ignoró la solicitud, pero después de varios días de insistencia envió una patrulla al pequeño departamento.

Al llegar allí, notaron un fuerte hedor desde el segundo piso. Subieron y forzaron la puerta. Ambos policías sufrieron unas fuertes náuseas a causa del amargo olor a muerte y a putrefacción. El ambiente en el interior del oscuro apartamento era inquietante. Todas las luces estaban apagadas, menos la del baño. La luz formaba un arco luminoso en medio de la densa penumbra. Resultaba claro para los policías que el baño era el origen de la peste. Entonces pensaron lo peor.

Abrieron lentamente la puerta. No estaba trancada por dentro. Y cuando la abrieron un vaho espantoso emergió, insoportable, obligando a los dos hombres a retroceder. Sólo minutos después fueron capaces de ingresar al terrible sitio, y allí encontraron una escena que ni siquiera Beksiński podría plasmar en sus pinturas; una imagen impulsada por un espeluznante frenesí y un inclemente proceder disfrazado de una acción bondadosa.

En la tina permanecía el cuerpo rígido, giboso y ahora deformado de la joven Nidia. El arrugado cadáver exudaba temor y espanto. Su rostro, congelado en una mueca horrible, mostraba el terror inconmensurable que había soportado durante esos últimos instantes.

Y entre sus tensos brazos, apretujado hasta la muerte, reposaba una carroña en acto impuro: era un pequeño bulto de delgados huesos forrados con pelo, rebosante de gusanos blancuzcos y asquerosos. Allí estaba, entre los brazos delgados de Nidia, el fiel y antaño feliz Franky, con la mirada perdida y la cabeza colgante. El amoroso perrito había sucumbido a la inanición, causados por el apego irracional de su cadavérica ama.

Nidia, ahora muerta en una tina y aferrada al cuerpo de su mascota, había perdido a su hijo Luis hacía un año, se había divorciado y había adoptado al pequeño Franky dos meses atrás; pero nunca tuvo un bebé llamado Miguel.

VIII

—Mi querida Nidia —dijo el anciano en un tono singular, como si en verdad hubiera conocido a la mujer de aquel cuento. Sonrió y no dijo nada más esa noche.

NO ME DEJES SOLO

La palabra «horror» es, en promedio, una palabra mal usada. Es muy fácil emplearla desde la comodidad del hogar, detrás de una pantalla y con un café caliente en la mano. Muchos la utilizan con desidia, sin profundidad ni orden; pero yo, que viví y sufrí esa noche de luna llena, la utilizo con temor y singular cuidado. Igual que Guy de Maupassant en su cuento «Lo horrible», yo cuido con recelo el significado de esa palabra, pues siempre que la menciono azuzo los terribles recuerdos de mi cráneo, reviviendo esa experiencia vibrante e hiriente; una experiencia que partió en dos mi ya frágil y enfermo espíritu. Esa traumática anécdota puedo resumirla en cuatro palabras: «No me dejes solo».

De pequeño ya manifestaba ciertos pensamientos ulcerados. Tenía ideas gobernadas por entidades invisibles que atormentaban un alma noble. La fascinación con la muerte causaba en mí extraños paroxismos, que con los años se volvieron un éxtasis culposo que no podía compartir con nadie. Esos deseos enfocados en las calaveras, las carnes y la sangre eran un tabú que debía callar para no ser juzgado. En la adolescencia pensé que era sólo una etapa, un instinto de irreverencia juvenil que pasaría con el tiempo; pero los años y la madurez no limpiaron esos gustos histéricos que me producía el ocaso de la vida que a menudo queremos esconder. El ver marchitar las flores, pudrirse los cuerpos y limpiarse las osamentas causaban en mí un palpar acelerado. Era una sensación semejante a la experimentada por el adicto.

Pensé que esos ilícitos placeres quedarían para siempre detrás de mis dientes, hasta que conocí a Jaime, un joven delgado de cabellos negros que trabajaba gustoso en el crematorio que se encontraba cerca de la iglesia. Por azares del destino nos conocimos. La muerte de una tía y su posterior cremación me mostró una imagen familiar, una mueca que yo mismo conocía con lujo de detalle. Jaime, ubicado en un rincón del recinto, abrió los brillantes ojos y lanzó una sonrisa de tonos macabros cuando el ataúd de mi tía ingresó al vetusto horno. Su timidez desapareció durante ese momento, y una alegría rosada coloreó su blanco rostro, mientras sus oídos, al igual que los míos, creaban sonidos crepitantes que en verdad no existían. Supe entonces que había encontrado un alma gemela, un espíritu igual de atormentado. Sólo bastaron días para hacernos amigos inseparables. Con cada conversación, sentía que por fin alguien me entendía sin sentencia alguna. Por el contrario, sentí que Jaime y yo compartíamos un lazo oscuro que no pude explicar.

Jaime había tenido una infancia compleja. Había sido abandonado por su madre en un basurero, y fue salvado por la policía de infancia y adolescencia. A diferencia del pensamiento generalizado de niños abandonados y problemáticos, fue a un orfanato y no presentó problema alguno. Se comportó siempre de manera adecuada, sacó su bachillerato adelante y consiguió el trabajo en el crematorio apenas cumplió la mayoría de edad. Pero me confesó que desde niño fue un amante de lo incómodo, de lo oscuro y lo risible. Su acercamiento con los muertos fue un catalizador que desbocó su sed extravagante.

Su amistad me abrió las puertas a placeres horribles. Tuve acceso a los agrios cadáveres, a los fríos ambientes y a la malignidad hecha muerte. Supe pronto que Jaime era incluso más intrépido que yo, pues dormía abrazado a los blancos difuntos, y aprovechaba su posición para detallar cada curva esquelética, cada tendón relajado, cada sonrisa vacía, cada órbita

muerta. Un aura nociva lo arropaba, como si la muerte misma le brindara todos esos negros regocijos.

Una noche me pidió que fuera al crematorio para mostrarme un acontecimiento increíble. Recibí su llamada a eso de las 10 p.m. No era extraño recibir una llamada suya a esa hora, pero que me pidiera que fuera a su lugar de trabajo no era una solicitud común. Sin embargo, la ansiedad de acercarme al umbral de la vida en horas nocturnas me encantó. Quería experimentar esa cercanía con los muertos en horas de la noche, a la luz de la luna y con Jaime como compañía.

Caminé frente a la gótica iglesia, que se levantaba como un soberbio monumento bajo un cielo ennegrecido, y tomé la calle principal hasta llegar al crematorio. Le marqué a Jaime y éste me abrió casi de inmediato, extasiado.

—Debes ver esto —me aseguró notablemente animado, al tiempo que subíamos unas escaleras hacia un segundo piso que tenía prohibido el acceso a personas no autorizadas. Apenas abrió la chirriante puerta, vi un cadáver sobre una mesa fría y larga. Reposaba solemne, como si fuera el causante de idolatrías diabólicas de un culto insano. Me acerqué y vi que su rostro estaba desfigurado, su quijada molida y su nariz fracturada. Tenía varias heridas defensivas en sus quebrados dedos, además de contusiones y marcas punzantes por todo el cuerpo. Era un hombre de estatura media y contextura descarnada.

—¿Cómo murió este pobre hombre? —pregunté con una mueca de asco, mientras examinaba sus cuantiosas heridas.

—Lo lincharon en un pueblo cercano. Fue acusado de raptar a una menor de edad. El cuerpo de la menor fue encontrado en una vereda cercana, y este monstruo permanecía justo a su lado, acurrucado y con las manos ensangrentadas.

—Es en verdad un magnífico espécimen —dije sin pudor, dejándome llevar por esos impulsos animalescos.

—Pero eso no es lo más increíble —dijo Jaime mientras me pasaba una foto, animado, como un niño que presume un juguete nuevo—. Así estaba cuando llegó —me aseguró sin quitarle la mirada de encima al maltratado cuerpo.

Miré la foto y quedé petrificado. Al inicio pensé que era una broma, pero al ver el rostro de Jaime supe que hablaba en serio.

—Sorprendente, ¿cierto? —me preguntó con tono extasiado, muy ajeno a la imagen que reflejaba la foto.

Mi mano temblaba mientras asía la foto. Un sentimiento de ansiedad y a la vez de temor me abordó por completo, haciendo tiritar todo mi cuerpo. —¿Hace cuántos meses tomaste esta foto? —pregunté.

—¿Meses? —devolvió la pregunta—. No, mi querido Héctor, fue hace cuatro días.

—No pudiste hacer ese trabajo en tan poco tiempo.

—¿Trabajo? Amigo mío, no he hecho nada. El cadáver ha cambiado solo.

La natura pudre todo con su aplastante poder, por lo que es obvio que los cuerpos muertos empiezan a descomponerse con el pasar del tiempo. El problema en este caso era que el cadáver que tenía frente a mí era, por lo menos, reconocible como un hombre. La foto que Jaime me pasó era un manojo de carne, sangre y fracturas. Una carroña impúdica y grotesca. El cráneo estaba aplastado por completo. Los ojos estaban por fuera de las órbitas, y toda la

dentadura estaba quebrada y echada hacia adentro. En cuanto al pecho, estaba abierto de par en par, como diseccionado, y todos los nauseabundos órganos eran visibles, viscosos y rojizos. La foto era simplemente espantosa, al punto que hería la vista.

—¿Me estás diciendo que no has hecho ningún trabajo estético en el cadáver? —volví a preguntar.

Y él, con una sonrisa sardónica, asintió. —El maldito cuerpo se ha estado reconstruyendo solo, cual vampiro inmortal.

Sentí una pesada inquietud en ese momento, como una sombra que cubre el entorno y asfixia la razón. Me separé del cadáver y puse una silla frente a un ventanal que daba a la iglesia. La razón ahora me dictaba que no podía creer tan retorcida historia. —Mi querido Jaime, no creo que te sorprenda mi incredulidad —dije mientras me sentaba, agotado por la sorpresa. Desde allí, la majestuosa edificación se veía oscura y enigmática, casi sacada de una sacra pintura barroca. Miré el templo, cuan siniestro guardián, y por un momento me perdí en sus penumbras susurrantes, en sus pináculos puntiagudos y en las solemnes cruces que coronaban su campanario.

—Claro que soy consciente de ello. Por eso quiero pedirte un favor enorme: sé mi testigo. Salí de mi letargo y me volteé para prestarle más atención.

—Ven mañana y quédate conmigo todo el fin de semana. Compraremos comida y bebida, y seguiremos la evolución del cuerpo. Verás que no he hecho nada para mejorar su aspecto, y, aun así, el miserable parece estar reviviendo. ¡Imagina que vuelva de la muerte! Podría contarnos cómo es el más allá, qué nos espera, y si nuestra fascinación por la muerte es una desviación o, por el contrario, estamos en lo correcto.

Pensé por unos instantes. Ese fin de semana no laboraba, y no tenía planes importantes; por lo que asentí, miré el mutilado cadáver y dije: —Me parece bien. Que sea un trato.

La noche siguiente llegué al crematorio antes de medianoche. Llevé conmigo un pollo asado y una gaseosa. Jaime abrió la puerta y fuimos directo al segundo piso. Allí reposaba el engendro, silencioso y ajeno al mundo. Me acerqué y vi, con asombro, que la quijada ya no estaba dislocada ni molida. El muerto, aún sin ojos, me lanzaba una sonrisa maligna y vacía, casi perversa, como si supiera los acontecimientos venideros y se burlara de nuestros futuros infortunios.

Decidimos pasar el tiempo en diferentes partes del crematorio. Fuimos a la sala principal donde había un televisor, conversamos sobre la vida y la muerte, y jugamos cartas y ajedrez. Cuando ya asomaba el alba, nos acercamos al cadáver y vimos, prontos a un famélico entusiasmo, que el cadáver estaba en mejor estado. Los dedos de su mano derecha ya no se encontraban fracturados, y todas las falanges ahora estaban acomodadas. Sin embargo, su mano izquierda seguía teniendo dedos apuntando hacia arriba, partidos por completo. Su pecho seguía lleno de moretones y agujeros, y su frente y nariz seguían hendidas.

—¡No lo puedo creer! —dije maravillado—. ¡Es cierto! Parece que se restaura en vez de podrirse.

Jaime asintió, satisfecho.

Dormimos durante la mañana del sábado. Estábamos cansados por la noche en vela, por lo que recuperamos algo de sueño. Por la tarde fuimos a comer a un restaurante sobre la plaza central, al lado de la iglesia, y decidimos beber algunas cervezas, a la vista inquisidora de los feligreses. Ya en horas de la noche, la noche en cuestión, decidimos volver para continuar con nuestro morboso estudio.

Era un hermoso plenilunio, lo recuerdo bien. Entramos al crematorio y fuimos de nuevo al segundo piso. Cuando llegamos vimos, para nuestro desconcierto, que el cuerpo seguía igual. No había mejora en su estado. Empero, empezó a desprender un hedor fétido. Sus venenosos vapores empezaron a invadir toda la habitación, por lo que tuvimos que cubrimos la nariz y la boca. Decidimos salir del recinto por unos instantes, hasta que la peste fuera más tolerable.

Nos ubicamos en la sala de estar y estuvimos allí por horas, entretenidos con conversaciones insulsas y sin sentido. Incluso olvidamos por un momento el muerto en la otra habitación. De repente, como si quedáramos presos a un encantamiento, ambos nos quedamos dormidos, aplastados por el agotamiento. Pero el sueño no era pesado, por el contrario, permanecía consciente. Sabía que estaba dormido, pero por algún motivo indeseable no podía despertar. Tampoco podía moverme, correr o caminar, ni siquiera levantarme. Y, en la oscuridad de mi dañado cerebro, imaginaba cómo el cuerpo al otro lado de esa puerta se erguía, se acercaba a mí con rapidez y me mordía la cara con esos dientes informes y pútridos. Yo gritaba, pero nadie acudía en mi ayuda. Y sentía con enorme suplicio los dientes entrar a mis mejillas, el desgarrar de la carne y el goteo de la sangre.

Abrí los ojos, aterrorizado; miré a mi alrededor y vi a Jaime dormido sobre el sofá. Sacudí la cabeza y me apresuré a despertarlo. Pero entonces lo escuché... era inequívoco: un jadeo suave, casi imperceptible, provenía de la habitación contigua. Semejaba un mugido ahogado, como quien intenta gritar mientras se encuentra amordazado. Un frío cargado de terror bajó por toda mi espalda, petrificándome por completo. Intenté agudizar el oído, pero todo era silencio, un silencio atemorizante. Pensé por un momento que lo había imaginado, pero entonces volví a escucharlo, suave pero manifiesto.
—¡Jaime, despierta! —exclamé apresurado.

Mi amigo se despertó aperezado, me miró y casi de inmediato el suave suspiro de ultratumba fue escuchado de nuevo, seguido de pasos lentos y húmedos. Ambos quedamos en silencio, casi escuchando nuestros propios latidos de corazón. Sabíamos que habíamos escuchado. Fueron minutos interminables, mudos y aterradores. Nos mirábamos con los ojos bien abiertos, pero ninguno se atrevía a dar el primer paso. Ninguno quería sugerir lo obvio: correr lejos o entrar a la habitación.

Fue Jaime quien, sin decir nada, se levantó y caminó con cautela hacia la habitación, tomó la perilla, tomó aire, la giró y abrió la puerta chirriante. Entonces ambos lo vimos...

La luna brillaba en todo su esplendor, y colaba su luz de plata por el ventanal que daba a la plaza principal. Allí, tras el límpido vidrio, la vigilante iglesia se erguía con ímpetu bajo una noche declinante. El amanecer se acercaba, por lo que la campana sonó para llamar a la primera misa. Ese sonido laceró mis oídos y estremeció mi ser. El campanario sacudía con inclemencia su bestial campana y lanzaba al mundo su voz poderosa y bronceada. Y, como

si fuera una imagen infernal, el inmundado cadáver permanecía sentado frente al ventanal, bañado por la luz plateada de la luna. Permanecía rígido y miraba fijo el campanario con cuencas sin ojos, inerte, sin palpitaciones ni pulso. ¡Y aún muerto, el maldito había caminado hasta la silla!

Mi cuerpo entero me pedía que corriera lejos de ese lánguido muerto. Mis ojos clamaban que dejara de mirar ese pellejo blancuzco que forraba huesos fracturados y órganos colapsados. Pero mis deseos inverosímiles me mostraban esa tenebrosa experiencia como un sebo irresistible. Ni Jaime ni yo pudimos resistirnos, por lo que nos acercamos para examinar el cuerpo. Era claro que estaba muerto, independiente su posición, independiente su ubicación, independiente lo blasfemo. Soltaba la misma sonrisa maligna, pero su alma no estaba en este mundo. Aún hedía, pero el olor era un poco más tolerable. Ese pálido muerto, aferrado a los reposabrazos, se mantenía tenso, como si estuviera esforzándose por permanecer sobre la silla. Y sus ojos omitidos y mirada inexistente parecían estar atentos a la altiva iglesia allá afuera.

Entonces, cuando la última campanada sonó, el cuerpo se relajó y se derrumbó de la silla. Cayó de lado, como agotado, y chocó con el suelo enlosado, causando un crujido seco y un eco atronador que inundó toda la estancia y terminó de degollar mi valor. No pude aguantar más el miedo, por lo que la náusea subió por mi cuerpo hasta salir por nariz y boca. En ese momento supe el verdadero significado de la palabra «horror». Mi cuerpo empezó a temblar de manera inconsciente, mi frente se empapó en sudor, al igual que mi cabello. Y, sin más, salí corriendo de la sala, bajé las escaleras y salí del crematorio.

Escuché gritar a Jaime: —¡Espera, que esto es algo maravilloso!

Pero yo había tenido suficiente. Mi embriaguez metafísica había terminado. Mi obsesión con la muerte había sido reemplazada por mis ganas de vivir, por mi miedo a lo desconocido y mi instinto de huir de lo que simplemente no puedo explicar. Finalmente se habían quebrado mis nervios.

Llegué a mi hogar y vi tres llamadas perdidas de Jaime. Ya había amanecido, pero yo me encontraba bastante perturbado. Por lo que simplemente apagué el móvil. No quería saber de Jaime, ni del crematorio, ni mucho menos del cadáver linchado. Sólo quería descansar y dormir tranquilo. Intenté conciliar el sueño, pero rodé en la cama por varias horas, hasta que el agotamiento y Morfeo se apiadaron de mi ser.

Abrí los ojos ya entrada la noche. Fui a comer un sándwich y empecé a repasar todo en mi mente: un muerto que se levantó de una losa monolítica para sentarse en una silla. Ese mismo muerto escuchó, casi hipnotizado, las campanas de la gótica iglesia. Una inexplicable recuperación y un pasado enfermizo. ¡Y Jaime! ¿Decidió quedarse allí, extasiado por el suceso? ¿O escapó corriendo, aterrado, igual que yo? Sólo había una forma de saberlo, por lo que encendí de nuevo el móvil. Tenía trece llamadas perdidas de mi amigo, la última apenas iniciada la noche. Y, para incrementar mi desespero, también había un mensaje de texto por su parte: «No me dejes solo». Intenté devolver sus llamadas, pero nunca contestó.

Ese mensaje aún causa en mí una jaqueca llena de angustia, impotencia y culpa. Nunca volví a ver a Jaime. Después de esa noche, tanto él como el cadáver desaparecieron del crematorio

y del mundo, y nunca fueron vistos de nuevo. Su mensaje sólo deja en evidencia mi cobardía, y funge como un recordatorio de que algo terrible ocurrió después de mi partida. Quizás un evento fagocitado entre el muerto y el vivo, quizás un acto desesperado de escape... nunca lo sabré. Sólo sé que dejé a mi amigo sólo con un cuerpo que se movía, y sé que ese mensaje final fue un clamor desesperado de auxilio. Esas cuatro palabras de su último mensaje, a modo de ruego, no me han abandonado ni un sólo día después del suceso, pues me enfrentan con mi cobardía. ¡Sí, lo dejé solo! El horror de esa noche y el arrepentimiento póstumo me perseguirán como una horda de fantasmas por el resto de mi vida.

IX

El viejo narró este cuento con especial detalle, como si reviviera cada momento. Me lo imaginé como un espectador de tan terrible acontecimiento.

—¿Y así concluye? —pregunté.

El anciano me miró y dijo: —El horror de esa noche y el arrepentimiento póstumo me perseguirán como una horda de fantasmas por el resto de mi vida.

Y no dijo nada más.

LA TÍA NORITA

Ahora que veo la máquina de coser *Singer* apoyada sobre su enorme y antiguo armatoste de seis pequeños cajoncitos, recuerdo con nostalgia y congoja a la tía Norita. Es inevitable, más aún después de lo que el médico dijo el día de su fallecimiento. La *Singer*, de antigua hechura, me transporta a mi niñez, una época maravillosa y despreocupada. De niño, cuando Norita no estaba cosiendo, yo me escabullía como un ratón hacia la parte baja del armazón y me sentaba sobre el pedal, frente a la enorme rueda que para mí era un juguete maravilloso. Imaginaba ser un intrépido conductor de carreras; pero me gustaba más imaginarme como un poderoso capitán pirata que manejaba su barco con un timón. Mis ideas retorcidas me llevaban a mundos oníricos y terribles; donde me veía como un cruel lobo de mar que tenía como adornos ahorcados en mástiles enormes, apuntados hacia un cielo tormentoso. Pueden ser imágenes atroces, más aún en el pequeño cerebro de un niño; pero desde esa edad empecé a desarrollar esas macabras visiones.

Mas mis horrendas fantasías eran interrumpidas muy a menudo por la dulce voz de la tía Norita, que luchaba por agacharse para tocar mi hombro y avisarme de que era su hora de utilizar la máquina de coser. Tejía con magistral detalle, a tal punto que hizo toda mi ropa cuando era un bebé. Pero no sólo tenía talento para coser, pues nunca probé carne más deliciosa que la que ella preparaba. La traía de la finca donde vivía con el tío Anselmo, su hermano, y la adobaba con cerveza y otras especias que nunca descifré. Cuando algún familiar le preguntaba por la receta, ella esquivaba la conversación con encanto y astucia; por lo que el secreto de su carne se fue a la tumba con ella.

No era hermosa, pero su bondad y sus ademanes suaves y delicados la hacían buena y bella. Siempre fue anciana para mí, pues desde que nací hasta que ella murió tuvo el mismo aspecto. Durante los últimos tres años que vivió con nosotros desmejoró bastante: se gibó aún más, empeoró su movilidad y su cabello cano se deshilachó, causándole un aspecto débil y descuidado. Tampoco vi nunca una foto de su juventud. En todas las fotos tenía el mismo aspecto envejecido. Era canosa, caminaba encorvada y su piel estaba arrugada, tenía sus manos ya artríticas y sus ojos eran grises a causa de sus cataratas. Podría tener fácilmente el aspecto de una bruja medieval, pero nunca me inspiró miedo. Sin embargo, debo admitir que cuando estaba cerca de ella sentía una vibración extraña, un sentimiento de inquietud mas no de temor. Su aura, si se puede llamar así, era diferente, antigua y ajena a este mundo.

No quiero extenderme mucho en este relato, pero creo menester explicar un poco la situación de la tía Norita. A mis seis años murió el tío Anselmo. Como mi madre y yo éramos sus únicos familiares vivos, Norita decidió venir a vivir con nosotros, dejando la finca donde había permanecido toda su vida. La muerte de Anselmo le causó una fría depresión, pues los hermanos siempre habían estado juntos. Pero yo me convertí en un escape a su terrible angustia, como si mi compañía le causara una embriaguez metafísica que le ayudaba a conllevar su hercúlea pérdida. Nos volvimos muy cercanos en poco tiempo. A ella le encantaba leerme los cuentos de los Hermanos Grimm. Mis favoritos eran «Los músicos de Bremen» y «El lobo y los siete cabritos». Le pedía cada día que me leyera alguno de esos dos cuentos, y ella, paciente y amable, lo hacía animada y sin dudar.

El último año de su vida se agravaron las cataratas en sus ojos, y perdió gran parte de la visión, por lo que se intercambiaron los papeles y fui yo quien empezó a leerle cuentos. Ella escuchaba atenta, pero en ocasiones se dormía, ya cansada de cargar el peso de décadas en su cuerpo. Permanecía acostada por más tiempo, y cosía menos en la *Singer*. Yo nada entendía de la muerte, pues los niños son inmortales en su corta concepción del mundo. Ellos no imaginan lo cerca que viven los humanos de las frías manos de la parca. De infantes, la muerte no es más que un concepto que sabemos que es inevitable, pero que vemos lejano como las plateadas estrellas, inalcanzable a una corta edad. Los niños nunca mueren en su mente.

Cabe aclarar que Norita no era propiamente mi tía, ni la tía de mi madre; era una pariente lejana, una rama de la familia que se desprendió generaciones atrás. Pero eso no impedía que nos quisiéramos como familia, con un amor cálido y una atención benévola. Todos los años íbamos a su finca en diciembre, a las fiestas de fin de año. El tío Anselmo mataba un chivo y la tía Norita preparaba la carne con papas y cerveza. Era un festejo rústico, maravilloso y agradable.

—La cicatriz que tiene mi hermanita en la frente es producto de una patada de una mula — me dijo el buen tío Anselmo en una de esas festividades, refiriéndose a Norita como su «hermanita», aunque ambos ya tenían el pelo cano y los ojos profundos como pozos, llenos de sabiduría por el pasar del tiempo—. Pero mi hermanita es fuerte, y ese mismo día ya me estaba ayudando a recoger la cosecha de papas —añadió mientras se tomaba un sorbo de cerveza para pasar el pedazo de carne que había masticado mientras me hablaba.

Fueron buenos tiempos; pero los buenos tiempos no duran mucho y los dejamos pasar sin disfrutarlos, pensando que la bonanza será eterna. Esa misteriosa mañana de septiembre fui a despertar a la tía Norita para avisarle del desayuno. Abrí la puerta sin avisar, como siempre, y la encontré en la máquina de coser, derrumbada por completo, con la cabeza apoyada sobre los brazos. Parecía dormida, como si se hubiera trasnochado mientras cosía. Me acerqué y le dije que el desayuno estaba listo, pero cuando la toqué la sentí horriblemente fría. Su aura extraña había desaparecido de su pequeño cuerpo. Ya no sentía esa presencia semidivina e inexplicable. Aunque yo nada sabía de la muerte, un terrible sentimiento de pérdida me abordó hasta la médula. Así que corrí a la cocina y le dije a mi madre que la tía Norita no quería despertar. Ella abrió los ojos como platos, apagó el fogón donde tenía la chocolatera y corrió hacia el cuarto. Al verla inconsciente se apresuró a ayudarla; pero ya era muy tarde. Es en este momento cuando el misterio y la incredulidad abordan la historia.

Ese mismo sábado llegó por la tarde el médico del pueblo. Era un hombre maduro que se presentó como Raúl, aunque no recuerdo su apellido, de lentes redondos y cabello plateado. Yo me encontraba jugando bajo el mueble de la *Singer*, escondido de mi madre, por lo que no se percataron de mi presencia. Mi madre había acostado el cuerpo de la tía Norita en la cama, lejos de la máquina de coser. Tanto el médico como mi madre tenían la atención puesta en el cadáver, por lo que mi presencia pasó inadvertida.

—Mi señora, espero me perdone el enorme atrevimiento, pero me gustaría hablar un poco antes de que los vecinos lleguen para ayudarnos a llevar el cuerpo de Nora —le dijo el médico a mi madre.

—No se preocupe doctor. ¿Qué desea saber?

—Primero me gustaría conocer el parentesco entre usted y Nora.

—La verdad, doctor, incluso es difuso para mí. Sé que era una tía lejana, pero no conozco exactamente nuestro parentesco.

El médico asintió. —¿Y me podría decir la edad de Nora? ¿Su fecha de nacimiento?

Mi madre, entre sollozos, meneó la cabeza. —No conozco su edad.

—¿Algún documento que tenga? ¿La cédula o alguna identificación?

—No, señor.

—¿Puede mostrarme algunas fotos?

Mi madre empezó a sentirse incómoda con el interrogatorio, pues consideró que no era el momento apropiado. Era un momento de luto para ella. Pero asintió y sacó un vetusto álbum de fotos. Allí mostró dos o tres fotos *Polaroid* de Norita y Anselmo, amarillentas y desgastadas.

—¿No tiene alguna foto de Nora en su juventud? —preguntó el doctor.

—Sólo tengo estas fotos, doctor —respondió mi madre un poco irritada, mientras miraba el cuerpo arrugado y frágil que permanecía desgonzado en la cama.

—¿Quién es el hombre que se encuentra al lado de Nora en esta foto?

—Es el tío Anselmo, el hermano mayor de Norita. Eran tres hermanos: Anselmo, Lucía y Nora, pero Lucía murió joven.

—¿La alcanzó a conocer?

—No, sólo sé lo que Anselmo y Norita me contaban. Disculpe doctor, pero ¿por qué me hace esas preguntas?

El doctor permaneció en silencio un instante, pensativo, mirando a la inerte Norita. Entonces dijo: —Atendí a Nora hace muchos años, cuando estaba empezando a ejercer mi carrera. Debo confesar que, aunque la veo un poco más delgada y con el cabello alborotado, no ha cambiado nada en casi treinta años.

—¿Ese es el motivo por el que me pregunta la edad de mi tía? —interrumpió mi madre.

Pero el médico negó con la cabeza. —Hay un poco más de trasfondo en mis preguntas —aseguró—. Como ya sabe, mi familia ha tenido varios médicos durante generaciones. Es prácticamente una herencia familiar. Aunque mi padre nunca estudió medicina, mi abuelo fue un brillante boticario en el pueblo. Él también atendió a Norita en su juventud. Lo sé porque él mismo me lo contó. También sé sobre el tema por los registros que él dejó en sus cuadernos.

—¿Acaso mi tía tenía alguna enfermedad o algún terrible secreto? —preguntó mi madre alarmada.

Yo escuchaba con sigilo y detalle, escondido bajo la *Singer*.

—No, mi señora. Nora estaba saludable y firme como un roble. Mis deducciones son más una curiosidad: mi abuelo, al igual que yo, atendió a Nora cuando era joven. Pasaron los años y ella permanecía igual. Mi abuelo nunca conoció a Nora en su juventud.

Mi madre se sentó en el borde de la cama, al lado del blanco cadáver. Miraba con asombro el rostro del doctor, que se subió los lentes hasta la parte superior de la aguileña nariz. —¿De qué edad murió su abuelo? —preguntó imprudente.

—Tenía más de cincuenta años cuando atendió por última vez a Nora —respondió el doctor—. Pero el enigma no termina en este punto, pues mi abuelo, al percatarse de este extraño fenómeno, fue a la escuelita que queda en la vereda cercana, dispuesto a conocer el origen de Nora y Anselmo. Allí habló con una tierna anciana llamada María Luz, la última de ocho hijos, quien le aseguró conocer a Nora y a Anselmo de toda la vida. Dijo que eran

unos viejos campesinos, muy amables y madrugadores. Todos los miércoles bajaban con sus dos mulas cargadas de papas a la plaza del pueblo. El marido de María Luz admiraba a Anselmo, y decía: «No puedo creer cómo el viejo logra echarse esos bultos de papa al hombro sin siquiera doblar las rodillas».

—¿Qué más dijo esa mujer? —preguntó mi madre con apuro. Quería llegar al final de la historia.

El médico continuó con su relato: —Lo próximo que le contó fue lo más sorprendente. La anciana María Luz le aseguró a mi abuelo que su abuela había ido con Nora a la escuela. ¡Su abuela!

«Nora era una joven hermosa, de cabellos negros trenzados, caderas afiladas y ojos miel» le dijo la abuela a María Luz. Es increíble que la belleza sea tan efímera y que los años arruinen tanto las carnes. Ese es el motivo por el cual quería saber el origen o la edad de Nora, pues creo que estamos presenciando un acontecimiento que durante generaciones nadie presencié. Mi madre quedó petrificada, muda, intentando realizar cálculos mentales de cuántos años podía tener la tía Norita.

Pero fue el médico quien exclamó aterrado: —¡Mi señora, la anciana que se encuentra aquí tendida puede tener más de doscientos años! ¡Doscientos! Vio con sus grises ojos incontables vidas marchitarse, vidas de familiares amados y allegados queridos; y a todos ellos los perdió—. Y, no contento con la caótica revelación, añadió: —¡Y su hermano, que era mayor que ella y murió hace sólo tres años, pudo tener aún más décadas en su cuerpo!

Era algo increíble, pero para mí de poco interés en ese momento. Yo, que era un niño, sólo quería que se fueran para poder jugar a los piratas bajo la máquina de coser. Mi madre no inmutó palabra alguna, simplemente se limitó a ver el cuerpo frío de la enigmática tía Norita sobre la cama. Minutos después llegaron los vecinos para ayudar a levantar el cuerpo y llevarlo a la ciudad para sus honras fúnebres.

¡¿Cuántos funerales sufrieron esos dos pobres ancianos?! ¡¿Cuántas terribles pérdidas y despedidas de seres amados?! Una larga vida, a menudo, puede convertirse en una prolongada maldición. La naturaleza dicta que debemos enterrar a nuestros padres y a nuestros abuelos; pero nada dice de enterrar a nuestros hijos, sobrinos, nietos y demás familiares menores que nosotros. Adaptarse al paso de las generaciones ya es difícil, por lo que adaptarse al paso de los siglos debe ser una verdadera tortura. El cambio, a veces caótico, se va tornando más complejo a medida que los años avanzan con su pesada pero indetenible constancia. ¡Oh, pobre mi tía Norita y pobre mi tío Anselmo, que sufrieron años y años sorteando los terribles sufrimientos que escupe la vida!

Mi madre y yo nunca hablamos de aquella revelación. Y ahora que pasa el tiempo y veo esa vieja máquina de coser (mi escondite aquel día), no puedo dejar de pensar que la tía Norita murió por la pena causada por la muerte de su hermano. Estoy seguro de que si el tío Anselmo siguiera con vida, Norita también seguiría con vida. Y estoy aún más seguro de que si Anselmo no hubiera adquirido esa infección causada por esa herida (pues no murió de vejez), él y Norita nos habrían enterrado a mi madre, a mí y muy posiblemente a mis hijos; tal y como enterraron y lloraron a toda la familia por siglos.

X

Era para mí indudable por cómo describió a Norita. Sabía que ese relato había sido inspirado en algún familiar suyo: quizás su madre, su abuela, una tía o alguna hermana protectora. Pero no me atreví a preguntarle sobre aquello, y sé que él no habría respondido a ninguna de mis preguntas.

EL RITUAL DE LA CABRA

Esmeralda, animada y sonriente, se preparaba para su reunión anual. Estaba ansiosa, pues este evento lo realizaba desde hacía muchos años: un ritual producto de su adolescencia inmisericorde y blasfema. A la reunión siempre asistían siete personas, amigos de toda la vida que compartían los góticos placeres, las vestimentas elegantes de lino y seda, y los delirios producidos por los mitos vampíricos. Se ponían nombres y apodos, y se enajenaban con historias extraordinarias que les permitían relucir un ego y una arrogancia que en la vida real eran imposibles de presumir.

La reunión, rebotante de misticismo y velas, siempre contaba con tres tiempos: la llegada, la cena y la despedida. Esmeralda siempre se tomaba por lo menos tres días para decorar la estancia, acomodar los muebles voluminosos y ubicar los candelabros de plata. Gastaba una fortuna comprando los más finos cortes de carne y los vinos de las bodegas más exquisitas. Para Esmeralda, que rondaba ya los cuarenta años, ese evento era el clímax de su felicidad. En la reunión podía transportarse al pasado, sintiéndose de nuevo una joven rebelde y aislada, extraña y callada, amante de Anne Rice y de la aterradora húngara Báthory. Podía revivir las conversaciones con sus jóvenes amigos en las que declamaban a los poetas malditos y leían con avidez las *Eddas magnas*; donde ella, pretenciosa y animada, se identificaba con la heroica historia de Méladriel, otrora la poderosa reina bruja de Herda.

Estos gratos recuerdos la animaban a realizar anualmente esa reunión que, por consenso, llamaron todos «El ritual de la cabra». Siempre iniciaba al atardecer y terminaba antes de medianoche. Y esta vez no fue la excepción: al inicio del rojizo ocaso, los invitados empezaron a hacer su aparición en la estancia, invocando tradiciones draconianas. Casi siempre llegaban en el mismo orden: El primero en asomar era Juan, un hombre fornido, puntual y serio que bordeaba la obsesión compulsiva. Tras él llegaban los hermanos Paz: Armando era el mayor y más tímido, mientras que Bernardo, el menor, era rubio y extrovertido. Después llegaban las tres mujeres, siempre juntas: Ana, Marcela y Lina. Esmeralda siempre envidió a Marcela por su belleza, sin saber que Marcela, a su vez, envidiaba los verdes ojos y el cuerpo curvo y afilado de la anfitriona. Esmeralda poco se llevaba con Lina, pues las lenguas de ambas se habían lanzado al combate en más de una ocasión, esparciendo mentiras y difamaciones; pero, aun así, ambas se toleraban durante la reunión. Por el contrario, Ana y Esmeralda se consideraban hermanas, amigas inseparables que se confesaban todos sus secretos. Y, por último, arribaba Víctor, quien simbolizaba el amor inmarcesible y materializado de Esmeralda. Allí estaban los siete invitados, con paños finísimos y dialectos pulcros, simulando una reunión de intelectuales pálidos y antiguos.

—¡Por fin nos encontramos de nuevo! —dijo Juan mientras abrazaba con amabilidad a Marcela.

—Y todas están hermosas como siempre —aseguró Bernardo con su usual vivacidad.

—¡Qué bello vestido! — exclamó Lina con tono mordaz, mostrando su envidia tenaz a Esmeralda.

—Muchas gracias —respondió esta última, agrandada, pues notaba cómo su amado Víctor era incapaz de quitarle la mirada.

Las conversaciones iniciales, llenas de anécdotas insulsas y comparaciones odiosas, dieron paso a los corazones ambiciosos y a los ilícitos placeres. Se llenaron las bocas de venenos siniestros que los llevaron al éxtasis, enervando los espíritus y deformando los extraños y voluptuosos aposentos. Aquella era la primera parte de la reunión. Permanecieron agitados por algunas horas a causa del envenenamiento, hasta que el apetito se hizo tan terrible que Esmeralda, un poco más lúcida que los demás, se apresuró a servir la roja cena de delicados manjares.

Sirvió los ocho platos en la mesa, con ocho copas de vino tinto y ocho cortes de succulenta carne con papas y ensalada. Todos los invitados se sentaron al tiempo y pasaron a devorar la carne como si fuera un festín prohibido y horrendo, causando a quienes los vieran una mezcla de repugnancia y fascinación. La embriaguez, mezclada con las horribles toxinas, causó en los allí presentes una visión de paraísos artificiales, empezando a desdibujar la realidad y dando paso a la alucinación.

Entonces Esmeralda, como en todas las reuniones anteriores, empezó a sentirse cansada, sin fuerzas y sin voluntad. A duras penas podía levantar la mirada; y, al hacerlo, veía cómo todos los rostros empezaban a verse borrosos y desencajados. El aire empezó a arder alrededor, asfixiante e inclemente; al tiempo que los sonidos se tornaban lejanos y cavernosos. Sus manos empezaron a temblar con violencia, mientras veía aterrada cómo las figuras empezaban a tornarse grotescas, largas y miedosas. Las facciones de sus compañeros se difuminaban, cual retrato al óleo echado a perder por una tela húmeda. Ya no era ni siquiera visible el rubio cabello de Bernardo. Tampoco podía disfrutar de la hermosa quijada cuadrada de su amado Víctor, ni podía distinguir el delgado cuerpo de Marcela. Sólo podía ver formas humanoides sentadas a su lado, en una mesa llena de comida a medio mascar y un vino que manchaba toda la superficie.

—¡No de nuevo! —se dijo a sí misma, en voz baja y angustiada, en medio de ecos raros, risas sardónicas y un amasijo de figuras repugnantes.

Las sienes le pasaron a zumbiar, mientras sentía en su interior cómo perdía cada vez más energía, como si a su alma se le fueran cayendo grandes pedazos. Sintió el horror emanar de todos sus orificios, al tiempo que su arruinado cerebro les pintaba rostros a las formas a su alrededor. De repente, los siete invitados dejaron de ser ellos, y pasaron a tener un rostro conocido por ella, pero que no podía recordar. Ya no veía a Juan, ni al tímido Armando. Sólo veía mujeres, pero no veía ni a Ana ni a Lina, veía un solo rostro en todos los invitados. ¿Quién era? Ella sabía que conocía a esa mujer, que ahora eran siete. Y las siete, que eran idénticas, respiraban el espíritu del vino, se reían con sus vapores rojizos y engullían con desagrado la carne sangrante.

Y lo supo cuando vio el brillante verde en sus ojos. Ellas eran ella, sonrientes, descaradas, intoxicadas e involucionadas. Allí estaba, siendo dueña de todos los talentos. Y como si en su mente estuviera incrustado el Aleph de Borges, empezó a escuchar todas las siete conversaciones, y empezó a responder a todas ellas. Y sintió todos los sentimientos, y supo sobre todo de todos.

Fue tan poderosa la ola de sentimiento y conocimiento, que sus miembros debilitados quedaron inmóviles, por lo que fue incapaz de taparse la fatigada nariz para evitar los falsos perfumes que le provocaban ardores en los pulmones. Estaba próxima a desfallecer, por lo que llegó la última fase de la reunión, acompañada de una influencia funesta y maligna.

Irascible y con el pensamiento revuelto, Esmeralda vio cómo sus invitadas empezaban a transformarse, formando un espeluznante bestiario. Las siete pasaron a tomar formas monstruosas, animalescas y horrendas. Empezaron a pudrirse, como si fueran presas de una singular enfermedad, y sus carnes tomaron tonos raros. Un terror nauseabundo abordó a la anfitriona, mientras veía con desconsuelo cómo cada uno de sus invitados se desparramaba sobre la silla, desapareciendo por completo y dejando tras de sí unas masas viscosas y profanas.

Cada vez que una de ellas desaparecía, Esmeralda, con un nudo en la garganta, parecía recobrar fuerza y vitalidad. Para cuando la última invitada dejó el maligno recinto, la mujer había recobrado la lucidez y la entereza. Entonces suspiró, deprimida y triste, pues vio con desconsuelo que, al igual que los años anteriores, estaba sola, en medio de una sala iluminada con velas y con una copa de vino en la mano. «¡Otra vez sola!» pensó mientras se levantaba y abría el cuarto contiguo a la sala. Allí reposaba la siniestra cabeza cornuda de un ovino negro, de ojos amarillos y diamantinos que reflejaban una mirada vacía de pensamientos.

Miró la oscura cabeza y dijo: —Espero que el próximo año pueda tener una reunión con personas de carne y hueso. Estoy cansada de esta situación.

Cubrió entonces la ridícula cabeza, mientras la aplastante soledad la atormentaba; pues sabía que nadie había ido a su hogar para la anhelada reunión. ¡Otra cena solitaria! ¡Otra noche silenciosa! ¡Otra complacencia salvaje que no pudo compartir! Estaba agotada de no tener en quien confiar, con quien hablar, a quien abrazar, ¡a quien amar! Su juventud, cargada de retos y desaciertos, había pasado rápida y tormentosa, y ahora estaba exhausta de realizar cada año el ritual de la cabra para así dividirse de manera terrible y volver a estar acompañada, así fuera de sí misma. Amar la soledad prolongada es tan sólo la renuncia a una bella compañía.

Vino entonces a su cabeza la noche oscura y el misterioso bosque donde aprendió el ritual. Recordó la bruma fría que le laceraba la carne, el claro entre los ramajes, la hoguera crepitante y los tres espantos de enorme talla y cuernos largos que se doblaban hacia ella, como quien se enfoca en un insecto, y le hablaban en lenguas raras que explicaban con detalle el execrable fraccionamiento.

—¡Antes de medianoche ya estoy sola otra vez! —gritó a la cornuda cabeza con fuerza y deseo histérico, pues ya su alma había vuelto completa a su cuerpo. No quería aceptar de nuevo su aislamiento, no quería verse de nuevo en medio del silencio; pero era inevitable. Permaneció inmóvil, callada, con la esperanza de escuchar cualquier sonido, cualquier frase, cualquier ápice de humanidad. No obstante, ella misma sabía que aquello era sólo una ilusión. El ritual había terminado, ¡y ya nadie la acompañaba!

XI

Esa noche ya había notado la desmejora en la salud del anciano. Su narración fue magistral, pero su voz se notaba cansada. Cambiaba constantemente de posición para aliviar sus dolores, y tomaba agua con más frecuencia. Fue la primera vez que le pedí que fuera al médico, pero meneó la cabeza y dijo de manera jocosa: —Mejor hago el Ritual de la Cabra.

ADIÓS, MAMÁ

Fue un miércoles cuando mi madre murió. Su partida sin duda aceleró mi dolorosa enfermedad, un maleficio que me paralizó casi por completo sólo meses después de su partida. Después de su muerte, mi padre decidió sumergir su pena en el trabajo, yendo y viniendo a los graneros familiares. Casi no pasaba tiempo en casa, por lo que contrató una cuidadora; una mujer egoísta y cruel. Pero antes quiero que conozcan sobre mi amada madre y mi vida antes de su partida.

Nací con una enfermedad degenerativa que va atrofiando los músculos, un hado acéfalo y sin salida; pero gracias a los cuidados y al amor de mi madre logré retrasar los malignos efectos por casi treinta años. De niño me apoyaba en muletas, por lo que no podía jugar con mis compañeros de colegio. Mi madre lloraba al verme triste, y yo lloraba al verla; no porque yo no pudiera correr o saltar, sino porque ver a mi madre triste era doloroso para mí. Pero entonces era ella quien jugaba conmigo. No importaban todas sus tareas, su cansancio, todas sus ocupaciones, todos sus problemas; ella siempre estaba para mí. Fue ella quien hizo mi difícil vida más tolerable.

Antes de los treinta años, la enfermedad me dio un nuevo golpe, y me postró con mano férrea a una silla de ruedas. Y mi madre, siempre amorosa, fue quien cargó conmigo y me llevó a todos lados, incluso si eran calles pendientes. Desconozco de dónde sacaba fuerzas para empujarme en la silla de ruedas, con su cuerpo frágil y delgado. Y nunca se quejó de haberme tenido, ni de haberme cuidado.

Por eso, cuando ella empezó a enfermar, mi vida empezó a menguar como la luna. En un acto de amor intenté más de una vez atenderla, cocinar o limpiar; pero por mi estado era imposible tal empresa. ¡Qué angustia e impotencia sentí! A este mundo sólo vine a estorbar, a complicarle la vida a esa buena mujer. ¿Por qué Dios me había lanzado enfermo y maldito a este mundo inclemente?!

Durante su enfermedad no pude hacer más que estar a su lado, tartamudeando algunas palabras (pues la enfermedad también me había afectado el habla), e intentando mecerle el cabello con mis manos temblorosas; pero ni siquiera acariciarla pude. Por el contrario, ella, enferma como estaba, se preocupaba para que yo comiera bien y estuviera bien peinado. Yo intentaba aguantar las lágrimas, pero no podía, pues estaba enfermo, pero no era estúpido. Y mi madre me pedía que no me sintiera triste y me secaba las lágrimas con sus débiles dedos.

Ese último miércoles logré tomar la mano de mamá por varios minutos, sin temblar, y allí me quedé hasta que mi padre y una enfermera me pidieron que me despidiera. Entonces dije con esfuerzo y con la voz quebrada: —¡Adiós, mamá!
Ella, con una pantalla de lágrimas en los ojos, asintió y dijo: —No te preocupes, que nos veremos pronto. Te amo.

La enfermera, conmovida por la situación, me sacó de la habitación y habló conmigo por varias horas, explicándome sobre la muerte, el cielo y el infierno. Yo entendía bien la situación. Mi enfermedad era muscular, no neurológica. El que a duras penas pudiera

articular vocales no implicaba que mi cognición fuera mala. Hablaba como si tuviera algún problema mental, pero no era así. Yo sabía que mamá estaba enferma y que pronto moriría. Y la verdad tenía un temor inmenso sobre mi situación. Mi padre casi no permanecía en la casa, y mis hermanos no vivían con nosotros. Nadie me atendería, y si alguien lo hacía no lo haría con el amor de mi madre. Esa noche mi mamá finalmente fue vencida por la enfermedad, y mi suplicio se intensificó.

Como lo mencioné anteriormente, mi enfermedad se agravó, a tal punto de no poder hablar ni poder levantar los brazos. Mi cuidadora tenía la tarea de alimentarme y limpiarme; pero la mujer me dejaba mucho tiempo sin comer (incluso podían pasar dos días); lo que hizo que adelgazara de manera acelerada. Yo no podía quejarme, y mi padre le atribuyó mi deterioro a la enfermedad y a la depresión.

Así pasó un año, eterno como una visita al infierno. Yo hedía a heces y orina, y mi estómago estaba adolorido por el hambre. Mis días más felices, sin duda, eran cuando mi padre no trabajaba o alguno de mis hermanos venía a visitarme; pues la cuidadora se apresuraba a asearme y a darme de comer. Ellos hablaban conmigo tan sólo unos minutos, pero para mí eran los minutos más felices. Y durante esos cortos minutos ellos hablaban de mamá. Yo quería hablar con ellos, no sólo de los malos tratos de la cuidadora; también quería decirles cuánto extrañaba a mamá y cuánto la amaba. A menudo, durante esos minutos, lágrimas salían de mis ojos. Creo que eso los incomodaba; pero igual me abrazaban para reconfortarme.

Y en ocasiones mi padre me mostraba algunas fotos del álbum familiar, donde él y mamá se veían radiantes y jóvenes. Mi madre antes de tenerme tenía el cabello rubio y largo, y era muy bella. Cuando yo nací, ella cambió su físico y pareció más abnegada. Durante ese año mi padre también envejeció: sus cabellos se volvieron blancos y sus hombros se encorvaron, como quien carga un peso invisible. Incluso su voz se volvió profunda y melancólica. Además, a diferencia de mamá, él no tenía la paciencia para cuidarme, y a menudo renegaba de mí, aunque no dudo un solo instante de su amor por mí.

Finalmente llegó ese doloroso septiembre, en el que la cuidadora decidió irse a su país mientras mi padre viajaba. No le avisó a nadie, sólo se fue, dejándome solo en casa. Fue mi sentencia de muerte. Los minutos se volvieron horas. Veía todo a mi alrededor, inmóvil y silencioso, mientras el hambre empezaba a golpearme y a estrujarme el estómago con su garra invisible. Desde el día anterior no había comido nada, y si mi padre o algún familiar no llegaba pronto el hambre y la sed me matarían sin contemplación.

Y durante todo ese tiempo estuve recordando a mamá, ese ángel que me dio la vida y me dio una paz infinita. Era obvio que si mamá faltaba yo no duraría mucho, y veía cada vez más cercano mi encuentro con ella. Quería que nos encontráramos de nuevo, sentir sus abrazos, sus caricias, el sabor de su comida, cómo arreglaba el cuello de mi camisa y cómo jugaba conmigo mientras andaba en muletas. Sí, quería morir y verla de nuevo. Ya no quedaba nada en esta yerta tierra para mí. Mi madre era mi mundo y ya no estaba. ¿Qué podía esperar un pobre parálítico que sólo gagueaba?

Mientras empezaba a sentir el fatal mareo, inconsciente del tiempo en el que había estado solo, entraron corriendo mi padre y una hermosa rubia. Sabía que había visto a esa mujer en algún sitio, pero no recordaba dónde. Mi padre entró pálido, asustado por mi estado y gritando improperios hacia la cuidadora, diciendo que iba a demandarla y que iba a meterla presa. Pero noté entonces que mi padre parecía más joven, incluso sus canas parecían haber desaparecido.

La bella rubia se acercó a atenderme. Me acarició el rostro y me meció el cabello. No hizo mueca alguna de asco al inclinarse, aunque yo sabía queapestaba por la falta de baño. Y me dijo palabras dulces. En ese momento vi a mi mamá detrás de la rubia, con su delantal azul y con una sonrisa y una mirada tierna. Yo me animé, pues pensé que por fin podría verla y abrazarla de nuevo.

En ese momento sucedió algo increíble: yo intenté hablar con mamá, y despedirme de ella, pero ella supo lo que intentaba y señaló a la rubia.

Al mismo tiempo que mi padre decía: —Dana, no te agaches que estás embarazada.

¡Dana! El nombre de mamá. ¡Claro, era ella! La había visto en el álbum de fotos; mi padre me la había mostrado meses atrás. ¡Esa rubia era mi madre y estaba embarazada de mí! Cuando entendí esto mamá, aún detrás de la joven, sonrió. Me sentí muy feliz en ese instante, pues volvería a tener otra vida con mi mamá. ¡Otra vida con ella! Así que miré a la rubia, a la joven Dana y le sonreí tembloroso.

Ella, desesperada por mi estado, pidió a mi padre llamar a los paramédicos. Primero me dijo que todo estaría bien, pero al ver mi grave estado, dijo como para calmar su dolor y su angustia: —A mi hijo le pondré tu nombre, lo juro. Y así estaremos juntos toda la vida.

Mi mamá me dijo una vez, cuando era niño, que éramos los hijos quienes elegíamos a los padres antes de nacer, y tenía razón. Así que, ya elegida mi madre de nuevo, y mientras yo lloraba de alegría al saber que reencarnaría y viviría de nuevo con ella, balbuceé a Dana lo más claro que pude. Y le dije con todas mis fuerzas: —¡Adiós, mamá!

XII

Este fue el único relato que me arrancó lágrimas. Y no sólo a mí, pues el viejo también quebró la voz al narrarlo. Apenas acabó, nos miramos profundamente, pero nada dijimos. Salí del cuarto, secándome las lágrimas y me fui a dormir, extrañando a mi madre como hacía mucho que no lo hacía.

EL ASEDIO INVISIBLE

Por fin lo vi, y eso era el último empujón que necesitaba para escapar del pueblo. Mañana, a primera hora, abandono Tesalia para volver a Manizales con mi esposa y mis dos hijos. Tengo las maletas empacadas desde hace un mes, pero mi corazón codicioso me ha impedido irme, alimentado constantemente por el deseo de vender la casa del abuelo. Sin embargo, ahora que sé que lo he visto he decidido renunciar a la venta de la propiedad. Debo escapar antes de que Tesalia sea arropado por el mismo terrible hado que maldijo a Villahermosa.

Extraño a mi amada. Extraño dormir abrazado a su cuerpo, desayunar juntos y besar su cabeza. También extraño a los niños, a Luis y a Andrés, con sus ocurrencias y sus frases a media lengua. Me divierte escuchar sus palabras mal pronunciadas y su curiosidad tenaz; una curiosidad que quizás me heredaron. No obstante, a diferencia de una curiosidad infantil, mi ansia de conocimiento me ha llevado por oscuros recovecos que me han dejado exhausto y aterrado. Esa misma curiosidad me ha impulsado a conversar con vecinos, conocidos e incluso desconocidos; todo para intentar descifrar lo que está sucediendo en Tesalia.

¿Cómo lo vi? Fue en el espejo redondo y victoriano, colgado al costado de la cama a la altura de los hombros. Crucé veloz la habitación para acostarme cuando un sentimiento inquieto me obligó a ver por el rabillo del ojo hacia el espejo. Entonces me vi singularmente deformado. Aunque la malformación era leve, la noté de inmediato. Me detuve y volví para ver mi reflejo en el espejo... y allí estaba, perceptible como una vibración interdimensional. Era invisible, translúcido, un ser intangible de esencia incorpórea. No obstante, era inequívoco: allí permanecía, estático, entre el espejo y yo. La mitad de mi rostro se veía un poco borrosa, mientras la otra mitad permanecía nítida. Y sentí su presencia cercana, casi respirando en mi cara... si es que en verdad respiraba. Sentí el crujir débil de la madera del suelo doblarse bajo un peso imperceptible para el ojo humano, y la terrible tensión invadió todos los rincones de la habitación. Permanecí petrificado, en silencio, incapaz de moverme a causa del pánico. Casi podía escuchar los latidos de mi corazón en mi palpitante cabeza, y mi respiración se cortó por completo durante algunos segundos, y esperaba quizás ser poseído, quizás ser devorado, o quizás sufrir un infarto a causa del terror que «eso» me causaba.

Entonces la presencia diose cuenta de que lo sentía, y desapareció, dejando el reflejo definido por completo. La madera del suelo se relajó y la horrenda presión de la habitación se esfumó, tronando el cuarto más luminoso y amplio.

—¡Lo sabía! —exclamé, cual loco hablando con un alter ego. Pero no estaba demente; por el contrario, estaba satisfecho. El verlo y sentirlo me dio la razón. ¡Tenía toda la razón! Mis pesquisas no habían sido en vano y mis deducciones no estaban erradas. Todo encajó en ese tenso instante, y por lo mismo, supe que debía escapar. Hoy mi amigo Carlos me confirmó que mañana me ayudaría a mudarme. Vuelvo a Manizales con mi familia; pero no sólo porque los extraño, tampoco porque la venta de la casa del viejo no haya sido posible; el mayor motivo es el miedo, un helado miedo que sube con precipitación por mi espalda mientras mi cráneo hila todos los incidentes de las últimas semanas; hechos que creo importante narrar con lujo de detalles antes de mi partida.

Primero explicaré el motivo que me llevó a Tesalia. Como quizás ya se puede deducir, mi abuelo murió el año pasado y yo, al vivir cerca del pueblo, quedé encargado de vender la casa. Llegué a Tesalia en enero, después de las ferias. El pueblo no había cambiado mucho respecto de cómo lo recordaba, y seguía desdoblando sus encantos por entre las verdes y hermosas laderas. De niño visitaba mucho al abuelo, por lo que mi presencia allí no era desconocida. Siempre me maravilló la blanca iglesia de cúpulas amarillas y bordes rojizos. También era un deleite caminar por las calles empedradas de casas blancas y techos entejados. Había muchas flores en los balcones, y las montañas andinas salpicadas de cafetales eran la cereza del pastel. El paisaje era hipnótico, tranquilizador y hermoso... lo era para ese momento.

Sin embargo, siempre me causó un molesto escozor la entrada al pueblo, una entrada en medio de toda esa belleza montañosa. A Tesalia se ingresa por un pequeño puente de espolón redondo que se irgue sobre una quebrada llamada «La Vieja». En las cabeceras del puente había dos estatuas: dos gárgolas grotescas con formas peculiares y talladas con un detalle escalofriante. Su escultor había sido a todas luces un gran genio, aunque desconocido, y había sido sin duda un obsesivo maestro con el cincel. ¿Pero por qué había derramado su arte y su esfuerzo en formas tan horrendas? Las facciones pétreas tenían simetrías ridículas, sus alas replegadas simulaban el cartílago, y sus muecas amenazantes impulsaban al escape. La repugnancia y el temor que me producían esas dos estatuas me hizo empatizar por un tiempo con el padre Juvenal, que llegó sólo dos meses después que yo; pero ahora, después de mi investigación, estoy seguro de que fue el padre Juvenal quien con sus erráticas decisiones ha hundido al pueblo en una terrible situación, situación que estoy seguro va a empeorar.

Los primeros días fueron días aburridos. Aunque conocía a mucha gente del pueblo no me sentía en casa. Los locales me trataron muy bien, me ayudaron y me hicieron sentir querido. Empero, la venta de la casa era una empresa en demasía compleja. Nadie quería comprar la casa del abuelo, por lo que mi misión se extendió primero por semanas, después por meses. Los días se volvieron monótonos, la tranquilidad se convirtió en un tedio aplastante, y la presión de los habitantes me obligó a empezar a ir a misa todos los domingos, pues no quería ser la única persona del pueblo que no escuchaba los sermones del padre Miguel.

Miguel era un cura de voz bondadosa, cabellera cana y barba tupida. Sus ojos profundos mostraban cierta bondad y sabiduría. Al principio me mantuve a raya, pero con el tiempo empezamos a conversar más seguido. Fue él quien me explicó que, según las historias antiguas, las gárgolas del puente eran las guardianas del pueblo.

—¿Y de qué nos defienden? —le pregunté en una de nuestras muchas conversaciones.
—No lo sé, joven Pablo —me respondió—. Pero sí sé que siempre han cuidado a Tesalia. En este pueblo hay pocas riñas, causadas por uno que otro arriero borracho. Sin embargo, Tesalia tiene un aire de tranquilidad y calma que nunca percibí en ningún otro pueblo que haya visitado durante mis votos.

Tenía razón. Yo mismo me sentía tranquilo en Tesalia, incluso feliz. Aunque el aburrimiento me abordara de vez en cuando, estaba contento de vivir en ese pueblito oculto entre montañas y bajo un cielo azul y esbelto.

Pero en el mes de marzo el padre Miguel fue llamado por la arquidiócesis, por lo que el padre Juvenal llegó en su reemplazo. La partida del padre Miguel fue sentida por el pueblo, pues con él se fueron años de sabiduría y conocimiento. El contraste entre ambos fue evidente casi de inmediato. El habla pausada de Miguel era la antítesis del afán de Juvenal. Este último era un padre más joven, más jovial, más moderno. Fue notorio su desagrado apenas cruzó por entre las gárgolas, por lo que inició una campaña para trasladarlas o destruirlas.

—Esas imágenes demoníacas no son dignas de un pueblo católico, apostólico y romano —dijo con vehemencia en una de sus primeras misas.

Mas los pobladores no estaban preparados para tantos cambios en tan poco tiempo. A diferencia de las grandes ciudades, los pueblos no se adaptan tan rápido al inquieto cambio del mundo. La comunidad está compuesta por familias que se conocen desde hace generaciones, y muchas quieren seguir viviendo con la misma dinámica. Además, no toda innovación debe ser adaptada, aceptada e implementada. No siempre todo cambio es bueno. La zona de «confort» es una zona creada con tiempo, esfuerzo y dedicación, por lo que escapar de ella no es siempre la mejor solución. La meta de todos los humanos es la creación de un ambiente que nos traiga calma y tranquilidad. ¿Por qué echar a la basura nuestra paz por un azote esporádico del tedio? Puedes incomodarte, puedes ampliarla; pero no es necesario abandonarla. Sólo se debe salir de esta zona si ya no es de «confort».

«Si estoy bien, ¿para qué cambiar?» es el pensamiento de muchos de los pobladores de Tesalia y de muchos otros pueblos cercanos. Esto hizo que los planes del padre Juvenal se frenaran en seco, por lo que empezó a tener un enfoque más pausado.

Las próximas misas fueron más ajustadas a los locales. El padre, muy diligente, dejó su ego a un lado y empezó a conocer a sus feligreses. Se volvió amigo y compañero de muchos, y empezó a ganarse el agrado del pueblo. De repente, algunos empezaron a cuestionarse sobre las estatuas, pues los pensamientos del padre pasaron a ser propios. En verdad eran miedosas, incluso siniestras. Sus inmóviles y amenazantes formas parecían mostrar alevosía hacia un dios extraño. Y en la noche, desde el otro extremo del puente, las siluetas negras de las estatuas formaban una imagen vulgar que bordeaba lo atroz. Ciertamente parecía un pueblo endemoniado con custodios abominables en vez de un hermoso pueblito cafetero.

Con las palabras del padre Juvenal resonando en las mentes de los habitantes, filtrándose como el agua entre las rocas, aconteció lo inevitable: ya convencidos por las palabras del padre, varios feligreses se dieron a la tarea de cincelar las gárgolas para destruirlas o trasladarlas. Juvenal, según me enteré, quiso reemplazarlas por estatuas de bellos ángeles. La idea no era descabellada, y estoy seguro de que las acciones del padre eran bondadosas, pero ignorantes.

Yo mismo estuve esa mañana de domingo, cuando varios hombres llegaron con herramientas para quitar las estatuas. Aunque Juvenal se encontraba con nosotros, noté su duda, como si una palpitación interna entrara en conflicto con los acontecimientos en curso; pero ya era demasiado tarde. Los hombres estaban listos, prestos, incluso ansiosos por utilizar sus martillos.

Me acerqué a una de las petrificadas moles y la detallé por última vez: de nariz afilada y con los dientes apretados, al punto de simular su quiebre. Aunque parezca irracional, parecía molesta, indignada de que la forzaran a salir de su firme garita. Mostraba al mundo su ira pétrea. Parecía deseosa de seguir custodiando la entrada a Tesalia con uñas y dientes y espantar los merodeadores etéreos que los mortales desconocíamos. No obstante, su bronca expresión no sirvió de nada, pues los feligreses las aniquilaron con martillos, y las quitaron del pequeño puente de espolón redondo, y dejaron desprotegido al pueblo sin siquiera saberlo.

Puedo jurar que en ese momento sentí un frío vaho emerger de los lindes de los bosques que rodeaban Tesalia, como si miles de criaturas respiraran entre los troncos gruesos y los espesos ramajes. Temblé de temor apenas bajaron la segunda gárgola y la montaron en un *Jeep*. Algo extraño había ocurrido, extraño y tenebroso. A mi cabeza llegó una idea aterradora: Tesalia había perdido sus guardias, y ahora estaba al alcance de una ralea inmundada al mando de un maligno Demiurgo que asechaba por los alrededores.

Insisto en que las acciones del padre Juvenal estaban completamente justificadas. Aunque debo admitir que pienso que estaba un poco embriagado de sí mismo, creo que sus actos eran genuinos y su objetivo era el bien de sus seguidores. Aun así, no me cabe ninguna duda de que el traslado de las gárgolas fue una decisión terrible.

A partir del día siguiente, ese lunes, las flores de los balcones empezaron a morir, presas de un hálito críptico e invisible que parecía cargar la putrefacción. Los pétalos coloridos empezaron a caerse, y el verdor de los tallos se tornó pardo. Y sólo tres días después de remover las estatuas un joven arriero llamado Juan le quitó el brazo de un machetazo a Alfonso, su hermano menor de tan sólo quince años. La mutilación fue mortal. Ese intolerante y lamentable evento fue el inicio de una seguidilla de desdichas.

Fueron las bestias las primeras en sentir el cambio. Las mulas se frenaban antes de cruzar el puente, y evitaban a toda costa entrar al pueblo. Los gatos, siempre astutos, empezaron a maullar por la noche, y de los varios que había allí quedaron unos pocos; sólo los de pelajes oscuros y ojos verdes. El resto de los gatos escaparon a las veredas cercanas, espantados por lo que podían ver y nosotros no. Los caballos que cruzaban por el centro de Tesalia corcoveaban y se encabritaban, y las vacas bramaban y se alejaban de las periferias y de los lindes de los bosques que trepaban alrededor del pequeño pueblo. Pero el comportamiento más atípico fue el de los perros, incluyendo a mi querido *Cacerolo*.

Cacerolo era un perro criollo, de pelaje dorado y trompa negra. Vivía en la calle, y desde que llegué al pueblo me recibió con tierno sentimiento. Me voleó la cola y bajó sus orejas para que le acariciara la cabeza. Sus ojos negros y profundos mostraban un infinito amor, y sus ademanes de sumisión denotaban una devoción y un afecto inconmensurable hacia los humanos. El perro había sido pateado por un caballo, por lo que había perdido la movilidad de una de sus patas. Caminaba cojo, y en ocasiones lloraba si le tocaban la extremidad herida, pero el animal se veía feliz. Siempre que me veía se acercaba con su caminar accidentado. Parecía no importarle su dolor; sólo quería darme la bienvenida.

Él, al igual que los otros perros del pueblo, se negaron a irse y escapar; quizás llevados por su infinito amor hacia sus amos y conocidos. Entonces empezaron a acercarse cada vez más hacia el centro de Tesalia, y empezaron a rondar la iglesia. Parecía que se sentían más a gusto al borde del templo. Allí, alrededor de la monumental iglesia, el influjo opresivo y el aire asfixiante que se esparcía por el pueblo como un mal viento parecía alivianarse un poco. El aire era menos viciado, menos denso y menos terrorífico.

Yo veía todos estos cambios claros como el agua, pero nadie más parecía notarlos. Entre conversaciones informales lanzaba preguntas para conocer los pensamientos de los habitantes. Disfrazaba dudas con relatos externos o acontecimientos específicos para invadir sus conocimientos. Pero ninguno parecía saber nada, o notar nada. A excepción de algunos sentimientos de amargura o inconformidad, los locales simplemente lanzaban culpas al exterior.

—Esos animales se hacen tercos con el tiempo —dijo un cafetero.

—Eso es el clima —dijo una señora.

—A mí me alegra que Tesalia no cambie como esas ciudades grandes —dijo otro hombre.

Parecían ciegos a los acontecimientos posteriores al levantamiento de las gárgolas. Ninguno mencionaba la ruina creciente de su ambiente, la fuerte irritabilidad, la humedad que empezaba a trepar por las antes bellas paredes blancas, las flores marchitas, la necesidad de las bestias, la gran cantidad de manifestaciones extrañas y grandes estremecimientos. Nada. Era una ceguera que considero selectiva, que se alimentaba del miedo a concluir que el cambio ya había llegado, y había llegado para mal.

Fue a finales de mayo cuando tuve la pesadilla. ¡Esa horrible pesadilla! Ya durante días había sentido extrañas presencias en el interior de la casa. Y hablo de presencias porque, por disparatado que parezca, sabía que no era una sola. No puedo determinar de qué se trataba: ¿quizás fantasmas de criollos que murieron en la guerra? ¿Quizás mulatos que perecieron de agotamiento entre las cadenas? ¿Quizás indígenas que cayeron bajo el infortunio de la peste? No sé si eran hombres o mujeres, niños o ancianos; pero algo en mí me hace pensar que son almas en pena que vinieron de los bosques y cruzaron el puente, y ahora habitan en Tesalia de forma siniestra, metafísica y con tintes oníricos. Y los imagino hambrientos como las ávidas tumbas en tiempos de guerra, deseosos de algo que desconozco e ignoro.

Cuando abrí los ojos vi, aterrado, una presencia oscura con huecos como ojos que me miraba casi hasta tocar su frente conmigo. Parecía estar sobre la cabecera de la cama, mirándome con detenimiento en medio de un silencio perturbador, un silencio tan pesado que casi formaba ecos. La habitación rebotaba de sombras voluptuosas y terribles, causando en mí imágenes locas e inverosímiles visiones. No podía moverme, al tiempo que esa espantosa aparición me decía: «¡Te veo!». No podía gritar, ni pedir auxilio, ni sacudirme para sacármelo de encima.

—¡Te veo! —escuché de nuevo con voz chillona e irritante. Era como si de repente me hubiera buscado por años o por décadas, y por fin me había encontrado. Sentí que él había logrado pasar de plano hasta finalmente poder ver a los vivos. ¡Verme a mí!

Yo mugí, como si permaneciera amordazado. Y él volvió a decir con voz helada y chillona esa aterradora frase, cada vez más rápido: «¡Te veo! ¡Te veo! ¡Te veo! ¡Te veo! ¡Te veo!». Hasta que sus sílabas se fundieron en una mezcla horrible e indescifrable. Al tiempo, mi cabeza empezaba a sentir el chirrido como una punzada terrible.

Abrí por fin los ojos, después de padecer unos instantes eternos y angustiosos. No había presencia alguna en mi habitación y las sombras voluminosas habían desaparecido. Una jaqueca terrible empezó entonces a abordarme, cual punta contra mi cráneo, y un sudor frío bajaba por mis sienes y empapaba mi cabello. Fue una horrible pesadilla, y pudo quedarse sólo en eso, en una simple pesadilla; pero ya mi cerebro orquestaba un cúmulo de ideas que intentaba entrelazar, y desde ese momento vi con ojo agudo todo lo que estaba ocurriendo en Tesalia, pues mi bisabuela había vivido en Villahermosa, y yo conocía por buena fuente lo ocurrido allí.

Después de esa pesadilla empecé a percibir con más detalle las actividades extrasensoriales. Noté con más frecuencia el sonido de la madera del suelo de la habitación y escuché pasos aun cuando nadie caminaba. Percibí el aliento cercano en mi cuello, el indeleble husmear y el frío del viento con las ventanas cerradas. Incluso, en una ocasión, escuché en mitad de la callada noche un sonido tétrico: el sonido de una cuerda que poco a poco se tensaba. Esto me produjo un estremecimiento perturbador y profundo. ¿Tortura o patíbulo? No quiero saberlo.

Y mientras caminaba por el pueblo vi el callar de la gente y la inquietud de las mascotas. Mi pobre Cacerolo empezó a sufrir de sarna, una enfermedad que engulló sus patas y se posó de manera insana en su lomo, cual demonio cabalgando al pequeño perro. Cuando caminaba por el centro me miraba de lejos, y me boleaba la cola. Se notaba la gran felicidad al verme en sus ojos cada vez más azulados; pero ya no venía a mis pies. Sólo me miraba a lo lejos, recostado y adolorido contra la blanca pared de la iglesia. Ahora era yo quien me acercaba y, sin asco, le acariciaba la cabeza y el cuello. Él, cada día más ciego, echaba las orejas hacia atrás y me lamía la mano.

En agosto, las misas empezaron a hacerse más extensas y frecuentes. El padre Juvenal empezó a dar homilías cada vez más rebuscadas, pues, aunque la biblia es extensa, no da para tantos sermones. El sacerdote se veía cansado, incapaz de satisfacer una feligresía cada vez más exigente. Las ancianas fueron las primeras en empezar a quedarse casi todo el día en la iglesia, pero no pasó mucho tiempo para que gran parte del pueblo fuera a la iglesia inmediatamente después del desayuno. Sólo salían para ir a almorzar y en horas de la noche. Sin saberlo, todos ellos escapaban del aliento maldito que se propagaba por las vacías y empedradas calles. Todos se sentían más tranquilos en el interior de la iglesia, pues el templo parecía calmar sus frágiles e inquietos espíritus.

Aun así, nadie parecía ver lo que sucedía. Desesperado por esta absurda ceguera, empecé a contarle a los aldeanos lo ocurrido en Villahermosa, empecé a decirles que sentía espíritus en la casa del abuelo (lo que hundió por completo la venta de la casa), y sobre el extraño comportamiento de los animales, incluido mi querido Cacerolo. Pero sólo recibí mofas y explicaciones absurdas.

—El perro ya está viejo y está enfermo —me dijo don Armando, un vecino muy amable y cercano a mi familia—. Pronto va a volverse senil y va a morir —añadió para mi desconsuelo.

Al escuchar tales respuestas, decidí que no movería un sólo dedo para salvar el pueblo, un pueblo cada vez más devoto, más enceguecido, más hostigante y más arruinado.

Llegó septiembre, ventoso y frío. Esa mañana me acerqué al perrito, como siempre lo hacía. Cacerolo, casi ciego por completo y ya sin poder levantarse del suelo, sintió que me acercaba. Entonces sucedió lo inevitable: mi amado amiguito me gruñó, me mostró los dientes y encogió el hocico.

—¡Soy yo, Cacerolo! —le dije, sorprendido y angustiado.

Pero el perro continuó gruñendo. Pensé que los dolores finalmente habían vencido el amor, o la senilidad de la que habló don Armando había llegado y había arrebatado sus recuerdos. Pero no era eso, pues vi, aterrado, que de su hocico se desprendía un vapor rojizo y maligno, al tiempo que mostraba sus encías podridas y sus dientes en ademán agresivo. Era obvio para mí que Cacerolo ya estaba poseído, al igual que el perro de doña Graciela, que la había mordido sólo días atrás, y el perro negro de la vereda de Laureles, que había convulsionado y fallecido de repente frente a dos niños.

Me alejé lentamente, apesadumbrado porque había perdido a mi amigo fiel a causa de un asedio invisible y terrorífico. Ese mismo día alisté mi maleta, pues sabía que mi tiempo allí debía terminar lo más pronto posible. Sólo tres días después el pequeño Cacerolo murió. Lo encontraron a dos cuadras de la iglesia. Al parecer, Cacerolo sólo permanecía vivo por su cercanía al templo, y en el momento que decidió alejarse la vida también se alejó de él.

Los dejo. Dejo a Juvenal con su feligresía, a don Armando y a doña Graciela, al fraticida de Juan y la amable María. Y también me despido de don Ernesto, del viejo Hernando, de la tendera rubia y de doña Luisa, de quien puedo afirmar que tiene una sazón más que increíble. Mañana cruzo la quebrada «La Vieja» para volver a los brazos de mi esposa. A todos los dejo a su suerte, en medio de este antaño bello pueblo, ahora maldito y deformado, lleno de espejismos y acosos antinaturales. Espero estar equivocado y que sea mi curiosidad y mi imaginación las que están defectuosas, y que todo en Tesalia siga siendo como siempre ha sido; pero la razón me dicta que estoy en lo correcto, y que esta situación rara, digna de un culto envenenado, es lo suficientemente poderosa para engullir hasta el valor del héroe más noble.

Ahora bien, ¿qué sucedió en Villahermosa hace poco más de cien años? Esos acontecimientos son los que me hacen temer por el pueblo de Tesalia, pues según las narraciones de mi bisabuela y mi abuela, la ruina de Villahermosa empezó de manera muy similar a los acontecimientos presentes.

El pueblo de Villahermosa quedaba a pocos kilómetros de Tesalia, cruzando la quebrada y subiendo hacia el sur por la vereda Laureles. Se erguía entre las montañas verdes y nubladas del eje cafetero. Sus bellas casitas tenían muros blancos y estilo colonial, y su hermosa iglesia despuntaba en la parte alta, coronando el cielo y dominando imponente el extenso horizonte. Estaba rodeado de bosques, igual que Tesalia, y sus habitantes eran tranquilos y vivían una vida humilde y alegre.

Pero no eran gárgolas las que custodiaban Villahermosa. Para este caso era la estatua de un hermoso ángel que permanecía en la plaza principal. El artista también era desconocido, y quizás era un loco, pero mi bisabuela afirmaba que la estatua rivalizaba en estética con las

marmóreas obras de Rafael Monti y Miguel Ángel Buonarroti. Pero la estatua era muy antigua y necesitaba mantenimiento, por lo que la trasladaron a Pereira. Después de ese traslado, dice mi bisabuela, Villahermosa se vino abajo por culpa de, al parecer, un puñado de misteriosos fantasmas que azuzaban a las bestias y espantaban de noche a los niños.

Los rumores se multiplicaron en pocos días. Los infantes tenían los miedos revueltos, al tiempo que lloraban y argumentaban sentir presencias extrañas y disformes que los rozaban con levedad. Uno de ellos aseguró en una ocasión que una entidad invisible lo empujó escaleras abajo. Por fortuna, el niño alcanzó a sostenerse del barandal y el ataque no pasó a mayores. Las pesadillas se esparcieron por todas las cabezas, los animales empezaron a perecer a causa de enfermedades y posesiones, y las calles se inundaron de imágenes tramposas y silencios profundos.

La iglesia se convirtió en el único sitio agradable del pueblo. Quienes empezaron a dormir entre sus muros dejaron de experimentar los malos sueños y las tortuosas jaquecas. En el interior del templo eran evaporados el estrés y la tensión. Cada vez más locales decidieron irse del pueblo o refugiarse en la iglesia, saliendo sólo para alimentarse... pero este último hábito también empezó a cambiar.

Entonces vino una secuencia de atrocidades obsesivas, llevadas por un miedo profundo que trituraba la razón. Los pocos hombres que se atrevían a salir de la iglesia se negaron a hacerlo. Las casas y los comercios se volvieron vacíos aposentos custodiados por algo (o alguien) invisible y tenaz. Los rezos diarios empezaron a verse acompañados del hambre y la sed; pero el miedo a salir de la iglesia era más fuerte que los retortijones de los estómagos vacíos. El culto se había obsesionado, devorándose a sí mismo. Al tiempo, Villahermosa vaciaba sus últimas casas, dejando al pueblo a merced de quién sabe qué espectro. Las casas empezaron a arruinarse, los ruidos de los animales terminaron y los llantos infantiles cesaron. Cuando las autoridades llegaron a Villahermosa y se dirigieron a la iglesia, encontraron una escena podrida y digna de Dante: tendidos en el suelo, cuales malignas y desnutridas marionetas, permanecían quienes habían decidido quedarse en Villahermosa, en su mayoría ancianos y niños de rostros famélicos y cuerpos descarnados. ¡Todos, sin excepción, habían muerto a causa del hambre!

¡Te dejo, mi querida Tesalia, antes que tu iglesia me aprisione y me sea imposible salir! ¡Me escapo antes de que estos siniestros fantasmas me lleven, apaleado por el terror, hacia las puertas del templo! Estos últimos días he sentido con más fuerza el llamado de la iglesia. Mi inquietud al caminar por las silenciosas calles del pueblo me irrita, me asusta y me lanza con vehemencia al refugio católico. El impulso de encerrarme entre los muros blancos del templo es cada vez más fuerte, más latente, más delirante. La pareidolia me invade, pues veo rostros inmundos en los muros y tras las lustrosas ventanas, y veo cabecitas bamboleantes asechando en las esquinas. ¡Me voy, Tesalia, antes de que el horror me impida salir de aquí!

XIII

Con este relato me di cuenta de que el viejo iba cada vez más al pasado. Esa noche él estaba claramente dolorido. Todo su cuerpo parecía arderle, pero no insistí con el médico.

EL VIEJO GUARDIÁN

Debo admitir con vergüenza que la indignación me domina al escribir este relato. No es por el benévolo guardián, sino por los ingratos del pueblo allá abajo, en el verde valle, amurallado por las montañas enormes y circundantes, y al que sólo se puede acceder por la garganta estrecha y pedregosa en la cual el guardián montó su pequeño hogar: una casita de una sola habitación, recostada toscamente contra el brazo de la montaña. La humilde casita siempre se inunda cuando llueve a cántaros, y no tiene comodidades, muebles ni agua. Pero nada de esto le importó nunca al guardián, quien sacrificó su vida entera por vigilar esa garganta y, de esta manera, proteger al desagradecido pueblo de los enemigos extranjeros.

El pueblito, del cual no daré el nombre porque no pienso inmortalizarlo en este escrito, es bello (debo admitirlo). Sus casitas blancas sobre el valle y sus tejas uniformes son semejantes a Villa de Leyva o a los hermosos pueblos andaluces del sur de España. Sus callecitas son empedradas, tiene varias plazas y abundan las bellas fuentes de agua pura que baja de las montañas imponentes y nubladas del rededor. Hay un campanario bien labrado y una iglesia pequeña de arquitectura magnífica. Y sus habitantes no son diferentes a los del resto de ese pequeño país: trabajadores, emocionales y humildes. Sin embargo, a diferencia del resto del país, este pueblo cuenta con algo máspreciado que el oro y la plata: la paz. Y esa blanca paz ha sido lograda por el enorme esfuerzo y la sangre derramada del guardián, ahora envejecido y debilitado por el siempre imparable paso del tiempo, terrible y pesado.

El guardián. ¡Oh, amado guardián! Un hombre que a sus quince años decidió abandonar las comodidades de ser hijo único para encaminarse cuesta arriba hacia la garganta y no bajar nunca de nuevo. Un joven que, fiel a sus deberes, nunca abandonó el paso escarpado entre las gibas pétreas, siempre vigilante, siempre listo. El mismo hombre que hizo de su hacha un arma letal, cual *berserker* nórdico. Renunció a un hogar, a la compañía y a la caricia de una dulce joven, a la alegría de ver a unos hijos crecer y cumplir sus metas. Renunció al placer y lo cambió por la herida, el dolor, la fatiga y el insomnio.

Bastaron sólo unos años para que la guardia del guardián fuera impenetrable. La paz se desdobló en el pueblo, no sin antes algunos castigos: manos cortadas a los ladrones, castraciones a los violadores, dedos fracturados a quienes golpearan a sus padres, desfiguraciones a las infieles, lenguas cortadas a las mentirosas... El guardián, monolítico y poderoso, era estricto con la ley, pero en extremo efectivo. En menos de una década, el pueblo ya gozaba de una endulzada paz y una tranquilidad envidiada por el mundo entero.

Entonces los habitantes, agradecidos al inicio, llevaron a su casita tributos y regalos. Vinos finos, quesos, carnes adobadas y pescados salados, papas y ensaladas frescas. Y lo llenaron de presentes tallados y finos. Para ese momento, el guardián era un hombre de talla alta, brazos gruesos como troncos y manos nudosas y llenas de callos. Una barba negra y tupida le adornaba el grueso rostro de quijada cuadrada, y su mirada era fiera y acerada. Su hacha, afilada y poderosa, era tan pesada que los hombres más fuertes del pueblo sólo podían levantarla a dos manos; pero el guardián la blandía con ligereza sólo con su mano izquierda; y con ella defendía el pueblo de las amenazas externas. Ningún foráneo logró vencer al guardián, que para su madurez ya poseía un porte espartano; incluso hablaba como tal, con

modos de *laconismo*. Con los *laconismos* no se habla mucho, pues en Esparta se tenía el concepto según el cual las palabras eran para los débiles y que el verdadero poder estaba en la fuerza física. El guardián parecía tener este mismo concepto, pues hablaba poco, pero era contundente y arrogante.

Hubo tres respuestas documentadas del guardián a ciertas preguntas de los aldeanos. En la primera conversación, un joven delgado le preguntó: —¿Acaso no puede vencerte ningún hombre?

A lo que el guardián, con actitud presumida, respondió: —No he enfrentado a ningún verdadero hombre—. En esta respuesta se ve su orgullo, un orgullo un tanto odioso, pero merecido.

Durante otra conversación, una mujer, curiosa por saber qué había más allá de las montañas, y sin poder comprender los peligros externos, le preguntó al guardián: —¿Qué hay más allá de las montañas?

A lo que este último le respondió: —No hay paz.

En la última conversación registrada, un hombre que le regaló algunas vasijas al guardián, apenado por el poco valor de su regalo, le preguntó: —¿Cómo podemos agradecerte todo lo que haces por nosotros?

—Vivan —respondió el guardián con gran agudeza. Pero esta última respuesta generó controversia, pues el pueblo pudo malinterpretarla, ya que, sin el guardián, el pueblo no podía vivir. Quizás esta respuesta fue contaminada con egoísmo y, por lo mismo, volvióse la base del desprendimiento y de la falta de empatía.

Durante varias décadas, la relación entre los aldeanos y el guardián fue amena y cariñosa. Ellos le cuidaban y le alimentaban, y él los protegía de los peligros latentes de más allá de las elevaciones nubladas. Pero el tiempo es tirano e inclemente, y es tan poderoso que mueve montañas y seca ríos. ¡Terrible tiempo! Un monstruo voraz que lo devora todo y a todos. Arruina de manera espantosa la belleza de las mujeres, succiona el júbilo vigoroso de los hombres, lanza su poder inmisericorde en el mundo, madurándolo y después pudriéndolo. Nada se libra del tiempo, ni siquiera el poderoso guardián.

Mientras que abajo, en el pueblo, las nuevas generaciones poco o nada sabían del hombre que custodiaba la entrada al florido valle; las canas empezaron a aparecer en la barba y en la cabellera del fiero ermitaño. El aplastante pasar de los años empezó a debilitar sus músculos, y dio paso a los dolores de espalda y rodillas. Poco a poco el guardián se fue adelgazando y fatigando. En ese momento los interesados aldeanos mostraron su verdadero rostro.

Aunque ninguno de los peligros que merodeaban las montañas osaba acercarse a la garganta mientras estuviese el guardián, los tributos y el alimento empezaron a ser cada vez más escasos, hasta casi desaparecer. Los jóvenes, indolentes, evitaban subir hasta la casita del guardián por física pereza, pues la cuesta era empinada y accidentada, y el viaje podía durar una hora de ida y otra de vuelta. Aquellos irresponsables jóvenes preferían saborear el hedonismo en las tabernas del pueblo en vez de ir a cuidar a un viejo cada vez más débil. ¿Por qué debían cuidar del guardián? ¿Qué había al otro lado de las montañas? Ni siquiera sus abuelos sabían qué asechaba más allá de la cordillera, y quien se aventuraba a salir nunca

regresaba. «Quizás son cuentos ridículos de un anciano senil» empezaron a decir los jovencitos rebeldes e inmisericordes. Y sus padres, que fueron malos padres, no les enseñaron la importancia del guardián allá arriba. La paz, la hermosa paz, a menudo es mal utilizada por los humanos, quienes se relajan y dejan de avanzar por falta de necesidad. Y la relajación causa malos hábitos y, por lo mismo, malos hijos. No se debe dejar de avanzar, de aprender, de crear, así no haya necesidad de aquello. Esa situación es otra de las consecuencias del tiempo, que no tiene en cuenta las circunstancias de la gente: no le importa la paz o la tragedia; sólo sigue avanzando. Aunque al inicio se presentaron varias discusiones entre las diferentes generaciones, los viejos, que querían ayudar al guardián, cedieron por el cansancio a la juventud briosa y activa. Los adultos no se hicieron respetar, y los jóvenes no aprendieron sobre el respeto.

Y los años continuaron su curso. El guardián empezó a perder los dientes, la vista y el vigor. Aún era orgulloso, aún era valiente, aún su sola presencia mantenía el pueblo a salvo; pero ahora estaba encorvado, con frío, sed y hambre. También se hizo presente un deterioro emocional, pues la soledad socava el ánimo y el ímpetu. Su actitud se tornó cenicienta, y dejó de sonreír y de sentirse feliz. No bajaba al pueblo, pues no podía dejar el paso, pero cada día se levantaba de la cama y se sentaba frente a su pequeña casita, mirando hacia abajo, a la falda de la cuesta, esperanzado de que alguien subiera y le trajera algo de alimento, al tiempo que sentía cómo el frío le mordía los dedos y las orejas. Ya no era tan hábil para cazar (aunque seguía siendo diestro trampero), y cada vez eran menos las presas que podía capturar con sus trampas. Seguía con vida sólo gracias a la caridad de dos ancianas: Gloria e Inés.

Gloria subía dos veces al mes, y cuidaba de su aspecto físico: le ayudaba con el baño, le cambiaba el pañal (ya estaba usando pañal a causa de la incontinencia), le cortaba el cabello y le perfilaba la barba. Cada vez que Gloria subía, el guardián parecía recuperar algunos años, pues el aspecto físico influye en el estado mental, y puede ayudar al cerebro a visualizarse más joven y fuerte. Pero a finales de este marzo, Gloria dejó de subir a causa de una fractura en su pierna. Ya no puede realizar esa dura caminata, por lo que el guardián ahora tiene la cabellera larga y repleta de gusanos, y llena de gusanos también están sus axilas, y sus uñas ahora están largas y rotas, y adolorido está su estómago y sus muelas. Es la angustiosa visión de la caída de un héroe.

Inés, quien es un alma bondadosa y empática, creció con las historias del guardián. Sabe de sus necesidades, y por eso le llevaba comida cada tres días. Esa comida era lo único que mantenía al guardián con vida; pero hace poco Inés, a sus noventa años, murió. Pidió por mucho tiempo a su hijo que le ayudara llevándole comida al guardián, pero este último, altanero y perezoso, nunca le hizo caso. Ahora que Inés murió, la suerte del antaño poderoso guardián quedó echada.

Sólo es cuestión de días para que el viejo guardián muera, ya sea por enfermedad, hambre o frío. Se volvió un lastre para las personas allá abajo, igual que a menudo los padres se vuelven una carga para sus hijos (aunque no deba ser así). Cuando envejecen, los padres van perdiendo sus facultades, y los hijos, los malos hijos, sólo buscan deshacerse de ellos. Buscan cuidadores, buscan justificar sus obligaciones familiares con beneficios económicos, buscan librarse de sus responsabilidades porque ven que sus padres ya no les son útiles. Les cuesta acercarse a la vejez porque en vez de perfumes hay olores, en vez de actividades hay

desgastes, en vez de servidumbre hay necesidad, ¡en vez de un protector hay un dependiente! Puedo entender la situación si los ancianos ya no quieren vivir, pero me es incomprensible cuando aún quieren seguir en este mundo y sus hijos no hacen más que demostrarles su molestia y su desprecio. ¡Cuánto egoísmo! ¡Cuánta maldad! ¡Cretinos! ¿Cómo se puede despreciar a los progenitores porque ya no son útiles? ¡Malditos sean los hijos que sólo quieren deshacerse de sus envejecidos padres! ¡Y malditos sean los habitantes de ese pueblo de casas blancas! ¡Merecen todos ser hervidos!

Empero, mi rabia es espantosamente tonta, pues yo sí sé que hay detrás de las misteriosas montañas, y sé contra qué terribles males antediluvianos ha luchado el guardián durante todas estas décadas. Yo conozco aquellas formas antiguas y desenfrenadas que se ocultan y se estremecen entre las heladas brumas. ¿Hordas espectrales? ¿Deidades arruinadas? Esos tontos pronto lo sabrán. Es sólo cuestión de tiempo para que el guardián suelte por fin su hacha grandiosa y lance su suspiro postrero, y entonces aquellos pueblerinos se arrepentirán de su desidia. Las consecuencias de su negligencia les atormentarán, al igual que a los hijos ingratos la muerte de sus padres. ¡Extrañan a sus padres cuando mueren, pero les molesta llevarles un trozo de pan en vida! Aquel sentimiento se llama arrepentimiento, y pesa más que el plomo. Y aquellos necios aldeanos, arrepentidos, lanzarán ruegos a ídolos antiguos, y harán homenajes divinos y tributos de incalculable valor al viejo guardián; pero este último ya no acudirá a su llamado, pues estará descansando en su casita, que está recostada a lado derecho de la garganta entre las frías y enormes montañas.

Cuando el guardián por fin cierre los ojos y entre en el sueño eterno, los gigantes cruzarán el estrecho, aplastarán las casas blancas con sus pies, estallarán los cuerpos entre sus manos y triturarán las carnes con sus dientes. ¡Allí conocerán el arrepentimiento!

XIV

Mientras narraba esta historia, sentí que hablaba de sí mismo. Y lo imaginé en su juventud, estoico en las faldas de una poderosa montaña nevada, luchando en soledad contra sus demonios y sus fracasos. Esa noche, aunque ya estaba mucho peor de salud, lo vi tan grande como una torre.

EL PACTO CON BAAL

Llegamos con mi esposa hace unas semanas al pequeño pueblo de la costa. La inclemente hambruna nos hizo escapar de la parcela que mis abuelos nos habían heredado. Hace dos días logramos acomodarnos en la humilde pesebrera de mi primo, esperando que la situación sea temporal. Aquí también ha caído la hambruna como una ola sobre la playa; pero al menos todavía hay trigo suficiente. Hemos comido pan y bebido cerveza estos días, lo que nos ha permitido tener más energía y ayudar con algunos quehaceres que nos implican pago.

Hemos bajado mucho de peso. Incluso ya veo mis costillas sobresalir del pecho. Me levanto y me acuesto pensando en comida, en una buena carne con papas y un buen vino. El solo imaginarme esto me hace babear. Pero la vida es cruel: mi estómago se encoge salvaje y ruge todo el día, y mi humor es en extremo irritable. Esto ha hecho que riña de forma constante con Mariella, mi devota esposa. Pero acá en el pueblo tenemos más posibilidades de sobrevivir que en el campo, donde ya no crece nada a causa de ese maldito cielo plomizo y gris que no deja pasar la luz del sol y devasta con voracidad todas las plantaciones.

Ahora bien, durante la estadía en el pueblo escuché varias veces el bramar de un buey, allá, a lo lejos. Puede sonar normal, pero el bramido siempre se escucha a las tres de la mañana, la mala hora, y no es común: parece un bramido que se funde con palabras incomprensibles y horribles, y suena muy fuerte, más fuerte que las campanas de la iglesia. Además, suena poderoso, pero se siente lejano, como si fuera de otro mundo.

—Dicen que es Baal. Nunca te acerques a la costa cuando escuches ese bramido —me dijo mi primo, pálido por los nervios.

—El sacerdote nos advirtió sobre él —convidió su esposa—. Dicen que ese demonio tienta a las personas buenas para después robarles el alma.

—Muchos que han ido a verlo no han vuelto —añadió mi primo—. No sé si el demonio se los lleva o si solo mueren de hambre, pero sé de un vecino que fue a verlo y ya lleva varios meses desaparecido. Su esposa, ahora sumergida en la locura, sale todas las noches a buscarlo; pero no encuentra pistas de él. Ella enfermó de fiebre hace poco; probablemente no pase el invierno.

Pero mientras ellos me advertían, yo solo podía pensar en el hambre y en las penurias de mi esposa. ¿Podría ese maligno ser sacarme de tan precaria situación? Quizás podría darme un poco de oro para pagar una habitación, o comida para saciar este hondo suplicio. Me sentía tan desesperado que estaba dispuesto a arriesgarme. Entonces miré el cansado rostro de mi esposa, y lo decidí.

Esa noche no escuché el fantasmagórico bramido, ni la noche siguiente, pero a la tercera sí lo percibí, maligno y distorsionado entre palabras de algún idioma prohibido. Así que, rápido y en silencio, salí corriendo hacia la playa, a solo minutos del pueblo. La oscuridad era intraspasable, casi líquida, por lo que tuve que prender una antorcha. Corrí bajo el frío viento por varios minutos, guiándome solo por el berrido que sonaba de vez en cuando. Nada era visible.

Entonces, entre la oscuridad, pude escuchar el oleaje del mar. Aunque todo estaba muy oscuro, pude diferenciar el agua del cielo. Algunas estrellas flameaban frías allá arriba. Volví a escuchar el bramido, así que corrí hacia la costa y escuché, inequívoco, un cencerro. Allí finalmente lo vi: era un hombre encapuchado, muy alto y delgado, que traía de las riendas un buey enorme con cuernos largos. Ambos eran más oscuros que la noche misma, y se recortaban como siluetas malignas y solitarias entre la playa y el mar.

Dudé en acercarme. Temblaba, pues sabía que frente a mí estaba un demonio antediluviano. Pero el hambre y la desesperación me impulsaron, así que me acerqué. El encapuchado me vio y se detuvo, esperándome en medio de la noche sin luna.

—¿Señor Baal? —pregunté tiritando de frío y de terror. Una pantalla de sudor me cubría toda la frente, mientras respiraba profundo para no desmayarme.

Entonces vi el buey y quedé aterrorizado: aunque era claro que era un buey musculoso y bien alimentado, tenía la cara de un hombre, notablemente atormentado. Casi solté la antorcha del miedo, pero logré asirla. El buey con cara de humano me miró con esos ojos hinchados e inyectados de sangre, y bramó; pero seguido del bramido me dijo: —¡Mátame!

Yo me estremecí, y miré al encapuchado mientras aguantaba el aliento. Pero este nada hizo. Solo me miró bajo la capota, inmóvil. No podía ver su rostro en la noche y a la luz de la antorcha, pero sentía esa mirada fija y terrible sobre mi esquelética existencia.

—¿Eres Baal? —volví a preguntarle con voz quebrada.

Y el encapuchado alto asintió. Su presencia era grotesca, terrorífica.

—Me dijeron en el pueblo que concedes deseos. Estoy desesperado, tengo hambre y sed, y quiero salir de esa pesebrera y tener una habitación para mí y mi esposa. ¿Puedes concederme eso? —pregunté.

Él, con un ademán de su mano y sin inmutar palabra, me pidió que lo siguiera.

Caminamos en silencio por varios minutos sobre la costa, mientras yo veía con horror el buey. Las expresiones del animal mostraban un dolor intenso, como si estuviera enfermo. De vez en cuando el engendro bramaba, adolorido, y después decía algunas palabras indescifrables de una lengua profana. En ese momento un pensamiento terrible vino a mi mente: ¿Será ese el precio que tengo que pagar? ¿Acaso me convertirá en un animal con cara humana y me hará sentir dolores intolerables? A mí llegó entonces el arrepentimiento. Pero, aun así, seguí caminando al lado de la esbelta figura que parecía flotar sobre la arena, pues no hacía ruido ni dejaba huella. Y a medida que nos acercábamos al bosque, a las faldas de las montañas, la figura empezaba a desprender un hedor terrible de putrefacción. Tuve que cubrirme la nariz y respirar por la boca, pues el olor agrio empezó a intensificarse, hasta volverse casi inaguantable. El buey pareció notarlo también, pues intentó alejarse del encapuchado, y volteó la cara mientras hacía arcadas.

Anduvimos por una senda sinuosa por unos minutos, cuesta arriba, hasta llegar a una pequeña casa entre los negros árboles. La casa, asediada por cientos de vibrantes moscas, estaba arruinada, con el techo lleno de agujeros y las ventanas rotas. El olor a moho rondaba la edificación, y la parte izquierda de la casa estaba roída por la maleza. El encapuchado amarró al buey en un madero y me invitó a pasar. Me petrifiqué, incapaz de dar un solo paso. Tenía miedo, mucho miedo. Pensé en dar media vuelta y salir corriendo, escapar hacia el pueblo y contarle todo a mi amada. Pero una presencia más poderosa que mi voluntad me obligó a

seguir adelante, a entrar a la casucha y sentarme en un pedazo de madera, frente a la figura negra y alta. Solo la antorcha iluminaba el tenebroso recinto.

El demonio me miró con detenimiento y se quitó con parsimonia la capucha. El horror que sentí es indescriptible: su esperpéntica cabeza no era humana, era de un macho cabrío, negra, con cuernos y barba. Sus ojos, diamantinos y amarillos, me miraban desde el vacío, como muertos, pero a la vez alertas, cual merodeador terrible. El hedor se hizo más insoportable en la casa, por lo que incapaz de aguantar el terror y la fetidez, vomité en el suelo. Pero al demonio no pareció importarle, solo quedó en silencio. Levanté la cabeza y lo miré, y respiré por la boca para aguantar la pestilencia. Entonces miré el entorno a la luz de la antorcha, y vi las paredes sucias y salpicadas de negro y marrón; parecía ser sangre y heces.

Y entonces habló. ¡Esa cosa habló! —Puedo quitarte el hambre y la sed —dijo con voz críptica, aunque no movía los labios.

Entonces me señaló una bolsa de cuero bajo la madera donde yo estaba sentado. La saqué y vi que estaba llena de monedas de oro. Mis ojos se abrieron por la sorpresa y la codicia, pero temí el precio.

—Debes llevar esta bolsa de monedas a la pesebrera donde te encuentras. Si las monedas permanecen en la pesebrera gozarán de fortuna. Tendrán comida y bebida. Pero si alguna de las monedas sale de la pesebrera entonces cobraré el precio —dijo Baal mientras me invitaba a tomar la bolsa y salir de allí.

Sin pensarlo mucho, salí de ese horrible sitio con la bolsa en una mano y la antorcha en la otra. Apenas lo hice, miré al buey amarrado, que me miraba con angustia y un sentimiento de profunda miseria.

—¡Mátame! —gritó de nuevo en acto desesperado.

Pero yo solo volteé la cabeza y fui cuesta abajo, primero hacia la costa y después hacia la ciudad.

Desperté al día siguiente con dolor en todo el cuerpo, como si me hubieran molido a palazos. Tenía las vestimentas mojadas por el frío viento de la noche anterior, y la mano me dolía por sostener la antorcha. Mi mujer ya se había levantado para ayudarme a mi primo con la limpieza. Me senté y vi a mi lado la bolsa de cuero. La abrí y, en efecto, estaban las monedas brillantes que Baal me había dado. Casi de inmediato entró mi mujer con un gran corte de carne asada.

—¡Mira amor, encontramos un ternero abandonado cerca de la casa! Como nadie lo reclamó lo tomamos como nuestro. Vamos a tener un festín con los vecinos —me dijo animada.

Yo, atónito por tal suerte, vi esa carne con incredulidad. Entonces me abalancé al plato como famélico desesperado, y trocé la carne con el cuchillo, y la comí con lágrimas en los ojos. Hacía mucho tiempo no comía carne. En ese momento supe que Baal cumpliría con su promesa.

No me pareció difícil cumplir la condición del demonio. Decidí no decirle nada a Mariella sobre las monedas, ni a mi primo ni a su esposa. Quizás ellos pensarían que estaba loco y que era un deplorable codicioso al no querer gastar el oro. Así que lo guardé en un pequeño hueco en el suelo de la pesebrera. Al mismo tiempo, la suerte empezó a sonreírnos: las cosechas de mi primo crecieron con rapidez, y las dos vacas empezaron a dar leche en grandes cantidades. Incluso hubo carne en el menú. Además, el señor del feudo, aconsejado por varios nobles,

envió varios barriles de vino al pueblo. De repente una bonanza cayó del cielo, al tiempo que los nubarrones grisáceos y encenizados se abrían y dejaban entrar la dulce luz del sol de primavera. Fueron en verdad momentos felices.

Algunas noches escuchaba el bramido lejano del buey maldito. Apenas lo escuchaba me arrastraba de la cama al hueco donde estaban las monedas de oro para cerciorarme que permanecían allí. Las contaba una por una; eran cincuenta y seis monedas. En una de las caras tenían grabadas el rostro de un bufón burlón y cruel, mientras que en la otra había una inscripción en latín: «*Baal, deus caeli et dominus terrae et fructuum*» (Baal, dios del cielo y dueño de la tierra y las cosechas). Las repasaba en la oscuridad nocturna como un enfermo mental, una a una, examinando con las yemas de mis dedos el repujado de cada cara, aletargado y temeroso de que faltara una.

El tiempo pasó. Varias veces me vi tentado a sacar una moneda para comprar más vino, o más carne, o más pan. Mariella y yo ya habíamos subido de peso, pero queríamos más, cada vez más. La codicia humana es tan fuerte que tarde o temprano devora a su recipiente. Ya no solo queríamos carne, ahora queríamos carne adobada con cerveza y papas. Y ya no queríamos solo una copa de vino, queríamos una garrafa completa. En dos ocasiones saqué dos monedas de oro de la sucia bolsa, pero cuando estuve en el umbral de la pesebrera recordé el hedor del demonio, la casucha horrible y arruinada, y al enfermizo buey... ¡Oh, el pobre buey! Entonces, invadido por el vertiginoso miedo, las devolví a la bolsa.

Pero mis bellos días se fueron con la primavera, pues no solo yo vivía en la pesebrera, y la falta de comunicación con la pareja es, en promedio, un catalizador para la tragedia. Ese día yo venía con dos baldes llenos de melaza para los cerdos, cuando vi que mi esposa venía feliz, saltando y con una gran sonrisa en su rostro sucio.

—¡No lo vas a creer! —dijo animada—. Adivina lo que encontré en el suelo de la pesebrera —añadió.

Entonces mi mundo empezó a menguar, engullido por un vórtice tenebroso. Temí, temí mucho, pues sabía que ella había encontrado las monedas. Solté los baldes y la tomé por los hombros.

—Dime que no sacaste las monedas de la pesebrera —le pedí con una infinita angustia.

Ella me miró, sorprendida y un poco temerosa. —Las llevé a la casa de tu primo —respondió. Esa noche estuvimos en vela. Yo ya había devuelto las monedas a la pesebrera, pero sabía bien que Baal no me perdonaría. Y, para mi terror, empecé a escuchar el buey a las tres de la mañana (de nuevo la mala hora). Mariella y yo nos miramos con temor y nos tomamos de las temblorosas manos.

—Le pediré que nos perdone —le dije a mi amada, mientras ella me devolvía la mirada, asustada y pálida.

Y, en ese momento, sentí un terrible hedor, un hedor agrio y nauseabundo que yo conocía bien. Sabía que él ya estaba allí, con nosotros, en la pesebrera, pero permanecía oculto. Miré a todos lados, a todos los rincones, pero no era visible. Encendí una antorcha, cuidando de no acercarla a la paja, y recorrí todo el recinto con lentitud.

—¡Por favor, perdónanos! Si quieres llévate de nuevo las monedas y déjanos en la miseria otra vez; pero perdónanos —grité mientras me acercaba a Mariella.

Y, casi de inmediato, vi cómo una imagen translúcida emergía del cuerpo de mi mujer. Tenía forma de esqueleto, pero era transparente y parecía un osario hecho de agua. Y vi una enorme

mano negra de largos huesos y uñas filosas asir esa figura esquelética y arrancarla con violencia del cuerpo de mi mujer, como si arrancara el alma de la carne. Casi de inmediato Mariella cayó desgonzada, sin vida, fría y pálida.

—¡No! —grité, intentando convencerme de que todo estaba bien. —¡Te lo ruego! —volví a gritar mientras tomaba el cuerpo vacío de mi amada, con sus labios ahora morados y su piel blanca, al tiempo que lloraba con desconsuelo y dolor. En solo segundos el hedor desapareció, siendo reemplazado por el olor a animales y heno. Supe que Baal se había ido con mi amada en sus monstruosas garras.

No pensé mucho, pues mi amor era grande. Así que salí corriendo de la pesebrera con la bolsa de monedas y la antorcha hacia la playa. Trastabillé varias veces, pero corrí apresurado sin mermar el paso. El buey se había callado, pero yo recordaba bien el camino hacia la casucha espantosa. Y en menos de una hora llegué a los lindes del bosque oscuro que trepaba las laderas de las montañas. Allí suspiré, descansé un poco y me llené de valor. Entonces, ya sin dolor en el pecho, empecé a subir la enigmática senda.

Temblando de frío y de temor, caminé en medio de la densa oscuridad con la antorcha en la mano, sintiendo el olor a madera húmeda y moho, hasta llegar a la casa entre los árboles. Allí la terrible pestilencia me causó náuseas, pues olía a carne podrida y azufre, pero estaba empeñado en devolver las monedas y recuperar a mi esposa. Me acerqué a la casa y vi amarrado al buey con cara de hombre, que respiraba de forma estertorosa y berreaba por el dolor y el cansancio.

Entré a la oscura casa y vi a Baal allí, con sus ojos amarillos y muertos mirándome, y sus cuernos y su barba larga, y sus fosas nasales húmedas y su esbelta y alta talla. Me miraba con detalle, pero sin expresión.

—¡Toma las monedas y deja a mi amada! ¡Por favor, devuélvemela! Ella no tiene la culpa —le rogué mientras me arrodillaba y le tendía la bolsa con las monedas.

El aterrador demonio me miraba fijamente, en silencio, anodino, lacerando mi alma y escrutando mi ser. Un aura roja parecía rodearlo en medio de la oscuridad.

—¡Por favor! —insistí mientras sentía dolor en las rodillas y frío en mi espalda.

Baal parecía una apestosa estatua de mármol negro, inmóvil, ajeno a este plano. Solo sus ojos brillantes se movían. Parpadeaba con parsimonia, pero no movía un solo músculo de su peludo y espantoso cuerpo. En ese momento apareció a su lado, casi transparente, el demonio Astaroth.

—Por favor, pagaré cualquier precio —le pedí con lágrimas en los ojos, al tiempo que miraba el espíritu recién llegado.

—¿Cualquier precio? —preguntó Baal con tono perverso, incluso sádico.

Entonces miré por la ventana quebrada el buey allá afuera, bajo el cielo nocturno y maldito, amarrado, con frío, con una expresión de hombre trastornado, y plagado de dolores y tortuosas enfermedades.

Y respondí: —Cualquier precio.

XV

—Cualquier precio —volvió a decir el viejo mientras se acomodaba en la cama, agotado y adolorido.

Su deterioro físico me obligó a pedirle de nuevo que fuera al médico.

Pero mientras padecía repitió: —Cualquier precio.

EL MAGO DE UR

Esta es la historia más horrible que he conocido. Aunque es muy antigua y tiene un tino bíblico, he de aclarar que nada tiene que ver con la Biblia; es incluso más terrible que las historias de Sodoma y Gomorra, los castigos del pueblo de Madián o la historia de Job. Su escritura es cuneiforme, y la tablilla donde está escrita muestra una antigüedad enorme, incluso tenebrosa. Es una tablilla muy parecida a la «Estela de los Cuervos», pero la supera en tamaño y misterio. Aunque se habla de ciudades sumerias como Umma y Ur, la ciudad donde se desarrolla parece no estar en ningún registro de la Mesopotamia antigua.

La historia inicia con la llegada de dos extranjeros a la ciudad de Kussur, que, según el escrito, quedaba a pocos kilómetros de la ciudad de Umma, entre los ríos Tigris y Éufrates. La pareja cruzó la calle en medio de la oscura noche y llegó a la casa de un alfarero llamado Natum. La puerta sonó con varios toques apresurados, así que Natum se levantó de la cama y abrió la puerta. Bajo la luna de plata vio dos figuras altas vestidas con sedas de colores (algo muy extraño en la ciudad). Eran un hombre y una mujer.

El hombre, barbado, fue quien habló con voz gruesa y severa. —Te pido que nos des estadía esta noche. Somos viajeros y vamos a Umma desde Ur. Estamos cansados y hambrientos.

—Hay un estadero cerca, señor —dijo Natum, al mismo tiempo que veía a su esposa Eana, que se había levantado de la cama. No quería extranjeros en su casa.

—Serás recompensado si nos muestras tu bondad —dijo el extranjero—. Pero la bondad tendrá algunas pruebas que debes pasar. Danos estadía y te recompensaré.

Natum vio las vestimentas costosas del extranjero, y miró a la joven que lo acompañaba. Era hermosa y muy joven, casi una niña. Era de baja estatura, delgada, y tenía un hermoso rostro visible tras un velo casi transparente. El demonio de la codicia intentó darle consejos a Natum, pero su acción fue impulsada más por la bondad de su esposa Eana, quien sin pensarlo pidió a los extranjeros que siguieran.

—La noche es fría y sabemos qué es tener hambre —dijo Eana—. Por favor, sigan y descansen. Les daremos comida sin buscar recompensa —añadió mientras tomaba a la jovencita de la mano y la hacía entrar a la casa.

Natum asintió. Aunque los hombres tomaban las decisiones y las mujeres callaban, la presencia de los extranjeros hizo que Natum simplemente consintiera la decisión de su mujer sin titubear. Además, algo en la presencia del extranjero lo inquietaba y, a la vez, le daba tranquilidad. Esta duda lo hizo aceptar.

—Quien da de comer a alguien con hambre nunca es olvidado por el hambriento —dijo el extranjero—. Cumpliré con mi promesa y los recompensaré; pero la recompensa tardará cinco días y cuatro noches en llegar.

—No hay necesidad de recompensa —aseguró Natum, impulsado por algún sentimiento de admiración hacia el extranjero. De repente, ahora veía en la pareja recién llegada un aura blanca de poder y bienestar. Aunque estaban hambrientos no estaban delgados, y aunque venían de viaje no estaban sucios ni apestaban. Por el contrario, apenas entraron dejaron en la casa la dulce fragancia de sus perfumes, cual incensario de una religión lejana. Se sentaron en el suelo a petición de Natum. Casi al tiempo, Eana llegó con dátiles y panes duros.

—Soy Ush, el Mago de Ur, y quien me acompaña es Inna —dijo el extranjero—. Como les dije anteriormente, vamos a Umma a advertir al rey sobre su ofensiva contra Lagash. Pero hemos sido acosados por varias personas que nos ven como una amenaza o un premio.

—Aquí estarán a salvo —dijo Natum sin pensarlo. Pero la verdad es que no había asimilado el peligro. Ignoraba que muchos habitantes de Kussur habían visto llegar al mago, y se preparaban para capturarlo.

Estuvieron hablando por varios minutos, pero Inna, la jovencita, permanecía callada. Estaba evidentemente preocupada, pues miraba la puerta como quien espera la ruina. Aunque tenía el velo, sus ojos expresivos mostraban terror.

El mago se dio cuenta de esto y le pasó unas plantas que sacó de su bolsillo. —Come y aprieta esta esfera con tu mano izquierda —le pidió mientras le pasaba una pulida esfera de cristal pequeña, de unos cinco centímetros de diámetro.

La joven tomó las plantas, las masticó y tomó la esfera con su mano izquierda. Casi de inmediato pareció entrar en un letargo, como si las hierbas la hubieran drogado. Mantuvo la esfera apretada por un tiempo, hasta que el mago se la quitó de la mano con delicadeza.

—Ahora su alma está en la esfera —explicó el mago al ver los rostros dudosos de Natum y Eana. Ninguno entendió la situación en el momento.

Entonces, cuando la noche era más oscura, unos golpes sonaron en la puerta. Varios hombres se habían aglomerado frente a la casa de Natum con palos y cuchillos. En Kussur los extranjeros no eran bien vistos, además había muchas supersticiones sobre los hechiceros.

—¡Danos al mago, Natum! —gritó uno de los furiosos hombres.

Los cuatro se levantaron de un salto, aterrados. Los corazones se aceleraron y las manos temblaron.

—¡Largo! —ordenó Natum a la turba sin abrir la puerta. Aunque era un alfarero y no un guerrero, Natum era valiente. Además, su admiración hacia los recién llegados había crecido.

—¡Entrégnalos al mago! —insistieron varias voces masculinas. Entonces patearon la puerta para tumbarla.

—¡¿Qué hacemos?! —preguntó Eana mientras miraba a la pequeña Inna.

Esta última lloraba de miedo mientras se aferraba al mago.

Natum, llevado por la adrenalina, fue a la parte trasera de la casa y volvió con una pala, presto a defender a sus visitantes. —¡No les entregaré al mago! —insistió—. ¿Para qué lo quieren?

—¿Acaso no lo sabe? —preguntó otro hombre—. Si se bebe la sangre de un mago se acaban los dolores, y si se come su carne se obtienen poderes y suerte.

Natum miró a Ush, que evidentemente estaba temeroso, y recordó el ritual que había hecho con Inna hacía sólo unos instantes. ¡Esos malditos querían devorar al mago! Pero Natum reaccionó y negó con la cabeza. —¡Eso no es cierto! —gritó.

El mago, al ver la acción de Natum, le puso la mano en el hombro. —Eres bondadoso, igual que tu esposa, y por eso serán recompensados —dijo, blanco del miedo. Entonces, tembloroso y lleno de un instinto monstruoso, tomó a Inna del cabello, le rasgó el velo del rostro y la arrastró con violencia hacia la puerta.

La jovencita lloraba. —¡No, señor, por favor! ¡Mi señor, no! —gritaba aterrada mientras se tomaba el cabello para zafarse, al tiempo que se retorció como una serpiente para huir.

Pero el mago parecía tener la fuerza de un león. Abrió la puerta con cierta facilidad y lanzó a la joven delgada y hermosa al suelo, de rodillas entre los hombres con antorchas y armas.

—Les doy a mi acompañante para que me dejen en paz. Pero si ella no sobrevive para

mañana, el dios Enki les castigará dependiendo de sus horas de sufrimiento. Quedan advertidos— dijo, y cerró la puerta.

La turba quedó paralizada al escuchar la potente voz del mago. Pero apenas se cerró la puerta volvieron a vociferar, los ánimos reverberaron y algunos hombres volvieron a la puerta para intentar tumbarla y comerse al mago; pero esta vez la puerta parecía ser de piedra, y no pudieron moverla ni un centímetro. Otros hombres, ansiosos y enfermos, se abalanzaron a la jovencita, le rasgaron la ropa y la ultrajaron frente a la casa de Natum.

—¡Señor! ¡¿Qué ha hecho?! —gritaba Eana mientras escuchaba a la jovencita gritar afuera. Se arrodilló frente al mago y le tomó los pies. —¡Señor, sálvela! —insistió sollozando. —Los estoy salvando a ustedes dos a cambio del bienestar de ella —dijo Ush mientras ayudaba a levantar a la mujer. La miró a los ojos y le mostró la bola de cristal—. Acá está su alma. Está a salvo, aunque su cuerpo sea vejado. Pero todos ellos pagarán esta blasfemia —añadió irritado.

Natum estaba inmóvil, temblando y con la pala bien aferrada. Sólo escuchaba los gritos cada vez más débiles de Inna y las risas de los terribles hombres que turnaban sus horrendos deseos. Finalmente, después de cuatro horas, todo fue silencio. El amanecer llegó y esos monstruos con cuerpos humanos se fueron a sus casas, extasiados y cansados.

Ninguno durmió en toda la noche. El mago estuvo sentado frente a la puerta durante todo ese tiempo, cabizbajo y en silencio, mientras parecía hablar solo (o con el alma de Inna). Natum y Eana simplemente esperaron a que todo acabara. Y, cuando todo fue calma, el mago abrió la puerta con gran facilidad, y vio a su hermosa jovencita tendida en el suelo, maltratada, con el cabello arremolinado y los labios secos. Nada quedó de la hermosa joven que llegó de Ur.

Inna abrió los cansados ojos con lentitud, y apenas vio al mago intentó levantarse, anduvo gateando como un animal hacia su señor, y apenas llegó a sus pies dijo: —Mi señor, ya he cumplido con mi misión de cuidarlo. Le pido que no me olvide.

El mago se apresuró a tomarla entre sus brazos, le limpió las mejillas y le secó las lágrimas. —No te olvidaré, Inna, y pronto estaremos juntos. Todos pagarán lo que te hicieron— entonces le mostró la esfera de cristal y dijo: —Ya puedes descansar.

Inna entonces dejó de respirar en los brazos de su señor, y su rostro cambió, pues el dolor desapareció. En vez, pareció una jovencita dormida plácidamente entre los fuertes brazos del mago.

Natum y Eana permanecían quietos mientras miraban cómo la joven moría. Entonces el mago levantó su cuerpo y lo ingresó a la casa. Su rostro pálido mostraba una ira terrible. Apretaba los dientes tras sus labios sellados, mientras tendía en el suelo a su querida acompañante. Inspeccionó por completo su cuerpo, crispó los dedos y dijo a Natum: —Necesito herramientas para cortar el cuerpo. Y necesito que me ayudes.

El alfarero, llevado por un infinito deseo de bondad y tristeza, aceptó. —Le diré al carnicero que me preste algunas herramientas, pero debemos hacerlo hoy. No creo que pueda prestarme sus herramientas más de un día.

—Un día es suficiente —dijo Ush sin dejar de mirar el rostro blanco e inerte de Inna. Sus ojos vacíos miraban al techo, y sus perfumes poco a poco dejaban su dulzura.

Natum pensó que el mago quería darle digna sepultura, por lo que, sin dudarlo, se apresuró a pedirle a un vecino carnicero utensilios para descuartizar bestias. El carnicero, que era uno de los monstruos que había pedido la sangre del mago, le dio las herramientas sin dudar. Ya no quería saber nada del mago, y ahora sólo quería descansar, pues estaba agotado por la terrible noche.

Cuando Natum llegó con las herramientas, Eana les dio algo de cerveza y algunas manzanas. Ambos hombres las comieron y, con la puerta de nuevo trancada, iniciaron una horripilante y agotadora tarea. El mago decapitó el cuerpo de Inna, mientras Natum, que no era experto, cortaba como podía las extremidades de la jovencita. A menudo se encontraba con huesos duros, y la sangre dificultaba la tarea, pues hacía más difícil asir la carne. La casa se llenó entonces de charcos rojos y densos, y las paredes se llenaron de sangre, como si la casa entera fuera un matadero. El mago y Natum quedaron bañados en sangre (aunque se habían quitado la ropa para la horrible empresa). Para el atardecer ya habían descuartizado a Inna en diez partes.

—Mañana irás al zigurat con la cabeza de Inna y le dirás al sacerdote que, como compensación por la pérdida de mi acompañante, exijo diez bolsas con monedas de oro y tres bueyes —dijo el mago, agitado y cansado.

Natum sintió escalofríos al escuchar esto. —Mi señor —dijo—, el sacerdote no aceptará nunca esa compensación. Incluso mi vida corre riesgo a causa de tal exigencia.

Pero Ush pareció ignorar el peligro. —Si él no acepta enterrar la cabeza en las higueras que quedan al sur de la ciudad. No debes cavar muy profundo, basta con que los carroñeros no la encuentren. Y dile al sacerdote que tiene cuatro días antes que Enki envíe cinco sirvientes.

Natum miró a su esposa, y temió, pero al ver el rostro severo del mago, aceptó. Al estar cerca de Ush se sentía valiente, respaldado por alguna magia, casi indestructible. Además, el ver los pedazos de Inna en su hogar lo llevaba a un mundo onírico de terror y angustia, del cual, sin certeza alguna, quería concluir con la tragedia para los causantes; y sabía muy en el fondo que todas estas instrucciones llevaban a la venganza.

—Iré mañana al zigurat y daré el mensaje, señor —dijo el alfarero. Su mujer lo miró entonces con orgullo y se sintió más enamorada de él, y el mago, gratamente agradecido, asintió.

Y así fue. Natum se levantó muy temprano, pues no pudo dormir bien a causa de la preocupación, y puso la cabeza azulada de Inna en un plato de barro. La cubrió con un paño y fue al zigurat, donde el sacerdote rezaba a Enki (no sin antes entregar las herramientas al carnicero). Su corazón palpitaba y sudaba del miedo mientras caminaba, pues exigirle algo a un sacerdote era peligroso. Anduvo por las calles terrosas de Kussur hasta llegar a la edificación. El zigurat tenía tres terrazas enormes, y se encontraba erguido en el centro de la ciudad. En la última terraza estaba el santuario.

El hombre subió las escaleras con lentitud, cada vez más asustado y fatigado, y con la cabeza de Inna en sus manos. Ya las moscas empezaban a rondar la cabeza, causando alrededor ese zumbido terrible. Además, el olor penetrante ya empezaba a inundar el entorno. Muchos adeptos que se encontraban en el zigurat empezaron a notar la peste, pero ninguno dijo nada.

Cuando Natum llegó al santuario, se apresuró a un sacerdote conocido por él que se encontraba en el interior, de rodillas y rezando a Enki.

—Mi señor —dijo Natum mientras manoteaba el aire para espantar las moscas—. No sé si ya se ha enterado de la llegada del Mago de Ur a mi hogar, pero me ha enviado con un mensaje. Quiero que sepa que sólo actúo como mensajero.

El sacerdote era joven y generoso, y conocía a Natum por viejos favores. Entonces asintió, se puso de pie y miró la cabeza bajo el paño. —Dime el mensaje y yo se lo daré al sumo sacerdote —dijo con bondad, aunque la cabeza de ojos blancos bajo el paño le daba asco.

—El mago desea una indemnización porque los habitantes de Kussur abusaron y mataron a su acompañante —dijo Natum mientras hacía entender que la acompañante era la cabeza de labios morados que tenía en sus manos.

El sacerdote meneó la cabeza. —El sumo sacerdote dirá que no, pero acaba con tu mensaje —pidió mientras volteaba la cara para evitar el olor a podrido.

—El mago exige diez bolsas con monedas de oro y tres bueyes. Si se acepta el pago dejaré la cabeza en este zigurat para que ustedes dispongan de ella.

—¿Y si no aceptamos?

—Tengo que enterrarla en las higueras del sur, según la instrucción del señor Ush.

El sacerdote se tomó la barbilla, pensativo por la extraña orden. —No puedo quedarme con esa cabeza, y el sumo sacerdote no aceptará realizar el pago —aseguró.

—El Mago de Ur dice que, si no acepta, en cuatro días Enki enviará cinco sirvientes.

Esta afirmación hizo que el sacerdote cambiara de semblante. Él temía a la furia del dios Enki, y no quería sufrir bajo su voluntad. —Si, digamos, decidimos dar el pago, ¿a dónde lo llevamos?

Esta pregunta tomó por sorpresa a Natum. No esperaba hospedar a Ush más días. Esperaba que después de enterrar a Inna, el mago siguiera su camino a Umma. Pero, sin tener una respuesta clara, dijo: —Lleven el pago a mi casa.

El sacerdote asintió y, dando un último vistazo a la cabeza, dijo: —Debió ser una niña hermosa. Ve y entiérrala en las higueras. Pero no vuelvas, pues el sumo sacerdote no es tan piadoso como yo. Le daré tu mensaje, pero estoy seguro de que entrará en cólera. No te acerques durante esos cuatro días al santuario. Si durante ese tiempo no sucede nada olvida el pago y aconséjale al mago que escape de Kussur.

Natum entendió y se sintió más tranquilo, pues su empresa había salido bien. Había cumplido con dar el mensaje y aún tenía su cabeza sobre sus hombros. Ahora sólo quedaba ir al sur para enterrar la cabeza y todo acabaría.

Bajó la escalera del zigurat y caminó con la apestosa cabeza bajo el terrible sol de mediodía hasta llegar a las higueras del sur. Allí se tomó su tiempo para encontrar una buena sombra y se dispuso a enterrar la cabeza. Cometió el error de no llevar pala, pero, para su fortuna, allí la tierra no era muy dura, por lo que pudo abrir un hueco con algunas piedras y con sus propias manos. Sin embargo, bajo el calor del día tal tarea era fatigante. Además, el hambre ya lo abordaba. Pero logró enterrar la cabeza antes que el dorado crepúsculo invadiera el horizonte.

Cuando volvió a casa vio al mago comiendo algunos dátiles en el suelo de la sala. Eana había salido por agua para acabar de limpiar la sangre de las paredes y el suelo.

—Ya enterré los nueve pedazos de mi querida Inna. ¿Aceptaron la compensación? —preguntó Ush.

Natum meneó la cabeza. —Enterré la cabeza en las higueras. Espero que los animales no la desentierren —dijo. Ya se sentía más tranquilo, aunque estaba exhausto.

—Te diré qué sucederá antes de irme —dijo Ush—: Mi amada Inna sufrió cuatro horas, por lo que en cuatro días Enki enviará su venganza. Serán cinco quienes lleguen, y arruinarán Kussur. Debes quedarte en tu casa y poner este amuleto en tu puerta para que ellos no entren—. Entonces le dio un pequeño amuleto de bronce con una figurilla de un ojo con cuatro alas alrededor.

Natum tomó el amuleto y asintió.

—Al ver a los enviados de Enki, los sacerdotes sabrán de su error. En ese momento tendrás la recompensa que te prometí. Al quinto día vendré a despedirme—. Entonces el mago se levantó y abrazó con bondad a Natum. —Gracias por todo —dijo—. Te recomiendo que, después de recibir tu pago, vayas a Umma y hagas allí una nueva vida; pero esa decisión es tuya y de Eana. Allá te recibiremos con los brazos abiertos.

—¿Quiénes? —preguntó el alfarero.

—Nosotros —dijo Ush sonriendo. Entonces suspiró y abrió la puerta—. Nos vemos en cinco días —aseguró el mago mientras salía de la casa.

Natum pareció descansar por fin. Ya había hecho su tarea, y ahora podía volver a su humilde vida de alfarero. Aunque en sólo dos días habían sucedido cosas terribles en su casa, ahora todo había terminado. La verdad es que no esperaba compensación ni recompensa por su tarea, sólo quería descansar y volver a la normalidad con su amada esposa.

Pero nada volvió a la normalidad. Los días pasaron y los rumores de la ida del mago invadieron la ciudad. Durante los próximos tres días nadie estuvo interesado en Natum, y poco se mencionaba el asesinato de Inna. Pero llegó el espantoso cuarto día, y con él la tragedia y el horror.

Natum, obediente, había colgado en su puerta el pequeño amuleto. Él y Eana estaban en su hogar, cuando a eso de las tres de la tarde sonó una trompeta tempestuosa, un sonido poderoso que llegó a toda la ciudad como un clamor de muerte y ruina. Nadie nunca había escuchado sonido igual, y, lo peor, era que provenía del cielo, como si horrores primigenios descendieran de las estrellas lejanas y sin nombres.

Natum y Eana salieron de la casa para mirar lo sucedido, y se dieron cuenta de que la ciudad estaba en caos. La gente corría de un lado a otro, escapando hacia todos lados. Los niños lloraban y los perros ladraban, las vacas mugían y los árboles se sacudían de un lado a otro, halados con violencia por vientos que no tenían sentido alguno, pues iban y venían de todos lados, como si muchas tormentas de arena rodearan la ciudad.

Casi de inmediato empezó el suplicio para los blasfemos: cada uno de los hombres que habían abusado de Inna empezó a sentir un intenso dolor en su entrepierna. A tal punto que todos empezaron a arrodillarse, incapaces de caminar. Y, de repente, sus carnes empezaron a derretirse como si fuera barro. La carne y la piel de sus entrepiernas empezaron a caerse entre sus pantalones como líquidos, o entre sus dedos. Parecía orina, pero eran pedazos enteros derretidos de sus miembros. Empezaron entonces a temblar y a sudar de dolor, y a gritar con fuerza. Era tan intensa la sensación que los segundos se volvieron minutos, y los minutos horas. El miedo desapareció de esos abusadores, y el hambre y la sed, y el cansancio y el

calor; todo fue reemplazado por ese terrible dolor por el derretimiento de sus sensibles miembros. Hasta que sólo quedó un hueco de carne viva expuesto entre el abdomen y los muslos, hueco infectado por arena y atacado por torrentes de moscas que se apresuraron a poner sus larvas en la carne palpitante. Todos los violadores, sin excepción, aclamaron la muerte para descansar de tal tortura; pero nadie les dio muerte, pues todos estaban aterrorizados y ninguno se detuvo para darles la paz eterna. Todos los abusadores padecieron durante cuatro días, castigados por las cuatro horas que abusaron de Inna. Al quinto día después de llegada la maldición, todos murieron presas del dolor.

Pero mientras los violadores sufrían el terrible derretimiento de su hombría, encorvados e inmóviles por el dolor, la ciudad de Kussur recibía la visita de los sirvientes de Enki. Después del clamor de la trompeta aparecieron cinco seres tenebrosos sobre la ciudad, enormes como casas, claramente ajenos a este mundo. Quizá fueron la inspiración de los ángeles, pues eran alados; pero en nada se acercaban al arte renacentista (esta observación la incluyo, pues no hace parte de la tablilla). Los monstruos constaban de un ojo enorme y repugnante inyectado de sangre, que parpadeaba lentamente y miraba hacia abajo, hacia la ciudad, como escrutando las almas que corrían y gritaban desesperadas. Y alrededor del horrible y nauseabundo ojo había cuatro alas enormes y blancas que se batían lentamente, levantando arena y sacudiendo las copas de los pocos árboles del rededor. La ciudad empezó a llenarse de un hedor amargo, claramente proveniente de esos seres alados, y los fuegos empezaron a aparecer por todo Kussur, consumiendo bestias y calcinando humanos.

Y sobre el zigurat había una calamidad diferente a las otras cuatro: Un poderoso ángel deforme y horripilante que parecía estar envuelto en un aura púrpura de desesperación y angustia. También tenía cuatro alas, pero su forma era más humana, pues tenía cuerpo. Sin embargo, sobre sus hombros descansaba una cabeza con tres rostros, dos a los lados y uno al frente. Ninguno de los rostros tenía ojos, ni fosas nasales ni boca; parecían máscaras inexpresivas y a la vez terroríficas. Sólo se movían sus alas, lentamente, como alejado del mundo e inundado en otra dimensión; pero a la vez esa falta de acción le daba un aspecto siniestro. Ese sirviente terrible enviado por Enki fue la última visión de toda la ciudad. Después de su aparición todo fue oscuridad y caos, y muchos murieron de miedo y terror, y otros por el fuego, y los abusadores por la maldición.

Natum y Eana entraron a su casa mientras Kussur entraba en pánico. Allí estuvieron encerrados por horas, mientras escuchaban el clamor y la angustia de quienes intentaban escapar de la ciudad. El hedor se fue incrementando a tal punto que causó náuseas en la pareja, pero la peste y la enfermedad no cruzaron la puerta. Los gritos y el caos duraron toda la noche.

Cuando la mañana llegó, tocaron a la puerta del alfarero. Natum abrió y vio que era el joven sacerdote del zigurat, acompañado de algunos guardias y tres bueyes.

—El sumo sacerdote ha muerto y ya no hay nada para nosotros en Kussur —dijo el sacerdote mientras miraba el destruido zigurat—. He aquí tu pago. Me he tomado el atrevimiento de compensar al mago de Ur.

Natum tomó las diez bolsas de oro que el sacerdote le dio, y dio las gracias. —¿No lo castigarán por esto, señor? —preguntó.

El sacerdote joven meneó la cabeza, miró de nuevo la ciudad arruinada y dijo: —No hay quien me castigue. Voy a Uruk con mi familia. Te recomiendo que también abandones la ciudad, pues nunca volverá a ser próspera después del castigo de Enki —añadió, y sin más, siguió con su séquito hacia el sur, hacia la ciudad de Uruk.

Natum simplemente no lo podía creer. Miró a Eana y se abrazaron, agradecidos de haber sobrevivido el terrible castigo del dios.

—¿Crees que el mago vendrá por el pago? —preguntó la mujer.

—Si viene, se lo entregaré, pues es su compensación por la pérdida de Inna —respondió Natum con seguridad.

En ese preciso momento tocaron de nuevo la puerta de la casa. Al abrir, Natum y Eana quedaron sorprendidos, gratamente sorprendidos, y una enorme felicidad invadió sus almas. Allí estaba Ush, el mago de Ur, acompañado de la hermosa Inna, con sus sedas impecables y su velo sobre el bello rostro.

Eana miraba a la jovencita con detenimiento. —¿Estás bien? —preguntó asombrada.

Inna le respondió con una hermosa sonrisa en el fino rostro tras el velo: —Estoy bien. Nada me pasó esa noche. Siempre estuve en manos de mi señor.

Entonces el mago sacó la esfera de cristal y se la mostró a la pareja. —Ella siempre estuvo aquí. El resto fue sólo un cuerpo vacío que infectó a los abusadores y los hará sufrir durante cuatro días, ni más ni menos. Pero ese dolor los hará visitar el infierno en vida.

Natum, incapaz de aguantar la felicidad, abrazó al mago y a la joven, y dijo: —Me alegro de que estén bien. He aquí la indemnización de la ciudad —explicó mientras le mostraba los bueyes—. El oro lo tengo dentro de la casa.

Pero Ush meneó la cabeza. —Me llevaré un buey, pues lo necesito para mi viaje; pero el resto es de ustedes. Esta es la recompensa por tu bondad, y por la bondad de Eana. Ahora son ricos, y pueden ir a cualquier ciudad. Es mi forma de agradecerles.

Natum y Eana se hincaron ante el mago, que con una sonrisa dio media vuelta y tomó a un buey de las riendas. —Espero verlos pronto —dijo con profundidad.

Inna, hermosa y rodeada de dulces fragancias, abrazó de nuevo a Natum y a Eana, y con gran alegría se despidió de la pareja, siguiendo a su señor hacia el norte, hacia Umma, donde sería suma sacerdotisa, pues había pasado la prueba que Ush le había puesto. Así termina la historia del Mago de Ur.

En la tablilla se realizan más menciones que pueden servir como pistas, pero hay menciones confusas. Por ejemplo, se vuelve y se menciona a Ush el Mago, pero esta vez se cita como sirviente del rey Enmerkar que, según la lista de los reyes sumerios, fue el segundo rey de Uruk y gobernó por 420 años (antes del relato de la epopeya de Gilgamesh). Pero Enmerkar gobernó Uruk, mientras Ush nació en Ur, por lo que esta mención puede o no ser al mismo mago.

Por otra parte, la ciudad de Kussur sólo es mencionada en esta estela, pero no se encuentra en ninguna otra fuente. Por lo cual se cree que Kussur (si en verdad existió) fue destruida antes del 2500 a. C., antes del relato de la «Estela de los Cuervos».

Finalmente, los sirvientes del panteón mesopotámico son conocidos como los Anunnaki, pero en la tablilla es clara la descripción de los horrendos ojos alados, y del esperpento gigantesco y grotesco que se posicionó sobre el zigurat de Kussur y lo destruyó. Esta

descripción no coincide con ninguna otra encontrada de los Anunnaki, y deja varias preguntas para los investigadores.

Ninguna otra tablilla cuneiforme ni ninguna otra fuente antigua mencionan a Natum, Eana, Inna o al Mago de Ur.

XVI

—Parece una historia contada por un historiador —le dije, admirado por su magna narración. El viejo sonrió, agradecido. —Mañana te contaré la última historia, y entenderás en su momento el motivo de mi partida. Ahora me doy cuenta del peso de sus palabras.

VALANE

Esta historia nace de un misterio terrorífico que no pude resolver sin ayuda de Valane, pero el precio que pagué por su solución fue tortuoso y maligno. Y, aun así, el misterio ocurrido en la selva tropical no es el protagonista de esta historia; sólo es el catalizador que me llevó a sumergirme en los terribles hados que narraré a continuación.

Todo inicia con la desaparición de un anticuario millonario llamado Luis Castelano. Él, embriagado por cierta excentricidad, decidió ir a la selva en busca de algo; pero desconozco qué. Pudo ser alguna bestia desconocida o algún ritual indígena; lo cierto es que nunca sabré qué lo llevó a internarse durante un mes en la espesura verde y húmeda. El caso de su desaparición no hubiera tenido tanta cobertura si su irresponsabilidad no hubiera dominado su escasa inteligencia, pues llevó consigo a su pequeña hija Matilda y a su perro Persa. ¿Qué pensaba ese idiota al llevar a una niña de ocho años a la muerte verde?!

Tras casi un mes entre la espesura de la selva, en una de sus excursiones, Luis, la niña y el perro no volvieron al campamento cerca del río. Los nativos y los guías se alarmaron, por lo que al día siguiente iniciaron la búsqueda. Duraron más de dos semanas buscándolos por todos los senderos, hasta que finalmente los hallaron. Al parecer, el anticuario se había desorientado, dejando perder el camino y arrastrando a su hija y a su mascota a un terrible final.

Pero en este momento inicia el misterio, pues, aunque esperaban encontrar una carroña madura, lo que encontraron los guías fue un cuerpo calcinado por completo. Del excéntrico hombre sólo quedaban las dos piernas hasta las rodillas y su brazo izquierdo; el resto eran cenizas que formaban una silueta humana llena de carbón. Ni siquiera los huesos habían aguantado las llamas, que parecían haber sido invocadas desde el Averno en medio de esa espesa selva. Alrededor, el hedor a carne y pelo quemado se estancaba entre los cerrados ramajes del rededor.

A dos kilómetros del cuerpo incinerado, en la cima de una cuesta verde y agreste, se encontró el cadáver de la pequeña Matilda Castelano. Su pequeño cuerpo, en posición fetal, estaba morado y tenía varios mordiscos en sus brazos y en sus piernas. Y, a pocos metros, estaban los restos de Persa, que también tenía algunas marcas de dientes y garras en su negro pellejo.

¿Qué había sucedido? ¿Cómo un cuerpo puede llegar a convertirse en ceniza y miseria? ¿Quién los había atacado? ¿Qué había devorado parcialmente a la niña y al perro? ¿O acaso el perro fue quien atacó a la niña? Es aquí donde se empieza a trenzar la realidad con la fantasía.

¿Y yo como encajo en este caso? Este caso no vino a mí por medios convencionales (como ninguno de los misterios que he resuelto), vino a mí por mi milagrosa exactitud y mis espléndidas virtudes. Aunque muchas veces me han propuesto que trabaje como investigador

para la policía, o investigador privado, me limito a ayudar a mi amigo Billar con casos extraños; aunque no desprecio un succulento pago por resolver misterios.

Edwin Billar es un detective de la policía que conozco desde la infancia. Yo, que heredé gran fortuna, nunca me vi impulsado al trabajo administrativo; pero la solución de casos sin resolver siempre se me dio como una complacencia salvaje. Mi imaginación, acompañada de mi increíble deducción, me permitió ver pistas claras donde nadie las veía. De esto era consciente mi amigo Billar; y por eso me pedía que lo ayudara a resolver casos complejos a cambio de un pago como asesor. El pago pocas veces me importó, pues me gratificaba más la resolución. El tener la razón en una deducción funcionaba para mí como un narcótico maravilloso, y elevaba mi ego y mi autoestima a niveles montañosos y espléndidos. De haber conocido mis deducciones, Agatha Christie y Conan Doyle estarían orgullosos.

Billar llegó con el caso de Luis Castelano y su hija Matilda a mediados de mayo, un caluroso mayo. Las pistas eran pocas, y las conclusiones lógicas estaban mezcladas con historias fantasiosas e irracionales. Unos decían que el hombre había pisado una mina, lo cual descarté de inmediato al ver el estado del cuerpo (o mejor la falta del cuerpo). Otras pistas llevaban a una combustión espontánea, término que nunca llegó a ser una conclusión científica. La combustión espontánea se puso de moda durante cierto tiempo, pero nunca se llegó a probar su existencia; y yo, que me baso en la evidencia, la descarté por completo.

Entonces, a causa de la falta de pistas, empezaron a germinar ideas absurdas. La primera fue una historia donde la niña se había convertido en un licántropo y había devorado a su padre y luchado contra el perro (lo que explicaría las marcas en Matilda y Persa). Otra historia decía que el perro era quien había devorado al hombre y la niña. Una idea aún más descabellada decía que habían sido asesinados por una tribu nativa y desconocida. ¡Ni hablar de las historias de extraterrestres!

Pero una de esas tontas hipótesis llamó mi atención. Decía que el anticuario había estudiado nigromancia y que había sido hechizado. Esta loca historia dejaba por fuera a Matilda y al perro; pero explicaba la cicatriz en forma de equis en la palma de la mano izquierda del anticuario. ¡Este detalle sí era importante! No me importaba nada más de esa ridícula historia. En efecto, Billar me mostró fotografías del brazo y sí tenía una marca en equis hecha por un cuchillo y, para mí, autoinfligida. ¿Por qué se cortaría la palma de la mano de esa manera? ¿Acaso la locura lo había llevado a autolesionarse de esa manera? ¿O quizás deseaba escribir algún mensaje y no tenía tinta? A partir de esta cortada inició mi investigación.

Pedí a Billar todas las evidencias relacionadas con el caso. También investigué la vida de Castelano, tanto familiar como laboral. De esta manera, llegó a mí un soleado viernes, una agenda que había dejado en el campamento. La letra del hombre era horrible y casi indecifrable. Allí anotaba ideas vagas y temas sin importancia. También anotaba ciertos horarios y proyectos que tenía en mente. No encontré nada referente a Matilda ni a su perro; por lo que para mí aún es un misterio el motivo por el cual llevó a la niña y al can a la violenta selva. Y, sin embargo, en medio de esos escritos, encontré un nombre que llamó mi atención: *Eddas magnas*.

Yo ya había escuchado ese nombre, y se decía en algunos círculos que eran unos libros que describían la historia de un mundo fantasioso y lejano; pero nunca los había leído. Así que empecé a buscar esos libros por todos lados, hasta en los sitios más recónditos; esto para despejar un poco mi mente y dejar que ésta encontrara soluciones en segundo plano. Pero, para mi sorpresa, no conseguí nada sobre las *Eddas magnas*.

Volví a la libreta. Entonces encontré una verdadera pista: además de la mención de los libros, había un pseudo ritual donde se abría un supuesto portal a una tierra lejana e interdimensional. Olvidé por un momento a Luis y me enfoqué en el portal, sólo por curiosidad académica. El ritual era sencillo: se debía dibujar un cuadrado en una pared o en el suelo, en él dibujar siete palabras de un idioma desconocido y letras extrañas; unos símbolos que juro me recordó el manuscrito Voynich. Y, cuando ya se estuviera en el interior del recuadro, frente a las siete palabras, se debía realizar un corte en la mano izquierda a modo de equis. ¡El corte! ¡Esto sí era una pista! Sin embargo, se decía que para que el ritual funcionara se debía conocer la historia de las *Eddas magnas*.

Era para mí más que obvio que Luis conocía el ritual y, por algún enigmático motivo, había intentado realizarlo. Esto me encaminó hacia la dirección de la locura del hombre; pero el cuerpo carbonizado me impulsaba a saber más sobre el tema. Así que le pedí a Billar que citara una reunión con los familiares de Castelano, para que me permitieran una visita a la casa del anticuario y allí profundizar en la investigación. Después de un poco de insistencia, la familia estuvo de acuerdo.

Tomé un vuelo y fui a la casa del viejo. Era una casa blanca y grande en un suburbio bello de rejitas blancas y jardines coloridos. La hermana de Luis me recibió y me puso como única condición indicarle qué deseaba llevarme, imagino que para una última inspección. Fui a su biblioteca y, aunque estaba preparado para una ardua tarea sumergida en cientos de tomos y papeles; en verdad fue una empresa sencilla. Los encontré en el primer estante, de lomos negros y letras doradas. Eran cinco tomos y todos decían *Eddas magnas*. Le pregunté a la mujer si podía llevarme esos libros y ella, sin pensarlo mucho, aceptó.

Debo aceptar que fueron historias divertidas de lo que en la actualidad se puede definir como «fantasía oscura», con algunos momentos heroicos, fuertes batallas y grandes aventuras; pero nada explicaban sobre hechicería, portales o rituales ocultos y olvidados. Aun así, disfruté de su lectura.

Apenas terminé el último libro, me preparé un sándwich y me dispuse a seguir las tontas indicaciones anotadas por Luis en su agenda. Hice un cuadro con tiza en la pared, escribí las siete extrañas palabras, hice un corte en equis en mi mano izquierda y puse ambas palmas en el recuadro. Al principio permanecí ansioso, esperando un extraordinario evento lleno de fosforescencias, un estado que me ayudara a resolver el misterio de Luis; pero por el contrario empecé a sentirme adormilado, como si varios venenos me hubieran embriagado, sumergiéndome en un aroma de vinos y fragancias dulces. Mis párpados empezaron a cerrarse, mis brazos y mis piernas me pesaron como el concreto, y un mareo dominó mi soporosa testa. Hasta que, al parecer, caí desmayado.

Cuando abrí los ojos me vi derrumbado en medio de un bello bosque, bajo un día cálido y brillante. Una fresca brisa se colaba entre los ramajes y me refrescaba el rostro. Pero era un bosque extraño, de matices y colores extraterrestres. Los enormes árboles, de especies desconocidas, eran vetustos y enormes, y el bosque entero parecía ser milenario. El olor a moho y a madera húmeda proliferaba en el viento, y las ramas se mecían mientras generaban ese sonido majestuoso y tranquilizante. Supe de inmediato que me encontraba en una situación voluble y antinatural. Me sentía vulnerable, lejos de casa, muy lejos, y me sentía solo.

Llevado por un deseo inexplicable, empecé a caminar entre los troncos en una dirección fija, con el valor amedrentado. Cualquier sonido me causaba temor, pues imaginaba el ataque sorpresivo de alguna bestia mitológica. Permanecí en ese estado alterado hasta que el cansancio empezó a reemplazar la adrenalina. Empecé a sentirme fatigado, las piernas empezaron a temblarme y las manos, cortadas por los ramajes a los que me agarraba, me ardían.

Caminé durante varias horas bajo las sombras del dosel rojizo y verde, hasta llegar a un claro enorme que se abría en un círculo casi perfecto. Me envolvió la fragancia a rosas, al tiempo que frente a mí se erguía, amenazante y hostil, una torre grisácea y pétreo, como un coloso que se inclinaba hacia mí con la curiosidad de un niño por una hormiga. La poderosa edificación que despuntaba en el cielo azul parecía ser una antigua torre del homenaje de un castillo medieval; pero tenía una arquitectura enigmática: sus ángulos eran exagerados, casi deformes. Si se seccionaban el portón, la muralla, la base y el techo se podía ver una obra horrenda; pero en conjunto la torre se veía majestuosa.

Me acerqué, pues necesitaba saber dónde estaba (aunque en medio de mi delirio ya tenía mis hipótesis), y caminé alrededor del muro alto y arruinado por varios minutos. Era evidente que la torre era antigua, terriblemente antigua, y estaba en un claro estado de abandono. Quizás nadie viviera allí; pero debía averiguarlo. Así que caminé un poco más hasta que me encontré con una grieta en el muro lo suficientemente ancha para entrar. Descansé un poco antes de ingresar. Me senté en el pasto tupido y respiré profundo. Entonces miré el cielo y me di cuenta de que, para mi sorpresa, dos soles iluminaban la bóveda azul. Uno de los soles era rojo y el otro amarillo; y parecían dos ojos flamantes que miraban con perspicacia el mundo acá abajo. Respiré con calma bajo los dos soles y disfruté del viento frío y pasajero, me armé de valor e ingresé por la grieta.

Al entrar, bajé una pequeña cuesta (quizás un pozo antiguo que protegía la torre), y posteriormente subí una pendiente hasta llegar a un lugar extraño. Allí había muchas flores de muchos colores y muchos aromas dulces, lo que contrastaba con la ruina y el abandono de la muralla exterior. Aquel bello jardín causaba en mí una fría consternación, pues parecía una hermosa perla en medio del oscuro abismo. Y, a medida que me acercaba a las flores, vi que algunas piedras sobresalían de los brillantes pétalos. Eran piedras pulidas y redondas, como pelotas que formaban cuadrillas. Y, bajo las bolas de piedra había placas, una por cada esfera. En cada fría placa había palabras, quizá nombres, en un lenguaje indescifrable. No

era árabe, ni romance ni mandarín. Supe entonces que estaba caminando sobre un camposanto, y que bajo mis pies cansados no había más que carne deshecha y huesos podridos. Y reafirmé mi teoría al ver una pequeña capilla recostada contra la base de la torre. Como no había cruz alguna, supe que el cristianismo no había tocado esa región.

Continué mi camino hasta encontrar por fin el portón de la torre. Era de madera, con taches y púas de metal negro, y una aldaba con una forma de algún demonio abominable custodiaba la entrada. La puerta estaba entreabierta, por lo que ingresé sin anunciarme. Apenas lo hice vi que a la derecha había unos grilletes (una ubicación por lo menos extraña para mantener un prisionero), y al fondo se veía una escalera en caracol que doblaba hacia la izquierda y se perdía contra el muro donde se recostaba. No había muchas opciones, así que ingresé y empecé a subir la escalera de piedra.

Anduve casi a ciegas mientras ascendía, tanteando con los pies cada peldaño. Aunque de tanto en tanto una ventana dejaba entrar la luz del día, gran parte de la torre estaba a oscuras; y oscuros eran los recodos y los rincones. Mis pasos formaban ecos sonoros, y eran lo único audible. A excepción de mi agitada respiración y mis lentos pasos, no escuchaba nada más. Después de varios escalones, llegué a una estancia amplia que tenía algunos muebles viejos y llenos de agujeros a causa de las termitas. Algunos de los muebles estaban cubiertos por telas amarillentas, otros simplemente estaban cubiertos de polvo. Sin embargo, era obvio para mí que eran muebles lujosos y de esplendores pasados. Crucé la estancia y continué mi ascenso por otra escalera, esta vez recta y abovedada. No era visible nada en su interior, por lo que la subí completamente a oscuras. Era tan densa la oscuridad que me sentía ciego aun con los ojos abiertos. Quien nunca ha sufrido el abrazo de las tinieblas absolutas podrá entender el nerviosismo alterado que la negrura causa.

Ya bastante asustado, continué con los brazos extendidos hasta ver un pequeño viso gris. Al acercarme me di cuenta de que era una nueva sala, más amplia que la anterior y rodeada de ventanales sucios y marcos oxidados. También había allí algunos estantes y sillones; y en uno de los sillones voluptuosos reposaba una mujer rubia y llamativa que perdía su mirada en una ventana y acariciaba el lomo de un gato que ronroneaba en su regazo. En la otra mano sostenía una gran copa de vino.

—¡Hola! —dije con torpeza mientras me acercaba a la despampanante rubia y sentía su perfume rondar el aire.

Y cuando esta volteó a mirarme, mi voluntad, mi genio y mi inteligencia se vieron superadas por aquella belleza portentosa de ojos verdes y piel blanca y tersa.

El gato saltó del regazo de la mujer, mientras esta me invitaba a sentarme en un sillón frente a ella. Sus facciones eran extranjeras, pero no pude deducir cuál era su origen. Aunque era rubia, no era nórdica ni caucásica; pero era la mujer más bella que había visto en mi vida. Por lo dicho antes, dudé que entendiera mi idioma.

Y, sin embargo, me dijo con excelente acento: —¡Hola! Siéntate, por favor, que debes estar cansado.

Me tranquilicé mucho al escucharla. Pero, además de tranquilidad, me sentí dominado, hipnotizado como un borrego por el tono dulce de su voz, una voz casi musical. Así que, como un acólito drogado, me senté frente a ella, tal como me había ordenado.

—Siéntete bienvenido a mi humilde morada —dijo la rubia—; pero te pido disculpas por el estado de la torre. En estos tiempos no es fácil contratar a la servidumbre, aunque debo esforzarme más, ya que durante los últimos días he recibido más visitas de las esperadas.

Arrastraba las palabras, por lo que deduje que estaba ebria. —No te preocupes por esas pequeñeces —respondí—. Pero me gustaría saber...

—Lo sé —me interrumpió de manera abrupta, aunque dulce. Su actitud era extraña, pues parecía fingir la gentileza de una niña de catecismo; pero en sus ojos de esmeralda parecían asomarse siglos de experiencias.

La detallé mientras tomaba un sorbo de vino. Me bastaron segundos para recorrer con mi aguda mirada a la extraña anfitriona: su cabello parecía un río de oro fundido que llegaba hasta sus hombros, sus ojos verdes brillaban y sus facciones simétricas le daban una belleza escalofriante. Su cuerpo era curvo, y lo cubría con un vestido negro y escotado, de espalda destapada y falda larga. Era claro que poseía gran riqueza, pues el vestido era de seda, las joyas costosísimas y el maquillaje con el que se adornaba parecía profesional, como si tuviera un ejército de ayudantes que la ayudaban a lograr tan absurda hermosura.

Ella entonces me miró con cierta fijación, escrutando con perspicacia mis pensamientos, y dijo para mi pesar: —Desde aquí puedo ver cómo hierve tu deseo—. Hizo una pausa y olfateó levemente el aire. —Casi puedo olerlo.

Mi cuerpo rebotó de una vergüenza aplastante. Aunque nunca había visto mortal tan bella, no podía creer mi falta de recato y mi poco disimulo. Sentí la sangre sobre mi rostro a causa de la incómoda frase de la extraña.

Ella sonrió, engreída, y continuó: —Sé a qué has venido...

—¡No vine por ti! —interrumpí yo esta vez, con el orgullo espoleado e intentando alejar mi fascinación lo más posible de su misterioso radar.

—Lo sé. No viniste por mí; de hecho, me atrevo a decir que ni siquiera sabes dónde estás. Viniste para saber qué le sucedió a Luis Castelano.

Abrí los ojos por la sorpresa al escuchar el nombre. Era verdad, ella sabía el motivo de mi visita.

—Luis se encuentra aquí, en la torre. Si deseas, puedes hablar con él.

—Me gustaría. Pero primero me gustaría saber dónde estoy.

—Deberías saberlo, pues para llegar hasta este sitio por medio del portal debes haber leído las *Eddas magnas*.

—Las *Eddas magnas* tienen muchas historias, y muchos protagonistas —respondí de manera astuta y evasiva. Sabía que en uno de los libros se mencionaba a una rubia y a una torre; pero no recordaba bien la historia ni el nombre de la mujer.

Ella sonrió. —¡Qué respuesta tan prudente! —dijo, tomó de un sorbo el vino que le quedaba en la copa y añadió: —Estás en la Torre del Vampiro, lo que antes se llamaba La Torre de la Doncella; pero los tiempos cambian.

Escarbé en mis recuerdos, pero no pude recordar nada de la Torre del Vampiro. Sólo podía verla a ella, con sus labios de fresa y sus ademanes delicados. Su belleza, su aplastante belleza, opacaba todo el rededor, incluso lo oscurecía. No podía enfocarme en la estancia, ni el portal, ni en Luis ni en su misteriosa desaparición... sólo me enfocaba en ella, en el perfume dulce que le rondaba la carne, en sus voluptuosidades atrayentes y en sus ardorosas

sutilezas. Su presencia despertó en mí un infernal llamado, acompañado de una tribulación causada por mi falta de voluntad.

—¿Acaso deseas que te bese? —me preguntó de repente, sacándome de mi lúbrico sopor y mofándose de mi miserable estado.

Me sacudí, ofendido más conmigo mismo que con ella, y dije: —¡No soy un primate que no puede controlarse! ¡Qué actitud tan presumida!

Ella volvió a esbozar una sonrisa siniestra con sus labios rojos. —¿Acaso no tengo motivos para tener una actitud presumida?

Callé, pues no pude refutar.

—¡Claro que soy presumida! —exclamó alegremente, como si nos conociéramos desde hace años. Ya no hablaba lento; de hecho, parecía que los vapores del vino habían desaparecido (o había simulado su ebriedad). —Soy bella, lo suficiente para que mis peticiones sean órdenes. Mi voz coqueta o infantil es mandato para los hombres que la escuchan. Siempre he conseguido el favor y la bendición de quien deseo, y he atraído la mirada de toda la raza humana. La belleza es poder, y la mujer que no es hermosa se torna invisible. No voy a mostrarme ante ti como la joven humilde que no sabe el poder que tiene. Las mujeres saben, por conocimiento de causa, que la arrogancia molesta a los hombres. Las mujeres que se muestran irresistibles se tornan insoportables. Ningún hombre aguanta la petulancia, aunque la belleza sea inconmensurable. Por lo mismo, las mujeres hermosas manejan una falsa modestia. Se muestran al mundo inseguras para recibir halagos, muestran inocencia donde ya han tenido amplia experiencia, dicen que son comunes cuando saben con certeza que no lo son.

—La belleza abre puertas, y ustedes se encargan de cerrarlas —le aseguré—. Al igual que el dinero a los hombres.

Ella asintió, satisfecha. —Y, no obstante, la belleza tiene sus desventajas, enormes desventajas. La belleza sin la novedad pierde fuerza, y hastía a los hombres después de un tiempo. Además, no hay ser que se sienta más solo que una mujer hermosa, pues las mujeres la repudian, la envidian y la difaman; y los hombres sólo se acercan por los azotes que les lanzan sus impúdicos deseos. Todo talento se ve empañado por su belleza, aunque el talento exista; y se ve en la penosa situación de dañar corazones. Muchos hombres, ciegos y estúpidos, creen que, porque ellos están enamorados y demuestran su amor con presentes y atenciones, van a ser recompensados. Creen que su amor debe ser recíproco porque el esfuerzo tiene sus frutos. Pero la vida real no es así: una mujer bella no está obligada a sentir lo mismo que un hombre, aunque este último se esfuerce mucho; en raras ocasiones ese esfuerzo rinde sus frutos. La mujer desea un hombre a quien admirar y respetar, no uno al cual pisotear. Y no hay que olvidar que la belleza puede cubrir las almas podridas.

—¿Acaso te sucedió algo semejante?

—Digamos que he tenido muchas malas experiencias.

—¿Y por qué hablas de las mujeres como si fueras ajena a ellas?

Ella simplemente encogió los hombros en ademán desentendido, evadiendo mi pregunta con un gesto mimado. Esto me hizo pensar que ella ni siquiera se consideraba una mujer mortal.

Ahora me sentía diferente frente a esa extraña. Ya no sentía ese deseo animalesco e instintivo; ahora la situación era más compleja, pues al ver cómo ella abría su corazón me sentí enamorado. ¡Sí, enamorado!

—La belleza. ¡Oh, la belleza! No tengo motivo para ser humilde contigo, pues la belleza me dio el dominio de esta torre. ¡Fue mi belleza la que me ayudó a derrotar a ese maldito demonio!

¿Demonio? ¡Claro, el demonio! Lo recordé todo en ese instante. ¡Ya sabía quién era esa mujer!

—Pero no derrotaste sola a ese demonio, Valane. Fueron muchos reinos los que combatieron contra él. Tú sólo te uniste a los hombres al final de la guerra.

Al escuchar su nombre, la mujer se sacudió, sorprendida. —Veo que ya me recuerdas.

Y el recuerdo fue fatal. Sabía, por lo que había leído, que ella era peligrosa. ¡Era muy peligrosa! En las *Eddas magnas* se mencionaba a Valane como una vampiresa que dominaba una torre en un reino ruinoso y macabro. Y ella, casi obligada por los acontecimientos, fue a la guerra contra su antiguo amo. Pero a Valane se le describe como cruel y manipuladora, inmisericorde y fatal.

Una pantalla de sudor empezó a aparecer en mis sienes, al tiempo que mi rodilla derecha empezaba a moverse en acto reflejo. Empecé a temer, pues me enfoqué de nuevo en la situación: un mundo desconocido, una torre abandonada, y una extraña muy bella, terriblemente astuta... e impredecible. ¡Me había metido a la boca del lobo!

—¡Vamos! Debes estar ansioso por hablar con Luis. Acompáñame —me pidió la vampira mientras se levantaba del sillón y caminaba bamboleante, cual serpiente irritada.

Yo la seguí sin discutir. Pero a medida que caminaba tras ella, y miraba su coqueto andar, sentía como mi corazón se aceleraba y la adrenalina crecía. Sentía miedo mientras caminábamos hacia lo desconocido por medio de un pasillo que cada vez se tornaba más oscuro, y una quietud terrorífica rondaba el ambiente. ¿Acaso me atacaría mientras tenía la guardia baja? ¿Me capturaría y me mantendría preso en esa torre? ¿Acaso me devoraría?

Nada de eso sucedió. Llegamos a un pequeño comedor, un poco oscuro porque sólo había una ventana delgada que dejaba entrar la luz de los soles. El espacio era gris y sólo había una mesa y cuatro sillas de madera, algunos estantes con vajillas viejas y mucho polvo y tela de araña. Allí se encontraba sentada una persona delgada, encorvada y cansada. Valane se sentó de manera delicada al lado del frágil hombre y me pidió que me sentara a su siniestra.

—Te presento al señor Luis Castellano —dijo animada, aunque en su tono percibí algo de sarcasmo. Sentí que se regodeaba en una satisfacción profana.

—Hola, Luis —lo saludé. Pero al ver su deplorable estado supe que no me podría comunicar con él.

En nada se parecía aquella pequeña y ruinososa persona al hombre que Billar me había mostrado en fotos familiares. El Luis que había viajado a la selva era un hombre pulcro, de barba tupida y alta talla. En cambio, la persona frente a mí estaba tan delgada que parecía un esqueleto forrado en una piel llena de úlceras, insana y amarillenta. Se había arrancado el cabello por completo con sus manos; dejando sólo algunos mechones aquí y allá. La barba estaba enmarañada y sus dientes desportillados de tanto chocar. Tenía sus perturbados ojos

inyectados con sangre, y su mirada estaba perdida sobre la mesa, como si hubiera sido víctima de una fallida trepanación. Su boca permanecía abierta y soltaba un hilo de baba que caía lento hasta la mesa. Estaba más allá que acá.

—¿Puedes escucharme? —pregunté, intentando calmar mi alma ante esa imagen horrible.

Pero el espíritu degradado que permanecía dentro del hombre no respondió. Estaba ido, sumergido en quién sabe qué perversidades, con un racionamiento esquivo. En sus negros ojos se veía un carnaval espantoso de emociones, y sus soterrados pensamientos parecían causarle una enorme agonía. Sufría, era obvio que sufría, pero no se movía; como si se hubiera rendido al horror y al espanto, dejándose ahogar por deseos histéricos que llenaban su mente honda y fracturada.

—Es el problema de todos los visitantes —dijo Valane con fría indiferencia—. No resisten los terrores y el conocimiento que se arrastra por toda la torre.

Me sentí más aterrado todavía, a tal punto que mi respiración empezó a acelerarse. ¿Acaso yo terminaría igual?

—No creo que nuestro amigo Luis pueda responderte. Sin embargo —dijo mientras se tocaba la mejilla con su dedo y miraba hacia arriba, como quien piensa en una solución—, creo que puedo mostrarte qué sucedió con Luis.

Ya no sabía qué pensar. Sentía temor por mi seguridad, pero, dócil a causa de su imponente presencia, asentí sin dudar. —Me gustaría verlo —dije como un autómatas, lejano a mi brillante razonamiento. Creo que, con su altivo porte, logró robar todas mis virtudes.

Se levantó de un salto, como una niña feliz, y fue a un espejo que tenía colgado en una de las grises y sucias paredes. El enigmático espejo era ovalado y de tamaño mediano. Tomó un trapo y empezó a limpiarlo, sacudiendo las telarañas del dorado marco y puliendo el cristal.

—Me disculpo de nuevo contigo, pues desde que los vivos visitan la torre y la creen embrujada, me es más difícil conseguir ayudantes.

—¿Vivos? —pregunté.

Pero ella me ignoró. —Mira por el espejo y el misterio del señor Luis Castelano será resuelto —aseguró mientras curvaba sus labios. Pero, aunque era una sonrisa genuina, vi en sus ojos verdes satisfacción y maldad, como un guerrero que se regodea sobre el cadáver de un vencido. Así que miré el espejo, y vi que era una ventana a mi mundo.

Me costó algunos segundos asimilar lo que veía al otro lado del espejo, un espejo envuelto en místicas blasfemias. Entonces empecé a ahogarme a causa del pavor. Mi pecho empezó a dolerme, y batió mi corazón una influencia demoníaca, anchando mis costillas con pronunciada adrenalina. Era el terror absoluto y, a la vez, la respuesta al misterio que me había llevado hasta Valane.

—Según veo, al igual que el señor Castelano, tú no eras muy atlético. Los cuerpos sanos son más difíciles de maldecir —me dijo la maligna Valane mientras me ponía sus delicadas manos de uñas esmaltadas sobre mis cansados hombros.

Yo permanecía paralizado, presa de un ataque de pánico. Con la poca lucidez que me quedaba, logré articular una última idea.

—Ese no es el cuerpo de Luis; esa no es la selva —dije mientras miraba el vetusto espejo.

—Tienes razón, ese es tu cuarto, y esos brazos sobre el suelo son los tuyos —respondió Valane con su suave tono de voz, cruel y a la vez dulce.

Efectivamente, lo que se veía en el espejo no era Luis; era mi cuarto. Sobre una mancha de ceniza y carbón descansaban mis dos brazos. De los codos hacia arriba no había nada más que un rastro negro como el petróleo.

—¿Estoy muerto? —pregunté. Aunque la pregunta podría sonar torpe, tenía todo el sentido del mundo para mí.

Valane miró también el espejo y dijo: —Depende. Según veo, tu cuerpo ha sido maldecido, y ahora no es más que ceniza... ¡Pero mírate aquí, de pie y animado! —exclamó mientras me acariciaba el cabello como si fuera un adolescente.

Estaba tan aterrado que no pude ofenderme por la acción. —¿Lo estoy? —volví a preguntar con voz pausada y quebrada.

Ella puso una expresión un poco más seria, y dijo con enigma: —Si ves espectros, ellos también te ven. Pero sí puedo confirmarte que dentro de poco podrás comunicarte con Luis. ¡Será una linda conversación!

—Lo que dices es que pronto entraré en ese mismo estado de locura y terror.

—Así es.

—¿Qué pasó con la niña y con el perro? Imagino que Luis abrió este portal para escapar de la selva y pedir ayuda. ¿Pero por qué había marcas de mordidas en Matilda y en el perro?

—Es obvio —me respondió, cerrando así mi derrota—. Estaban en la selva, y allí hay animales salvajes. La niña, al ver cómo el cuerpo de su padre ardía, no pudo hacer más que dejarse morir de inanición. ¿Qué podía hacer una pequeña y delicada niña en medio de la inmisericorde selva? Y su perro, siempre fiel, murió de sed y hambre a su lado. Las mordidas que tenían sus cuerpos eran de animales salvajes, merodeadores y carroñeros.

En verdad era tan obvio que dolía admitirlo. —¿Ahora qué sigue? ¿O acaso este es el final? —pregunté, con el espíritu resignado y sin alegría por resolver el caso.

—¿Final? No, no es el final. De hecho, ese es el motivo por el cual el horror toma presas en la torre. Aquí verás que el sufrimiento y el suplicio apenas empiezan. La virtud del conocimiento de la torre es, a la vez, su maldición.

—Estoy confundido.

—Te lo explicaré—. Me pidió, con un sutil ademán, que me sentara de nuevo al lado del desconectado y enfermo Luis. Luego ella se sentó frente a mí, triunfal y poderosa—. La muerte es el inicio del sufrimiento. Los humanos tienen la percepción errada de que el mayor sufrimiento es la vida, una corta vida que en tiempos cósmicos no es más que un parpadeo. La verdad es que la vida es un suspiro frente a los tormentos que guarda el universo profundo. Acaba de terminar tu descanso, pues el dolor físico no se compara con el siguiente paso. En mi biblioteca está todo el conocimiento: antes de la vida, la vida y su propósito, y la muerte. Pero no termina allí, pues vas a saber qué viene después de la muerte, qué es el vasto universo, el bosque profundo, las colosales bestias que aguardan en el abismo, los enigmáticos supremos y el horrendo y doloroso destino que les espera a quienes están hechos de polvo de estrellas... como tú.

—¿Y si no quiero saber? ¿Y si no voy a esa terrible biblioteca que contiene el conocimiento del universo?

—Todos, tarde o temprano, son arreados por la curiosidad; pues es mejor saber a qué atenerse. El excesivo conocimiento es el verdadero tormento. Por el contrario, un poco de ignorancia es garantía de cierto grado de felicidad. Pero en esta torre no puedes escapar del conocimiento, pues éste te asechará en cada rincón a causa de tu impetuosa intranquilidad.

Verás aquí el rojo horizonte de eventos, el canibalismo interestelar, la voracidad cósmica y las monstruosas singularidades. Y sabrás de las abominaciones del vacío y sobre el sufrimiento inconmensurable. Lo sabrás todo, y sufrirás por ello. Te arrancarás el cabello, te sacarás las uñas contra las paredes, te arruinarás el cerebro y el terror gobernará tu cabeza... al igual que a tu amigo Luis.

Suspiré entonces, al tiempo que sentía cómo un poder omnipresente se elevaba por todo el recinto, presto a sumirme en sus hados. Sentí también un temor nauseabundo y enfermizo, temor que hizo que abandonara por completo mi voluntad.

—¿Algo más para añadir? —pregunté mientras miraba en el agónico Luis mi destino: una dolorosa lobotomía causada por conocer el tormento que me esperaba más allá de la muerte. Y Valane, arrogante y siempre hermosa, sonrió por última vez, y me dijo con vivacidad y a la vez con fría maldad mientras abría los brazos: —¡Bienvenido a la Torre del Vampiro!



FIN

